
Klester Cavalcanti

492 muertos

Confesiones de un asesino a sueldo



PENÍNSULA REALIDAD

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO. UN LIBELO CONTRA EL SÍNDROME DE LA FRIGIDEZ

EDITORIAL (SFE) por GENETON MORAES NETO

NOTA DEL AUTOR

1. EL PRIMER ENCARGO

2. DE CAMINO A LA GUERRILLA DEL ARAGUAIA

3. LA CAPTURA DE JOSÉ GENOINO

4. LA SEGUNDA MUERTE

5. LA GÉNESIS DEL PISTOLERO

6. 487 MUERTES REGISTRADAS

7. EL DESCANSO DEL PISTOLERO

AGRADECIMIENTOS

NOTA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Esta es la historia real de un niño brasileño destinado a ser pescador, pero que acabó convertido en el mayor asesino profesional del mundo.

A través de los ojos de Klester Cavalcanti descubrimos a Júlio Santana, un hijo leal, un hombre de familia, un devoto cristiano al que su conciencia atormenta cada vez que le piden que dispare a matar. Pero Brasil es un país sin ley, y el respeto por la vida ajena un lujo que Júlio no puede permitirse. De modo que a los 17 años se estrena en el asesinato, para ayudar a su tío, que trabaja de sicario. Y demuestra tener talento natural para ello.

El retrato que emerge de la narración de Cavalcanti, basada en siete años de conversaciones telefónicas con Júlio Santana, no es solo la de un hombre, sino también la de un país. Y demuestra hasta qué punto, en ocasiones, una carrera en el mundo del asesinato por encargo puede ser no muy distinta a cualquier otra.

492 muertos

Klester Cavalcanti

Confesiones de un asesino a
sueldo

Traducción de Rosa Martínez-Alfaro

ediciones península

*A mis padres, Débora y Alcindo
A mi hijo de los otros, Diego*

PRÓLOGO

UN LIBELO CONTRA EL SÍNDROME DE LA FRIGIDEZ EDITORIAL (SFE)

GENETON MORAES NETO^[1]

Cualquier médico recién licenciado sería capaz de dar un diagnóstico: el primer síntoma es una ligera taquicardia. El segundo es un reflejo muscular —casi involuntario— que hace que las cejas se arqueen parcialmente. El tercero es el movimiento compulsivo de las manos en busca de un bolígrafo o una grabadora. Ya está. No hay margen de error: el ser bípedo que muestra esos síntomas cuando se encuentra con un personaje interesante es un reportero de verdad.

Si el periodista Klester Cavalcanti tiene esa manía tan brasileña de autoexaminarse, seguro que notó dichos síntomas en su propio cuerpo cuando descubrió al personaje principal de este libro. Porque Klester es un reportero de verdad, desde siempre. (Aviso para navegantes: el hombre que ha matado a cientos de personas es una de esas figuras increíbles que hacen de Brasil un colorido catálogo de conmociones. ¡Ay! ¡Esa invencible vocación brasileña de producir puntos de exclamación en serie...!)

Como iba diciendo antes de interrumpirme a mí mismo, Klester forma

parte de esa jauría de sabuesos rastreadores de buenas historias y personajes entrañables. ¿Jauría? Sí: podemos calificar a los reporteros como «jauría» sin que represente una ofensa, porque son (o deberían ser) como perros que se pasan el tiempo husmeando el terreno en busca de caza succulenta, generalmente escondida bajo la superficie, oculta a primera vista. El resultado de la batida es el descubrimiento de historias y personajes capaces de saciar el hambre de novedades que agita y anima las redacciones.

El asesino que atrajo la atención del reportero Klester es el ejemplo de una caza con éxito. Después de seguir una pista, que obtuvo mientras realizaba otro reportaje, el periodista localizó al personaje que ahora retrata en este libro. Pero, antes de hacer pública la saga sangrienta de este brasileño, Klester tuvo que dedicarse a un trabajo de convencimiento que se prolongó durante siete años. El reportaje es paciencia.

Los periodistas que, al contrario que Klester Cavalcanti, no presenten las reacciones fisiológicas típicas de un reportero, pueden cambiar de actividad. La profesión ya no los necesita, pues hace tiempo que se han contagiado del Síndrome de la Frigidez Editorial (SFE).

¿Y qué demonios es el SFE? Pretendo enviar en breve un oficio a la Organización Mundial de la Salud para anunciarles el descubrimiento de dicha dolencia: el SFE está provocado, como se ha probado, por un virus que invade el sistema nervioso de periodistas aburridos, especializados en la triste tarea de extinguir el fuego de los reporteros. Es gente que, en general, prefiere las delicias del aire acondicionado. Un reportero de verdad encuentra su opción preferente en la calle.

¿Qué hacen los periodistas que se dejan invadir por el virus del SFE? De tanto lidiar con lo extraordinario, han perdido la capacidad de conmoverse ante una buena historia o de chasquear los dedos cuando un reportero se presenta en la redacción con una novedad bajo el brazo. Acaban tirando a la basura historias y personajes que, con toda seguridad, al público le habría gustado conocer, pero que no conocerá. Se suele decir que el mejor periódico es el que va a parar al cubo de la basura, y es verdad. La culpa la tiene el Síndrome de la Frigidez Editorial.

El antídoto para esta enfermedad es la adrenalina que hace que un

reportero como Klester se adentre en el corazón de Brasil en busca de historias como la de este brasileño que ejercita su dedo índice en el gatillo de un arma. Klester es un especialista en Brasil: los dos años que trabajó como corresponsal de la revista *Veja* en la Amazonia le sirvieron como un curso intensivo de situaciones extraordinarias.

En este libro Klester no se limita a reproducir las palabras del personaje: a partir de lo que escuchó —y de los diversos documentos que consiguió atesorar—, ha realizado un trabajo de reconstitución de escenas, diálogos, paisajes, gestos y sensaciones en un delicado ejercicio de arqueología periodística.

Conmociones de todos los calibres pueblan las páginas de este libro. ¿Queréis saber cuál es el precio de una vida? Algo así como treinta kilos de arroz, veinte de alubias, diez de café, diez de azúcar, cinco de queso, diez latas de aceite y doce botellas de aguardiente.

¿Queréis saber cuáles son los mandamientos de un sicario? El primero es no matar a una mujer embarazada. El segundo, no robar los bienes de la víctima. El tercero, no matar a otros sicarios. El cuarto, no dejar el cobro del servicio para después. El quinto, no matar a la víctima mientras duerme.

No quiero estropear las sorpresas. Me paro aquí y paso la palabra al narrador. Historias como las que Klester Cavalcanti reconstruye en este libro son la alegría íntima de los reporteros. ¿Son dramáticas? Sí. ¿Son violentas? Sí. ¿Son sorprendentes? Sí. Brasil, país tropical, es así, lectores. El llamado «Brasil profundo» no es un plato para aficionados, sino una bandeja llena para reporteros.

¿Queréis comprobarlo?

NOTA DEL AUTOR

He necesitado siete años de conversaciones con Júlio Santana para que me autorizase a escribir su verdadero nombre en este libro. La primera vez que hablamos, en marzo de 1999, aceptó contarme su historia, pero no quiso revelarme su identidad ni permitir que yo —o cualquier otra persona— lo fotografiase. Una decisión totalmente comprensible. El hombre con quien empecé a conversar a partir de ese día —con una media de una entrevista al mes— es un asesino profesional que en treinta y cinco años de trabajo mató a casi quinientas personas. Más concretamente, cometió 492 asesinatos, 487 de los cuales registró debidamente en un cuaderno junto a la fecha, el lugar del crimen, el dinero que cobró por el servicio y, lo más importante, los nombres de los contratantes y de las víctimas.

Mi primer contacto con este intrigante ciudadano brasileño se produjo durante la realización de un reportaje sobre el trabajo esclavo. En aquel momento, marzo de 1999, era corresponsal de la revista *Veja* en el Amazonas, función que desempeñé durante poco más de dos años. Para dicho reportaje, el fotógrafo Janduari Simões y yo viajamos a varias ciudades del estado de Pará en busca de personas que hubieran trabajado como esclavas y de terratenientes que tuvieran trabajadores esclavos en sus propiedades. Durante una operación de la Policía Federal (PF) y del Ministerio de Justicia en el municipio de Tomé-Açu, uno de los policías me dijo que en aquella región era común que los terratenientes contratasen sicarios para deshacerse de los parientes —generalmente hijos o hermanos— de los trabajadores esclavos que huían de las plantaciones. Se trataba de una forma de forzar al

esclavo a volver al trabajo.

Ante mi interés por hablar con uno de esos sicarios, uno de los agentes de la PF que participaba en esa operación me comentó que conocía a un pistolero y que intentaría comunicarse con él para ver si accedía a proporcionarme su teléfono. Por desgracia, para quien conoce los entresijos de la policía brasileña, constatar la relación amistosa que existe entre policías y criminales no es una novedad. No obstante, no confié en que el agente de la PF me diera realmente el contacto del sicario hasta que no me telefoneó, dos días después, para decirme que ya había hablado con el pistolero y que lo podría llamar al día siguiente a las dos en punto de la tarde. El número que recibí era el de una cabina de teléfono situada enfrente de una panadería de la ciudad de Porto Franco, en el estado de Marañón. Aquel jueves 18 de marzo de 1999, después de una conversación telefónica de aproximadamente media hora de duración supe que el nombre del hombre cuya historia quería contar era Júlio Santana y que había cometido su primer homicidio a los diecisiete años, en 1971.

Por la conversación y el tono de voz, no me dio la sensación de que Júlio fuera un tipo violento ni agresivo. Hablaba de forma acompasada, serena, y tenía un marcado acento nordestino. Lo que enseguida me quedó claro en ese primer contacto fue que estaba ansioso por contar su historia. «Si quieres, te lo cuento todo. Nunca he hablado de esto con nadie», me dijo. Antes de poner fin a la conversación, quedamos en volver a comunicarnos en cinco días a la misma hora. En cuanto colgué el teléfono, me puse en contacto con el entonces director ejecutivo de *Veja* en São Paulo, Laurentino Gomes, responsable de aprobar los reportajes que le sugería. La idea de retratar el perfil de un asesino a sueldo le entusiasmó. Con todo, no podríamos publicar una historia tan fantástica y contundente sin divulgar, al menos, el nombre real del personaje. Y si el sicario aceptase posar para una foto, mejor todavía. Cuanto más hablaba con Júlio, más me fascinaba su historia, aunque las esperanzas de que aceptase que publicásemos su nombre y su foto también disminuían. Al menos, a corto plazo.

En los últimos siete años he mantenido numerosas conversaciones con este hombre que ha asesinado a quinientas personas y que nunca ha

desempeñado otra actividad profesional en su vida. Con cada llamada, nuestra relación se estrechaba; notaba que empezaba a confiar en mí y a contarme sus aventuras de manera cada vez más sincera y emocionada. De vez en cuando le insistía en mi intención de relatar su vida —ya con la idea de transformarla en libro—, pero para poder hacerlo era imprescindible que me autorizase a divulgar su nombre verdadero y su foto. Júlio permanecía inquebrantable. Sin embargo, yo estaba convencido de que, un día, cambiaría de idea. Y eso fue lo que sucedió en enero de 2006 cuando, en una conversación, Júlio me confesó que había decidido dejar atrás su vida como sicario para retirarse a vivir con su mujer y sus dos hijos en otro estado, lejos de Marañón.

Con esa información pude convencerlo de que su mayor miedo —el de ser encarcelado en caso de que su nombre apareciese en el libro— ya no tenía sentido. Al vivir en otro estado y disfrutar de una vida completamente diferente a la que había tenido hasta entonces, la policía jamás lo encontraría. «Pero si pone una foto mía en el libro, me pillarán», me dijo Júlio. Le expliqué que la foto era imprescindible, pero que utilizaríamos algún efecto técnico para hacer irreconocible su cara. Y, como prueba de confianza extrema, por fin, aceptó que pusiese su nombre y su foto en la edición original del libro. Aun así, todavía me faltaba algo muy importante: encontrarme con el sicario personalmente. Hasta entonces, todas mis conversaciones con Júlio Santana habían sido por teléfono. No sabía qué apariencia tenía, cómo caminaba, cómo se sentaba, cómo sonreía. No sabía en qué casa vivía, no conocía a su mujer ni a sus hijos. Para evaluar todo eso y comprender el universo que conformó a este fascinante personaje de la realidad brasileña, viajé en abril de 2006 a Porto Franco, donde Júlio residía con su familia. Allí pasé tres días al lado de un hombre tranquilo, jovial, casero, cariñoso con su esposa y sus hijos, y extremadamente religioso. Un hombre, en apariencia, corriente. Con un perfil muy diferente al de los matones que pueblan la literatura y el cine.

Cuando ya tenía tres cuadernos de notas llenos exclusivamente de mis conversaciones con Júlio, pasé a la otra fase del trabajo: buscar otras fuentes, como documentos y personas que me confirmasen o negasen los relatos del

protagonista. Durante la búsqueda entrevisté a casi cuarenta personas — desde policías y garimpeiros que habían trabajado en Serra Pelada hasta parientes de algunas de las personas asesinadas por Júlio— y tuve acceso a informes policiales y procesos judiciales. Fue reconfortante constatar que dichas fuentes, tanto las personas como los documentos, corroboraban letra por letra todo lo que Júlio me había contado, además de proporcionarme información detallada de los casos que se relatan en el libro. Una de las declaraciones más sorprendentes fue la del exdiputado y expresidente del Partido de los Trabajadores (PT) José Genoíno Neto.

En uno de sus relatos, Júlio Santana me contó que había participado en la captura de José Genoíno durante la guerrilla del Araguaia, en abril de 1972. Para confirmar la veracidad de la historia, quedé para entrevistar a Genoíno en su casa, en São Paulo. Durante la entrevista le dije que una de mis fuentes —no revelé quién era— decía haber participado en su captura en el Araguaia. Le narré los hechos según la descripción de Júlio, incluyendo detalles mínimos como, por ejemplo, el color del perro que había en la cabaña en la que atraparon al entonces guerrillero. Al final de mi relato, José Genoíno me lo ratificó todo y me dijo: «Sí, no hay duda de que ese tipo estuvo allí. Me acaba de dar unos detalles que yo jamás le he revelado a nadie». Genoíno recordaba que, en el grupo que lo capturó, había un muchacho mucho más joven que el resto. Ese era Júlio Santana, que entonces tenía diecisiete años.

La historia que vais a leer en las páginas que siguen retrata la vida de un hombre que nació en una pequeña comunidad en plena jungla y que lo tenía todo para convertirse en un pescador anodino, olvidado en un rincón de la selva, como tantos que hay en la Amazonia. Una gente que vive abandonada por las autoridades y por el Gobierno, y en cuyas poblaciones, en la actualidad, sigue sin haber electricidad, agua corriente, sistema de alcantarillado, escuelas ni centros de salud. Donde la seguridad es inexistente y la policía no pone los pies. Un universo natural bellísimo, habitado por animales fascinantes y repleto de árboles centenarios y ríos que parecen no tener fin. De ese mundo fabuloso e inhóspito ha salido Júlio Santana, un brasileño que se ha ganado la vida asesinando a otros brasileños. Y quien piense que los crímenes se perpetraban solo en los confines de la Amazonia

se equivoca. En sus treinta y cinco años de profesión, Júlio ha matado personas en varios estados, incluyendo São Paulo, Paraná, Bahía y Goiás. Con todo, siempre se ha jactado de no haber asesinado jamás a nadie por odio o iniciativa propia. «Solo mato cuando me pagan por hacerlo», me ha confesado en incontables ocasiones. Y a pesar de las casi quinientas muertes que carga a sus espaldas, Júlio Santana solo fue detenido una única vez, en mayo de 1987. Espera no tener que volver a pasar por ese trance.

1

EL PRIMER ENCARGO

Hacía aproximadamente tres horas que Júlio Santana acechaba al pescador Antônio Martins en plena selva amazónica, en la frontera entre Marañón y el norte de Goiás, actual estado de Tocantins, fundado en octubre de 1988. El calor era intenso, pero Júlio sentía un frío extraño y un nudo en el estómago. Agazapado entre árboles seculares, algunos de más de cuarenta metros de altura, mantenía al pescador en el punto de mira de su escopeta. Entre la vegetación, Júlio podía observar a Antônio sentado en su canoa, que flotaba en un brazo del río Tocantins. Sabía perfectamente qué tenía que hacer. «Solo tengo que dispararle un balazo al corazón y ya está», pensaba. Sin embargo, para un chaval que acababa de cumplir diecisiete años y que nunca había disparado a nadie, la tarea no resultaba tan fácil.

Júlio era delgado, medía 1,76 metros de altura y pesaba 65 kilos. Su rostro aún era imberbe, tenía la nariz ancha, los labios finos y el pelo crespo y oscuro. La piel morena realzaba unos ojos marrón claro. Aquella tarde del 7 de agosto de 1971 intentaba hacer lo que su tío, el policía militar Cícero Santana, le había ordenado la noche anterior: «Apunta al corazón y piensa que vas a disparar a un animal, que vas de caza». Sin embargo, disparar a un hombre provocaba en el muchacho una extrañeza incómoda. No era igual que matar pacas, pecaríes, monos y venados, lo que Júlio estaba acostumbrado a hacer para llevar alimento a casa. Aquella insólita situación lo perturbaba, así

que se sentó en el suelo todavía húmedo por la lluvia de la noche anterior. Acomodó la escopeta entre las piernas y, con la espalda recostada en un castaño, pensó en cómo había llegado hasta allí.

Todo había empezado dos días antes. Júlio regresaba de la selva hacia las cinco de la tarde. Después de casi cuatro horas de caza, volvía a casa con un cervatillo cargado en los hombros. La carne del animal serviría para alimentar a la familia durante al menos una semana. El muchacho se sentía orgulloso. Había matado al venado de un único tiro certero en la frente. Júlio vivía con sus padres —el señor Jorge, de cuarenta y tres años, y doña Marina, de treinta y ocho— y sus dos hermanos menores, Pedro, de catorce, y Paulo, de once. La familia habitaba una casa de madera en una comunidad ribereña a orillas del río Tocantins, en el municipio de Porto Franco, en el suroeste de Marañón. A principios de los años 1970, esta región estaba totalmente aislada y rodeada de selva virgen, y Porto Franco contaba con unos dos mil habitantes. Hoy, el municipio suma dieciocho mil residentes.

La casa no tenía divisiones internas. La cocina de leña quedaba delante y a la izquierda de quien entraba. Una tabla atravesada en el suelo separaba la cocina y los utensilios de cocina —tres cazuelas, algunos cubiertos, dos machetes y cinco vasos de cristal— de un mueble de madera hecho por el señor Jorge que hacía las veces de armario. No había ni mesa ni sillas. La electricidad todavía no había llegado a aquella zona; incluso hoy, muchas comunidades de la región siguen sin acceso a la energía eléctrica. Había cinco hamacas que siempre estaban extendidas y en las que dormían los integrantes de la familia. Júlio tenía, además, un hermano mayor, Joaquim, de veintiún años, que había abandonado el hogar paterno a los dieciocho para viajar a São Luís, la capital del estado, donde pensaba conseguir una vida mejor. La familia jamás volvió a tener noticias del primogénito.

Al volver de cazar, y antes incluso de avistar su casa, Júlio pudo distinguir la canoa a motor de aluminio de su tío Cícero amarrada al tronco de un árbol. Cícero, que en aquella época tenía treinta y un años, había crecido en la misma región. Al cumplir los quince se marchó a la ciudad de

Imperatriz, también en Marañón, para ganarse la vida. Un día apareció en Porto Franco vestido de soldado y diciendo que había ingresado en la Policía Militar. Era el orgullo de la familia. A Cícero le gustaba cazar, pescar, caminar por la selva. Fue con él con quien Júlio aprendió a disparar. A los once años, el chiquillo ya podía acertar de lleno a un animal «desde el otro lado del río», a una distancia de aproximadamente cien metros. Las muchas horas que pasaban juntos recorriendo la selva, afinando la puntería, cazando, pescando y nadando por las aguas lodosas del río Tocantins sellaron una fuerte amistad que todos admiraban.

Al ver la canoa del tío, Júlio sacudió el venado que cargaba en los hombros y apuró el paso. Hacía ya unas semanas que Cícero no visitaba a la familia. Era habitual que, al menos una vez al mes, el policía militar pasase unos días descansando en casa de Júlio. Antes de entrar, el joven soltó el animal en la puerta y corrió hacia el tío, orgulloso.

—¡Tío, mira el animal que he traído! Es un cervatillo. Lo he matado de un balazo en la cabeza, como me enseñaste. Su carne debe de estar deliciosa —exclamó Júlio.

—¡Muy bien, chico! —respondió Cícero, sonriendo al hermano, el señor Jorge—. Vamos a ver ese bicho —dijo, abrazando al sobrino.

Aquella noche la luna llena iluminaba la selva por completo. La luz de la luna que se reflejaba en el río Tocantins daba la impresión de que estuviera amaneciendo. Durante la cena —pescado frito con arroz y harina de mandioca—, Cícero habló de la presencia de militares venidos desde São Paulo, Brasilia y Pará en la región que iba desde Porto Franco hasta Marabá, en el sureste de Pará. Las pequeñas poblaciones de la zona estaban atestadas de hombres del ejército.

—Dicen que van buscando a los comunistas escondidos por la selva, cerca del río Araguaia, y por aquí también —dijo el policía militar.

—Por aquí no se habla de otra cosa —comentó el señor Jorge. El muchacho no mostraba el más mínimo interés por aquel tema de conversación.

—Los hombres del ejército dicen que esos comunistas quieren arruinar Brasil y que no podemos dejar que eso pase. El ejército está haciendo un llamamiento a la población de la región para que los ayude en esta guerra.

—¿Y cómo se los puede ayudar, Cícero? —preguntó doña Marina al cuñado.

—Un amigo que es comisario de policía en Xambioá —ciudad al norte de Tocantins, a orillas del río Araguaia— dice que el ejército necesita gente que conozca muy bien la zona para hacer de guía en las operaciones por el interior de la selva y que sepa disparar para ayudar a capturar a los comunistas —respondió Cícero.

Al oír la respuesta del tío, Júlio, que hasta el momento no se había interesado por lo que decían, se manifestó:

—¡Yo sé disparar y conozco bien la selva! ¿Me llevas a ese trabajo, tío?

—¡No digas tonterías, hijo! ¿Acaso te crees que es una broma? —dijo doña Marina de forma severa para reprender a su hijo.

Para aplacar el calor ardiente, Cícero y Júlio salieron a dar un paseo en la canoa del tío justo después de cenar. Eran poco más de las siete. Se adentraron por un brazo del río Tocantins y veinte minutos después pararon la embarcación en una playa de unos cien metros de extensión en pleno corazón de la selva. Se sacaron la ropa y se metieron en el agua tibia. Alcanzaban a oír la algarabía de los animales dentro de la selva. Los tucanes y guacamayos no paraban de gritar; incluso oyeron el himplar de un jaguar. Acostumbrados como estaban a la vida en el Amazonas, sabían que no tenían que preocuparse por aquella fiera. Un jaguar jamás entraría en el río para atacar a una persona y mucho menos en plena selva, donde un predador de aquel porte no tenía dificultades para encontrar alimento.

Cícero cogió la botella de aguardiente que llevaba en la canoa y se la entregó a Júlio. «No bebas demasiado, no sea que te emborraches. No quiero que tu madre me vuelva a dar lecciones de moralidad», le dijo Cícero, a quien doña Marina había regañado varias veces por ofrecer alcohol al sobrino. Sin embargo, a Júlio le gustaba el aguardiente. Desde pequeño había aprendido a apreciar la bebida espirituosa con el tío y no llegaba a acostumbrarse al sabor de la cerveza. Nunca rechazaba un trago de aguardiente. Durante más de una

hora, los dos se quedaron conversando dentro del agua. Los temas dominantes eran el fútbol, las cacerías y las mujeres. Cícero era el único de la familia a quien Júlio le había contado la relación que mantenía con Ritinha, una chiquilla de catorce años de piel morena, ojos grandes y boca carnosa, que vivía en una comunidad a una hora de canoa a remo desde su casa. Aquel noviazgo pueril había empezado hacía dos meses.

—¡Es muy guapa, tío! —dijo Júlio.

—¿Y también tiene un cuerpo bonito?

—¡Ni que lo digas! ¡Ritinha tiene unas piernas y un culo que me vuelven loco!

—¿Ya lo habéis hecho?

—¿El qué, tío?

—¡Ya lo sabes, Julão! —exclamó Cícero dirigiéndose al sobrino con el sobrenombre que le había puesto por el casi metro ochenta que medía. Nadie más lo llamaba así.

—¡No, tío! ¡No lo hemos hecho aún! —respondió el muchacho con una sonrisa quebrada—. No lo hemos hecho porque ella no me ha dejado, pero yo ya lo he intentado dos veces. Me deja que le toque las tetas y el culo, pero cuando estoy a punto de llegar ahí, Ritinha me aparta la mano y me dice que todavía es pronto.

—Muy bien. ¡Sigue intentándolo, que cualquier día de estos se abrirá de piernas!

Júlio recuerda que no le gustó nada la forma en que el tío habló de la chica. Aun así, aquel comentario le hizo cierta gracia y se convenció de que tarde o temprano perdería la virginidad con Ritinha. Todavía estaban dentro del agua cuando Cícero comentó que empezaba a sentir frío.

—¿Es que estás enfermo, tío? ¿Hace un calor de mil demonios y me dices que tienes frío? —le preguntó Júlio.

—Es que estamos metidos en el agua desde hace ya mucho rato, Julão. Volvamos a la arena.

Salieron del agua y volvieron a la playa. Después de secarse con la camisa, Cícero seguía quejándose de frío. También dijo que le empezaba a doler la cabeza. «Creo que el baño no me ha sentado bien, volvamos a casa.»

Cuando llegaron, Cícero fue directo a tenderse en la hamaca. El señor Jorge y los otros dos hijos —Pedro y Paulo— ya estaban durmiendo. Doña Marina, que estaba tendida en otra hamaca al lado de la del marido, se levantó. Lo primero que hizo fue oler la boca del hijo. No detectó el aguardiente, pero sabía que Júlio y Cícero habían bebido. Ambos habían masticado jengibre para combatir el olor a alcohol y doña Marina sabía perfectamente que mascar jengibre de noche después de un paseo en canoa solo tenía un objetivo.

—Habéis disimulado el aliento a aguardiente con el jengibre, ¿verdad? ¿Os creéis que me engaños? —dijo—. ¡Al menos tú no pareces estar tan borracho como la última vez! —exclamó dirigiéndose a su hijo.

—¡Solo he dado dos tragos, madre! —dijo Júlio, que siempre era muy respetuoso con sus padres.

—Muy bien, aunque parece que tu tío se ha bebido el resto de la botella. ¡No puede ni mantenerse en pie!

—No es eso, madre. Está malo, dice que le duele la cabeza y que tiene frío.

Doña Marina se acercó al cuñado, que gemía y se quejaba de dolores por todo el cuerpo. Le puso la mano derecha en la frente y luego la deslizó por la cara hasta llegar al cuello. Ciertamente, tenía fiebre alta.

—¿Qué te duele, Cícero?

—Todo el cuerpo, Marina. Todo el cuerpo —respondió.

Doña Marina tapó al cuñado con dos sábanas —la suya y la de Júlio—, le puso un paño empapado en aguardiente en la frente y decretó: «Es malaria». Cícero la oía, preocupado, pero no tenía fuerzas para pronunciar ni una palabra siquiera. Doña Marina volvió a su hamaca y dejó a Júlio con la responsabilidad de cuidar del tío. «Si empeora, me llamas», le dijo. El muchacho se pasó el resto de la noche al lado de Cícero, que no paraba de temblar. En plena madrugada, Júlio se quedó dormido sentado en el suelo de madera y apoyado en la hamaca del tío.

A las siete de la mañana todo el mundo estaba despierto. Cícero seguía en la

hamaca quejándose de fiebre, dolores en el cuerpo y mareos. La familia desayunó pan, mandioca, pescado frito y café. El señor Jorge llevó un poco de pan y un vaso de café a Cícero, que no quería comer, pero el hermano lo obligó. Cícero estaba seguro de que había contraído malaria en uno de sus viajes de trabajo por algún rincón de la selva. Ahora ya no había nada que hacer, a no ser esperar a que los síntomas de la dolencia pasasen —hasta hoy, no hay medicamento contra la malaria—. Doña Marina se ocupaba de trocear el ciervo que Júlio había traído el día anterior. El señor Jorge había salido a pescar algo para la comida. Pedro y Paulo habían ido, remando en canoa, a la escuela pública de la comunidad: una casa de madera erguida en una población a treinta minutos de distancia en barco de la casa familiar. En la escuela se impartían clases hasta sexto de primaria, que Júlio acabó a los catorce años. Con Cícero enfermo, el sobrino se sintió obligado a permanecer al lado del tío.

Estaban los dos solos en casa. En ese momento, Cícero inició una conversación que jamás ha dejado de atormentar la cabeza de Júlio. Tendido en una hamaca al lado del tío, el muchacho se quejaba del intenso calor que hacía esa mañana cuando Cícero le dijo:

—Julão, necesito que me hagas un favor muy serio e importante, pero no se lo puedes contar a nadie. Ni a tus padres ni a tus hermanos. Ni siquiera a Ritinha. Absolutamente a nadie.

—Dime, tío.

—Es algo muy serio, Julão.

—¡Que sí, tío! ¡Ya te lo he dicho, dímelo, puedes confiar en mí!

—Sé que puedo confiar en ti, por eso es a ti a la única persona a quien se lo puedo pedir.

—¡Vamos, tío, qué misterio! ¡Suéltalo ya!

Primero Cícero le hizo una revelación que lo sorprendió y asustó. Para completar sus ingresos, el tío conciliaba su trabajo en la Policía Militar con una actividad poco usual. Era sicario. Había entrado en el mundo de los asesinos a sueldo hacía casi dos años. Júlio no quería creer lo que acababa de

oír. ¡El tío al que él tanto quería era un asesino! ¡Un hombre que mataba gente por dinero! Escuchaba aquella confesión con los ojos abiertos de par en par y el corazón acelerado. Incluso llegó a pensar que su tío estaba bromeando o delirando por efecto de la fiebre. Pero Cícero hablaba con tanta frialdad y seguridad que no cabía duda. Todo era verdad. Lo más inusitado era, además, la manera en que Cícero había entrado en el hampa.

Le contó a Júlio que, una vez, en octubre de 1969, durante una operación de la Policía Militar, el batallón del que formaba parte detuvo a tres hombres sospechosos de ser los asesinos de cuatro trabajadores rurales en los alrededores del municipio de São Francisco do Brejão, al oeste de Marañón. Para sorpresa de Cícero, que había entrado en la policía dos años antes, uno de los sospechosos era un conocido suyo, Arnaldo da Silva, un vendedor de fruta de Imperatriz. Cuando le preguntó a Arnaldo por qué se había metido en el mundo del hampa, Cícero escuchó algo que despertó su interés. Los contratantes de los asesinatos pagaban cerca de mil cruceiros al sicario — cuatro veces más que el salario mínimo de la época, que era de 225 cruceiros —. Era más del doble de lo que Cícero ganaba en un mes de trabajo en la policía.

—¿Te has hecho bandido por dinero, tío? —preguntó Júlio, aturdido.

—¡No soy un bandido, chico! Si no soy yo el que hace ese trabajo, seguro que hay gente dispuesta a hacerlo. O sea que ese infeliz moriría de cualquier manera. Así que, al menos, yo gano un poco de dinero más.

—¡Pero tú eres policía! ¿Cómo puedes ser policía y bandido a la vez?

—Júlio, ya te lo he dicho: ¡no soy un bandido! Y gracias a esos encargos que hago por ahí, me gano un dinerillo extra para comprarme algunas cosas. ¿O con qué te crees que me he comprado la canoa a motor?

Las palabras salían de la boca de Cícero entrecortadas. Respiraba con dificultad, lentamente. Con todo, Cícero reanudó la conversación. Dijo que había ido por trabajo. Que había viajado de Imperatriz a Porto Franco —una distancia de 97 kilómetros— no solo para visitar a su hermano y su sobrino. Lo habían contratado para matar a un pescador de la zona. La víctima era

Antônio Martins, de treinta y ocho años, nacido en São Geraldo do Araguaia, en el sureste del estado de Pará. De ascendencia gaucha, el pescador era conocido como Amarelo debido a su pelo rubio y su piel clara. Antônio solía contar, vanagloriándose, que había huido de São Geraldo do Araguaia después de matar a cuchillazos al hombre con quien su novia le ponía los cuernos. Todo el mundo en la región lo conocía por esa historia. Hasta Júlio, cosa que aún le aterrorizaba más.

—Entonces, ¿vas a matar a Amarelo, tío? —preguntó el muchacho jadeando y levantándose de la hamaca.

—¡Siéntate, Júlio! ¿Por qué estás tan asustado?

—¿Que por qué estoy tan asustado? ¿Estás loco? ¡Solo puede ser eso, tío! ¿Vas a matar a Amarelo y quieres que me tranquilice? —siguió diciendo Júlio mientras deambulaba de un lado a otro de la casa de poco más de seis metros cuadrados.

—¡Baja la voz, muchacho! ¿Quieres que tu madre nos oiga?

—Mi madre está allí enfrente, a la orilla del río, desollando el ciervo. No nos puede oír.

—Si sigues hablando así, seguro que nos oye. ¡Siéntate ahí en la hamaca y tranquilízate! ¡Yo no voy a matar a Amarelo! ¡Ni siquiera tengo fuerzas para levantarme de aquí, imagínate para matar a ese sinvergüenza!

—¡Menos mal! —exclamó Júlio, volviendo a sentarse.

El muchacho todavía se estaba acomodando en la hamaca, que se balanceaba, cuando Cícero soltó una frase que retumbó en su cabeza.

—¡Quien va a matar a Amarelo eres tú!

Júlio enmudeció. Sintió que se le congelaba el alma. No sabía qué pensar. No sabía qué decir. Recuerda que el tío siguió hablándole, pero sus palabras no le entraban en los oídos. Desvió la mirada hacia la puerta trasera de la casa. La vegetación brillaba bajo un sol inclemente. Sus ojos, entrenados y acostumbrados a largas cacerías en la selva, entrevieron un oso perezoso agarrado a un árbol. El pelaje grisáceo del animal sobresalía en medio de la verdosa vegetación. Llegó a sentir envidia de la vida tranquila que parecía llevar el animal. Sacó la pierna izquierda de la hamaca y, dándose un ligero empujón en el suelo, empezó a mecerse. Escuchaba el rechinar de la red

como si de música se tratase y sin perder de vista al perezoso. Intentaba imaginarse lo bueno que sería vivir como un animal salvaje cuando Cícero interrumpió bruscamente el balanceo de su hamaca agarrándola con la mano derecha.

—¿Has oído lo que acabo de decirte, Júlio?

—¡No quiero oírlo! —respondió el joven, amenazando con levantarse de la hamaca.

Cícero lo asió del brazo. Le dijo que comprendía su reacción. Un muchacho bueno como él no podía aceptar matar a nadie. Hasta le dijo que se sentía muy orgulloso de su actitud al demostrar tanta animadversión por lo que le había pedido, pero que la situación era mucho más compleja de lo que se podía imaginar. A Cícero lo habían contratado para matar a Amarelo y había cobrado por adelantado setecientos cruzeiros como parte del pago. Además del dinero por el servicio, también ganaría treinta kilos de arroz, veinte de alubias, diez de café, diez de azúcar, cinco de queso, diez latas de aceite y doce botellas de aguardiente. La parte del pago en alimentos y aguardiente resultaba del trato hecho entre él y el hombre que lo había contratado para matar a Amarelo: Marcos Lima, otro conocido de Júlio. Lima ejercía una profesión todavía hoy muy común e importante en las comunidades ribereñas de la Amazonia. Era un *regatão*, una especie de vendedor ambulante que, a bordo de un barco, suministra productos industrializados a los habitantes de las zonas más aisladas. Como no disponía de los mil reales que Cícero le había pedido por matar a Amarelo, Lima le sugirió pagarle parte del servicio con algunos de los alimentos que distribuía por la región.

—¡Y toda esa comida se quedará aquí, en tu casa! —dijo Cícero a Júlio—. Yo solo quiero el aguardiente y el queso.

—¡Tío, yo no quiero saber nada de esa historia! ¡No voy a matar a nadie! ¡Todavía no puedo creerme que me estés pidiendo algo así! ¿Quieres que me convierta en un asesino como tú? ¡Dios me libre!

—¡No te vas a convertir en un asesino, Julão! —exclamó Cícero de manera cariñosa y agarrando del brazo a su sobrino—. Vas a hacer ese encargo por mí y nunca más volverás a hacer nada parecido.

—¡No quiero hacerlo! ¡No quiero!

—Lo sé. Y me parece muy bien. Pero, si no me haces ese favor, el que va a acabar muerto voy a ser yo.

—¿Por qué?

—¡Porque Lima ya me ha pagado, Julão! Y este negocio es así. Cuando se recibe el dinero, hay que cumplir el servicio. Si no, quien acaba asesinado es el propio sicario. ¿Quieres que me maten?

—¡Claro que no, tío!

—Pues, entonces, haz lo que te pido.

El tiempo pasaba y la conversación no avanzaba. Cícero intentaba convencer al sobrino de que tenía que matar a Amarelo y Júlio se negaba a hacerlo vehementemente. Sin embargo, tal fue la insistencia de Cícero que, en un momento determinado, el muchacho consideró la posibilidad de atender la petición del tío.

—Si fuese para matar a un extraño, a lo mejor me pensaría lo que me pides. Pero Amarelo vive y pesca por aquí. Sé que es una mala persona y que se mete en muchos líos, pero matar a un tipo solo porque sea una mala persona no está bien. ¿Qué ha hecho para que Lima te haya mandado asesinarlo?

—Julão, Amarelo ha hecho algo muy grave. Mucho más grave de lo que te puedas imaginar.

—¿Qué?

Entonces Cícero le explicó que hacía dos semanas Amarelo había abusado de la hija de Lima, Lúcia, de trece años. Una tarde de cielo nublado, Amarelo pasó por delante de la casa del vendedor ambulante a bordo de su canoa. La chiquilla se bañaba en el río en pantalones cortos y camiseta con su hermano José, de siete años. El barco a motor que Lima utilizaba para trabajar no estaba allí, lo que indicaba que el padre había salido a vender sus mercancías. Amarelo remó hasta situarse a pocos metros de Lúcia y la invitó a acompañarlo a un lago cercano, donde afirmaba que había una familia de delfines rosados. Como a casi todos los niños de la región, a Lúcia le encantaban esos animales. Había visto varios grupos de esa especie, pero siempre le resultaba muy divertido volver a verlos, tan bonitos, pasearse por

el río. A José también le gustó la idea —como le contó a sus padres más tarde —, pero Amarelo le dijo que era demasiado pequeño para ir hasta el lago. A pesar de las órdenes de sus padres de no acercarse a Amarelo, Lúcia se subió a la canoa del pescador. Cuando vio a su hijo solo en el río, doña Lívía, de treinta y dos años, le preguntó por Lúcia.

—¡Ha ido a ver los delfines rosados! —respondió el niño.

—¿Con quién?

—Con Amarelo.

Doña Lívía, preocupada, ordenó al niño que saliera del río y entrara en casa. Todo el mundo en la comunidad conocía el interés del pescador por Lúcia. Amarelo había elogiado tanto el cuerpo fuerte y bien formado de la niña que Lima ya había discutido varias veces con él. Doña Lívía pensó en coger la canoa familiar y salir en busca de la hija, pero no quiso dejar solos a José y al hijo más pequeño —Moisés, de dos años—. Se sentó en la puerta de la casa, rezando, sin quitar la vista del río con el bebé en los brazos. La espera de Lúcia duró poco. Aproximadamente quince minutos después apareció la niña, caminando despacio y cabizbaja. Amarelo había parado la canoa un poco antes de llegar a la comunidad en la que vivía la chiquilla y le había ordenado bajarse e ir a casa.

Cuando se encontró con la madre —que al ver a su hija acercarse volvió a dejar al bebé en la hamaca—, Lúcia la abrazó con fuerza. Doña Lívía le preguntó qué le había pasado, pero la chiquilla estaba muda. Su mirada asustada y perdida hizo sospechar a la madre la desgracia que podría haber ocurrido. La acompañó a la orilla del río y juntas entraron hasta que el agua les llegó a la cintura. Cuidadosamente, doña Lívía le quitó el pantalón. Lúcia permanecía callada y cabizbaja. Miró la ropa de la niña y vio manchas de sangre en la parte interna del pantalón. Tocó, suavemente, la vagina de la hija. Por fin, la niña dijo, con la voz empañada: «Me duele mucho, mamá». Amarelo había violado a Lúcia en la canoa. «Me dijo que, si no lo dejaba o si gritaba, me ataría en medio de la selva para que me comieran las fieras», confesó Lúcia. Doña Lívía abrazó a su hija con una fuerza que no sabía que

tenía, y no se reconoció al desear la muerte de una persona. Fue ella la que convenció al marido de que contratase a un sicario que acabase con Amarelo.

—Eso fue lo que Lima me contó cuando me dijo que quería que matase a Amarelo —dijo Cícero al sobrino.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha hecho algo así Amarelo, tío? ¡Lúcia es una niña muy buena! —dijo Júlio, que conocía a Lúcia del colegio.

—¿Lo ves? ¡Ese sinvergüenza merece morir! Pero, como ves, yo no estoy en condiciones de cumplir con el encargo, Julão. Tienes que ser tú. ¡Si no lo haces, quien puede acabar muerto soy yo!

Hasta hoy, Júlio Santana no puede olvidar lo que sintió aquella mañana del 6 de agosto de 1971, poco antes de decirle al tío que mataría a Amarelo. Recuerda haber pensado varias veces qué palabras emplearía. No quería pronunciar la palabra «muerte» ni ninguna otra que estuviese relacionada con «la parca». Creyó encontrar la manera adecuada.

—De acuerdo, tío, haré ese encargo por ti, pero nunca más me pidas una cosa de esas —dijo Júlio, entristecido y sin mirar al tío.

Con un enorme esfuerzo, Cícero se levantó de la hamaca. Con los músculos de las piernas y los brazos doloridos, dio dos pasos y se arrodilló a los pies del sobrino. Estrechó la cara del joven entre sus largas manos y lo besó en la frente.

—¡Muchas gracias, Julão! Perdona que te meta en este aprieto, pero eres la única persona que ahora mismo me puede ayudar.

—Está bien, tío —respondió Júlio sin mirarlo a la cara, pero clavando los ojos en el perezoso que seguía tranquilo e incólume en el árbol. «Qué bueno sería haber nacido animal», pensó.

El día pasó lentamente. A Doña Marina y el señor Jorge les extrañaba la quietud de Júlio. Pedro y Paulo habían vuelto del colegio y habían ido a jugar al río. Normalmente, Júlio habría acompañado a sus hermanos pequeños. Sin embargo, ese día solo se levantó de la hamaca sobre las cuatro de la tarde para ir a pasear por la selva. Pedro, el hermano de trece años, quiso acompañarlo, pero Júlio le dijo que prefería estar solo. Por la cercanía que el joven tenía con Cícero, todos en la familia pensaron que se sentiría triste y preocupado por la enfermedad del tío. La noche previa al día del crimen,

Júlio probó un único trozo de la tierna carne del ciervo que él mismo había cazado la víspera después de que su madre le insistiera mucho. Un poco después de cenar, todo el mundo dormía, si bien él no lograba relajarse. No dejaba de pensar en cómo sería matar a una persona. Por más cruel y violento que fuese Amarelo y por más que se mereciese pagar por haber abusado de una niña tan inocente como Lúcia, el único que podía castigar al pescador era Dios. Así lo había aprendido de sus padres, ambos devotos de san Jorge, que todos los domingos iban a misa en la pequeña iglesia de madera de la comunidad. Quien desobedeciera a Dios, sería castigado e iría al infierno. Y Júlio no quería ni una cosa ni la otra. La idea le parecía tan perturbadora que decidió hablar con Cícero al respecto. Se levantó de la hamaca y caminó hacia el tío, de puntillas sobre el suelo de tablas para evitar hacer ruido.

—Tío, ¿estás despierto?

—Sí. ¿Quién podría dormirse con semejante dolor en todo el cuerpo?

—Tío, ya te he dicho que voy a cumplir tu encargo, pero hay algo que me preocupa mucho.

—¿Qué, Julão?

—Si lo hago —se seguía negando a pronunciar la palabra «muerte» o alguna otra que tuviera que ver con ella—, Dios me castigará y a lo mejor me manda al infierno. No quiero que me castigue y me mande allí.

Cícero entendió el recelo del sobrino y empleó el mismo argumento, la fe, para convencerlo de que asesinase a Amarelo.

—Julão, sé perfectamente que matar a alguien es un pecado. De la misma manera que es pecado mentir y desobedecer a los padres, lo que haces cuando bebes aguardiente conmigo, por ejemplo. En la iglesia también nos enseñan que las cosas que haces con Ritinha son pecado antes del matrimonio —dijo Cícero haciendo que el muchacho bajase la mirada al suelo. Luego, prosiguió—: ¿Qué haces después de desobedecer a tus padres, después de beber aguardiente o después de darte el lote con Ritinha?

—Llego a casa y pido perdón a Dios —respondió Júlio.

—Eso mismo. ¿Qué hemos aprendido en la iglesia? Que solo hay que pedir perdón para que Dios nos perdone, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, Julão, después de matar a Amarelo solo tendrás que pedir perdón a Dios y te perdonará.

—¿De verdad? —preguntó el joven con las cejas arqueadas y el ceño fruncido.

—¡Pues claro! ¡Dios lo perdona todo, Julão! Todo.

—Sí, el cura lo ha dicho en misa.

—Mañana, después de matar a Amarelo, vuelves a casa y rezas diez avemarías y veinte padrenuestros. Te aseguro que así estarás perdonado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque así lo hago yo y siempre funciona. Me lo enseñó un cura de Imperatriz. Me dijo que, si rezas diez avemarías y veinte padrenuestros, Dios te redime de cualquier pecado. Ahora, tranquilízate y vete a dormir.

Júlio se quedó dormido escuchando el tintineo de la lluvia en el tejado de paja y repitiendo, incansable y en silencio, las dos plegarias. Quería asegurarse de que al día siguiente, tras ejecutar las órdenes del tío, no se equivocaría ni en una sola palabra de las oraciones.

A diferencia de lo que sucedía todos los días sin excepción, Júlio se despertó por sí solo, sin notar el empujón que siempre le daba el padre en la hamaca y sin oír la voz de la madre llamándolo. El sol aún no había salido del todo, cubierto por la vegetación cerrada de la selva. Júlio cogió su escopeta, que estaba apoyada en un rincón de la habitación, se guardó un puñado de balas en el bolsillo del pantalón de algodón y se puso la camiseta apresuradamente. Mientras se ataba un machete en el cinturón de cuero, miró a Cícero. No sabía si el tío estaba realmente dormido o si fingía dormir para no tener que mirar al sobrino en aquel trance tan difícil.

—¿Qué prisa llevas, hijo? —le preguntó doña Marina.

—Voy a cazar, madre —respondió Júlio, nervioso, pero doña Marina estaba tan afanada preparando el desayuno de la familia —justo en ese momento se disponía a cocer la mandioca— que no se apercibió de la congoja del hijo.

Júlio salió de casa con paso apresurado. En plena selva oyó el griterío

enloquecedor de los monos aulladores que, a pesar de su escaso tamaño —un animal adulto no sobrepasa los ochenta centímetros de altura—, emiten un aullido aterrador. El chillido de los monos siempre había divertido al joven. Sin embargo, esa mañana el vocerío lo ponía aún más nervioso. Al cabo de cuarenta minutos de caminata por el corazón de la selva amazónica, Júlio llegó al lugar en el que debería esperar a la víctima. Era un brazo del río Tocantins, el sitio preferido de Amarelo para pescar surubíes, pintados y bagres. El hecho de que el pescador no hubiera llegado aún alimentó en el joven una ligera esperanza. «Si Amarelo no viene ya, volveré a casa y le diré a Cícero que no lo intentaré de nuevo», pensó. Con cada minuto que pasaba, Júlio se sentía más aliviado. Amarelo no aparecía. Dios evitaría que se convirtiese en asesino. Recuerda incluso haber sentido un ápice de felicidad. Se sentía ligero.

Apoyó la escopeta en un árbol y se tumbó en el suelo. Con las manos entrelazadas, estiró los brazos por encima de la cabeza lo máximo que pudo. Por fin, sus músculos se habían relajado. Con la mirada clavada en la copa de los árboles, divisó un mono araña colgado de una rama. Se sentía tan libre y tan feliz como aquel animal. En ese instante se llenó de convencimiento: Dios no permitiría que Amarelo apareciese. Cerró los ojos y aspiró el aroma a tierra mojada por la lluvia caída la víspera. Estaba tan cansado por el duermevela de la noche que se quedó dormido. Se despertó no sabe cuánto tiempo después. Había olvidado el motivo que lo había llevado allí. Al levantarse, sintió la camiseta pegada a la espalda por la humedad del suelo. Contrariado, echó un último vistazo al río para ver si Amarelo estaba por allí. No obstante, antes le rogó a Dios: «Por favor, Señor, que no haya nadie».

Su mirada, lenta y ansiosa, atravesó los árboles hasta posarse en la arena amarillenta de la orilla del río. Le daba miedo alzar la vista, pero lo hizo. Nada. Allí no había nadie pescando. Ni Amarelo ni nadie. A Júlio le embargó una alegría que jamás había sentido antes. Estaba tan excitado que se quitó los pantalones y la camiseta y echó a correr hacia el río esquivando árboles y saltando por encima de las raíces que alfombraban el camino. La arena caliente le quemó las plantas de los pies antes de entrar al río, salpicando agua por todas partes en una carrera enloquecida. Nadó unos minutos hasta

que decidió volver a casa. Le resultaría muy difícil mirar al tío y decirle que no había podido cumplir el encargo, pero la culpa no era suya. «Amarelo no ha venido», le diría a Cícero. Salió del río y, mientras caminaba de vuelta a la selva, oyó una voz grave:

—¿Qué te trae por aquí, chico?

Era Amarelo, que se acercaba remando en su canoa. Júlio sintió como si le dispararan un tiro en el pecho. Se quedó sin palabras. Saludó con la mano al pescador, como si se despediese, y echó a correr para adentrarse en la selva. Con el cuerpo chorreando, tuvo dificultades para ponerse los pantalones. Cogió la camiseta con la mano izquierda, se colgó la escopeta en el hombro derecho y siguió corriendo de vuelta a casa. La culata de la escopeta golpeaba acompasadamente en su espalda, acompañando el ritmo de la carrera. Se acordó de lo que el tío le había dicho: «Si tú no matas a Amarelo, quien puede acabar muerto soy yo». Por otro lado, Dios le había dado la oportunidad de volver a casa en paz. Si no se hubiese entretenido y se hubiese marchado enseguida, no habría visto a Amarelo. Pero había decidido esperar y ahora tenía que cumplir su promesa. Así que regresó al lugar establecido. Sería rápido. En cuanto llegara, dispararía al corazón del pescador y se desharía del cuerpo. Cícero también le había dado indicaciones de cómo borrar las pruebas del crimen. Después de matarlo, tendría que rajarle la barriga con el machete y tirar el cuerpo al río para que las pirañas lo devorasen. Sería rápido.

Hacía tres horas que Júlio estaba allí, en mitad de la selva cerrada, sin valor para disparar al pescador. Aun así, no le quitaba la vista de encima. Con cada movimiento del hombre cuya vida iba a ser arrebatada, Júlio pensaba: «Ahora». Y nada. En algún momento llegó incluso a apoyar la culata de la escopeta en el hombro derecho y apuntar a la izquierda del pecho del pescador. Sabía que bastaría con apretar el gatillo para ejecutar el encargo. Sentado en la espesura, con la escopeta entre las piernas, contemplaba la sombra de los árboles mecerse sobre las aguas lodosas del río Tocantins. Hasta que las sombras desaparecieron por debajo de los propios árboles. Ya era mediodía y, ciertamente, Amarelo no se quedaría por allí mucho más tiempo. «Ahora o nunca», decidió.

Agazapado entre árboles de hasta dos metros de diámetro, dio media docena de pasos hacia la orilla del río. Igual que hacía para matar pacas y ciervos, hincó la rodilla izquierda en el suelo y usó el muslo de la otra pierna para apoyar el codo derecho. Cerró el ojo izquierdo y apuntó al corazón del pescador, que estaba sentado en la canoa justo delante de él. Antes de apretar el gatillo, imploró perdón a Dios. A aquella distancia —no más de cuarenta metros— sabía que no erraría el tiro. Estaba tan concentrado y nervioso que ni siquiera oyó el disparo. Solo vio a su víctima llevarse las manos al pecho y desplomarse lentamente en la canoa de madera con la mirada aterrada. Júlio sintió algo que jamás olvidaría: una extraña sensación de poder. Había conseguido vencer sus miedos y cumplir su promesa. Además, para quitarle la vida a un hombre se requería mucho más valor y sangre fría que para matar a un animal. El trabajo, no obstante, aún no estaba del todo acabado; tenía que deshacerse del cuerpo.

Enrolló el cañón de la escopeta en la camiseta y dejó el arma de pie, apoyada en el mismo castaño en el que se había recostado él. Se quitó los pantalones y entró en el río con el machete en la boca. Eximio nadador, no tuvo dificultades en llegar a la canoa de Amarelo. Apoyó los brazos en la embarcación y vio el cuerpo del pescador. Tenía los ojos abiertos y el pecho bañado en sangre. Júlio sacudió la canoa una, dos, tres veces hasta darse el impulso necesario para entrar en ella. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando rozó con la barriga la cara del muerto. Soltó el machete en la canoa y se restregó las manos por el abdomen repetidas veces en un intento desesperado por librarse de aquella sensación. No le sirvió de nada; tenía que concluir el trabajo.

Frunció el ceño y apretó los labios con fuerza. Agarró el mango del machete con la mano derecha, cerró los ojos y asestó innumerables puñaladas en la barriga de la víctima. No se dio cuenta de los estragos que estaba causando en el cuerpo de Amarelo hasta que notó que metía la mano en la barriga del pescador. Era como introducirla en un terreno fangoso, repleto de gusanos y bichos asquerosos. Cuando sacó la mano de la barriga de Amarelo,

Júlio abrió los ojos. Tenía vísceras y trozos de carne pegados a los dedos. Sacudió las manos con agonía; no soportaba más esa situación. Se agachó junto al pescador, con las rodillas pegadas a la cintura de la víctima. Colocó las manos por debajo del cuerpo y lo empujó hasta verlo caer al río. En menos de un minuto, un banco de pirañas devoraba al hombre que acababa de matar. Cuanta más sangre se extendía por el río Tocantins, más pirañas se sumaban al banquete. Con el remo, empujó el cadáver lejos de la canoa y remó hasta la orilla, donde había dejado sus cosas y la escopeta. Antes de irse, limpió la canoa con el agua del río para eliminar las huellas del crimen: vísceras, trozos de carne y mucha sangre. Escondió la canoa en la selva, se vistió, volvió a colgarse la escopeta en el hombro derecho y tomó la senda de vuelta a casa.

Mientras corría por la selva, lloraba angustiado. Un dolor lacerante le encogía el corazón. Le pesaba en el alma. Había hecho lo que su tío le había pedido, pero sabía que no tendría que haber asesinado a Amarelo. No podía dejar de pensar en la expresión de pavor que había leído en los ojos del muerto. «Parecía que me mirase», le dijo al tío más tarde. Antes de llegar a casa tenía que calmarse. Si sus padres lo veían así, tan angustiado, seguro que sospecharían algo. A quinientos metros de la casa se sentó en plena selva bajo la sombra espesa de la copa de los árboles. Trató de relajar la respiración y, solo entonces, se dio cuenta de por qué estaba tan afligido. Era el peso del pecado. Y es que todavía no había rezado las diez avemarías y los veinte padrenuestros —obligatoriamente en ese orden— que limpiarían su alma. Descargó la escopeta y se alejó del arma. Se arrodilló e inició sus oraciones poniendo la máxima atención para no equivocarse en el recuento. Cuando terminó el vigésimo padrenuestro abrió los ojos con la esperanza de sentirse más ligero, pero su alma seguía atormentada. «Debe de ser porque he acabado de rezar ahora mismo; seguro que más tarde me encontraré mejor», pensó, y se dirigió a casa.

Ya pasaban de las dos de la tarde. Doña Marina estaba a la orilla del río lavando ropa. El señor Jorge había ido a por madera a la selva. Sus hermanos, Pedro y Paulo, jugaban en el río. Nadie se percató de Júlio cuando llegó. Cícero Santana, que había encargado al sobrino el asesinato de Amarelo,

dormitaba en la hamaca. A Júlio le molestó la apariencia relajada del tío mientras él acababa de pasar por la peor experiencia de su vida. Cícero parecía disfrutar de una paz inquebrantable. Colgó la escopeta detrás de la puerta y dio una patada a la hamaca del tío con el pie derecho. Cícero abrió los ojos.

—¿Ya está? —preguntó—. ¿Has matado a Amarelo?

—Sí, tío. El mal ya está hecho —respondió Júlio.

—¿Lo has hecho todo conforme te dije?

—Sí, todo. Hasta he tirado el cuerpo al río para que se lo coman las pirañas.

—Perfecto. ¿Y su canoa?

—La he limpiado y escondido en medio de la selva.

—Muy bien, Julão. Ahora ya puedo descansar en paz.

—¡Pues parece que estás descansando desde hace mucho tiempo!

—Julão, estoy enfermo, ¿lo entiendes? Todavía ardo de fiebre y me duele todo el cuerpo. Te he metido en este compromiso porque no he tenido más remedio.

—Solo quiero olvidarme de esta desgracia. ¡Nunca más vuelvas a hablarme de este tema de matar gente para ganar dinero! ¡No quiero ni oír hablar de este tipo de historias! —exclamó el muchacho con firmeza y el dedo en ristre.

—Puedes estar tranquilo, no volverá a pasar.

Las horas transcurrían y Júlio no se deshacía del peso de la culpa. Tenía un nudo en el estómago; no tenía ganas de comer. Aquella noche doña Marina preparó arroz con la carne asada del ciervo que él mismo había cazado. Era su plato favorito. Apenas pudo probar dos cucharadas y fue a acostarse en la hamaca. Doña Marina, preocupada, se acercó a charlar con el hijo, que le manifestó que se encontraba mareado, sin fuerza en el cuerpo y con dolor de cabeza. Al ponerle la mano en la frente, doña Marina comprobó enseguida que Júlio tenía fiebre. «¡Pobre hijo mío, también tiene malaria!», exclamó para que toda la familia lo oyera. Pero Júlio no tenía malaria; la fiebre, el mareo y los dolores eran el reflejo de una crisis nerviosa. En la casa todo el mundo dormía menos Júlio, que, tendido en la hamaca y tapado con

dos sábanas, no podía dejar de pensar en Amarelo. Cuando intentaba dormir y cerraba los ojos, veía el cuerpo despedazado del pescador. Pasaría dos semanas sin disfrutar de una noche de sueño tranquilo. El día del crimen solo pudo quedarse dormido después de repetir incansablemente el ritual de rezar las diez avemarías y los veinte padrenuestros hasta que perdió la cuenta. Insistía en poner más énfasis en un trozo concreto del padrenuestro. «Perdona nuestras ofensas», imploraba al cielo con los puños cerrados. Jamás olvidaría las últimas palabras que pronunció aquel día. Acurrucado en la hamaca, le hizo una promesa a Dios: «Nunca más volveré a matar a nadie en mi vida, Señor. Nunca más».

2

DE CAMINO A LA GUERRILLA DEL ARAGUAIA

Una lluvia torrencial se precipitaba sobre la selva. Caía tanta agua que nadie se aventuraba a salir de casa. El tejado, de madera y paja, no podía soportar el chaparrón que se abatía desde la noche anterior. Unas cuantas goteras empapaban el suelo de tablas. Pedro y Paulo jugaban a ver quién conseguía atrapar el mayor número de gotas con las manos antes de que tocasen la madera del suelo. El señor Jorge y doña Marina estaban acostados, abrazados, en la misma hamaca. De pie, junto a la puerta, Júlio miraba la selva. Nunca había visto tanta lluvia. El agua que caía se unía a la del río Tocantins formando una densa cortina. Aquel diluvio tenía que parar pronto. Era la mañana del 21 de marzo de 1972. Júlio y su novia, Ritinha, de catorce años, habían quedado para pasar juntos la tarde, solos, en un *igarapé* —un brazo de río que se adentra en plena selva—. Por la conversación que habían mantenido dos días antes, el muchacho, de diecisiete años, estaba convencido de que ese martes tendría su primera experiencia sexual. Si la lluvia no cesaba, el romántico paseo en canoa se frustraría.

El tiempo pasaba y la tempestad no daba señales de parar. Llegó la hora de comer. Por culpa de la lluvia, ni el señor Jorge ni Júlio habían salido a pescar. Sin pescado en casa, la familia solo comió arroz con huevo mientras oía los golpes que el aguacero propinaba en el tejado. Júlio no tenía hambre.

Siempre que estaba ansioso, nervioso o triste, perdía el apetito.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿La comida no te gusta? —preguntó doña Marina.

—No es eso, madre. Es que no tengo hambre —respondió Júlio entregándole el plato.

—Pero ¡si el arroz con huevo te encanta! ¡Come un poquito más, que te lo has dejado casi todo!

—No quiero, madre. Comeré más tarde.

Mientras doña Marina repartía entre sus otros dos hijos la comida que Júlio había dejado en el plato, el joven regresó a la puerta. Miraba al cielo en busca de algún resquicio azul, pero nada. Solo había nubes densas y oscuras. Una suerte de desánimo lo asaltó. ¿Cómo estaría Ritinha? ¿Sentiría la misma miserable angustia? ¿Acaso en aquel mismo instante también estaría mirando al cielo con la esperanza de que el tiempo mejorase? ¿Estaría tan ansiosa como él por tener sexo por primera vez? Se sentó en el suelo, apoyó los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos que le enmarcaban la cabeza. Cerró los ojos para escuchar la melodía del chaparrón en el río y los árboles. Era un sonido constante, invariable. Irritante. Hermoso, pero profundamente irritante. A Júlio siempre le había gustado la lluvia, pero esa tormenta sobrepasaba los límites. En ese momento, para acudir a tiempo a la cita que tenía con Ritinha, ya debería estar en la canoa y remando hacia la comunidad en la que vivía la joven. El recorrido era de casi una hora.

Júlio recobró las esperanzas cuando la tormenta empezó a suavizarse, aproximadamente una hora después de comer. Poco a poco, las nubes dejaron entrever trozos de cielo azul, aunque la lluvia no cesaba. Se hacía menos intensa, pero no paraba. Invasado por la ansiedad, Júlio dijo a sus padres que iba a darse una vuelta en canoa y salió de casa.

—¿Vas a remar con esta lluvia, hijo? —le preguntó el señor Jorge con la voz grave y ronca que lo caracterizaba.

—Ya ha amainado, padre. No soporto estar más tiempo dentro de casa. Volveré pronto. Dame tu bendición —respondió.

—Que Dios te bendiga.

El trayecto de casa de Júlio hasta el poblado donde vivía Ritinha se hacía

por el río Tocantins. En días normales, esas aguas estaban calmadas. Pero la lluvia intensa había agitado el río y aumentado la fuerza de la corriente, lo que resultaba excelente para el joven, que, a la ida, remaría a favor de la marea. Por el camino iba pensando en cómo sería hacer el amor. ¿Qué sentiría? ¿Lo haría todo correctamente? Su tío Cícero Santana le había contado muchas de sus aventuras con las mujeres, la mayoría de ellas prostitutas. Cícero llegó a proponer al sobrino llevarlo a un burdel en Imperatriz. «Allí hay muchas chicas guapas. ¡Te volverás loco, Julão!», le aseguraba el tío. Sin embargo, Júlio solo quería «hacerlo» con Ritinha. Mientras remaba, no paraba de pensar en su bonito cuerpo, en sus piernas fuertes y torneadas, en sus senos firmes y pequeños que le cabían perfectamente en el hueco de las manos. La boca grande y los labios carnosos de Ritinha le encantaban. Sería capaz de pasarse horas besando aquella boca. También le gustaban su pelo liso y moreno hasta la cintura y sus ojos negros y redondos. Con todo, lo que lo volvía loco de verdad era otra parte del cuerpo de la muchacha. «Tiene un culo espectacular, tío— le decía siempre a Cícero—. Es duro, bien liso y bien redondo.»

Con cada remada, la ansiedad de Júlio aumentaba. Pensaba en si Ritinha lo estaría esperando a la orilla del río según habían quedado cuando se percató de que se había olvidado de coger la hamaca que echarían al suelo y les serviría de lecho. «Tendrá que ser en la canoa», pensó. El cielo seguía nublado, pero la lluvia había parado. A lo lejos, avistó las primeras casas de madera de la comunidad ribereña en la que vivía su novia. Inspiró fuerte, soltó el aire de los pulmones y, orgulloso y sonriente, aceleró el ritmo de las remadas. Ya solo era cuestión de tiempo. En breve tendría a Ritinha entre sus brazos. Solo para él. Unos cincuenta metros antes de pasar por delante de la casa de la chica, Júlio sacó el remo del agua y se lo colocó entre los pies. La canoa avanzaba lenta, deslizándose sobre las aguas del río en el sentido de la corriente.

No dejaba de mirar la orilla izquierda, donde estaban las casas, pero no divisaba a su chica. Aguzó la vista y distinguió la casa de Ritinha, que, como todas las otras viviendas del poblado, se erguía a casi cien metros de la orilla del río —una garantía para los períodos de crecida en los que el nivel de los

ríos de la Amazonia puede subir hasta quince metros—. Ni señal de Ritinha. «¿Habrá renunciado a venir?», pensó. Entrecerró los ojos y escudriñó toda la comunidad hasta que distinguió a una persona tendida en la hierba a pocos metros del río. No podía identificarla. Utilizó el remo como timón y acercó la canoa al borde del agua. Era Ritinha. Estaba tumbada mirando al cielo. No podía haber otra joven con aquel cuerpo perfecto y aquellos senos tan firmes. Tenía que ser Ritinha. Pensó en gritar su nombre, pero no quería llamar la atención de nadie. Habían quedado en que ella diría a sus padres que iba a buscar coquitos de Brasil a la selva. Si los veían salir juntos en canoa, su plan podía malograrse.

Para llamar la atención de la joven, Júlio golpeó con el remo la parte externa de la canoa. Ritinha solo advirtió la llamada al cuarto o quinto toque. Júlio estaba encogido, prácticamente tendido en la canoa, solo asomaba la cabeza. De un salto, Ritinha se incorporó y desplegó la sonrisa más encantadora que Júlio había visto en la vida. Ritinha estaba guapa. Llevaba el pelo suelto, y brillaba de tan negro. El flequillo le cubría casi toda la frente. Vestía una blusa verde sin mangas, que dejaba al descubierto unos brazos fuertes, y un pantalón corto de algodón blanco. Los bonitos muslos de Ritinha estaban completamente a la vista. Su piel lisa, del color del azaí, excitó a Júlio más de lo que ya estaba, y deseó estar haciendo el amor con Ritinha en aquel instante exacto. Quería estrecharla en sus brazos lo más pronto posible. Ella echó a correr desde la orilla del río en el mismo sentido en que se deslizaba lentamente la canoa de su chico. Júlio no podía quitarle la vista de encima. El corazón le latía disparado y respiraba jadeante. Cuando Ritinha se hubo alejado unos cien metros de la comunidad, él acercó la canoa a la orilla. A cinco metros de la joven, soltó el remo dentro de la canoa y saltó afuera. El agua le llegaba un poco por encima de las rodillas. Júlio corrió hacia Ritinha. Esta lo recibió con los brazos abiertos y una sonrisa aún más bonita que la que había desplegado minutos antes. Intercambiaron un beso largo, húmedo y nervioso.

—¡Vámonos enseguida de aquí! —dijo Ritinha, preocupada por si la veía alguien del poblado.

—Me he olvidado de traer la hamaca. Vamos a tener que hacerlo en la

canoa —respondió Júlio.

—Por mí está bien. Si estoy contigo, todo está bien.

Intercambiaron otro beso ansioso y se dirigieron a la canoa. A Júlio, el agua le cubría hasta las rodillas, a Ritinha, la pierna entera. Al ver los bonitos muslos de su novia mojados, el joven no pudo resistirse y, mordiéndose el labio inferior, se los apretó con fuerza. Ritinha lo miró con una expresión que a Júlio le encantaba ver en su cara. «Es una mezcla de alegría y sinvergonzonería, tío», le decía a Cícero refiriéndose a lo que leía en los ojos de su novia cuando lo miraba de esa manera. Solo entonces se dio cuenta de que Ritinha no llevaba sujetador. Los pezones se le marcaban claramente a través de la fina blusa de punto. Se sentó en el fondo de la canoa, enfrente de Júlio, que empezó a remar de prisa. Diez minutos después, el muchacho condujo la canoa por un *igarapé* del lado izquierdo del río. La pareja no intercambiaba palabra alguna. Solo se miraban. Y sonreían. Júlio no entendía por qué Ritinha aparentaba estar menos nerviosa que él. En mitad del *igarapé*, las copas de los árboles solo dejaban colarse unos pocos rayos de sol, lo que confería a las aguas tranquilas un efecto de velo. El chico acercó la canoa a la orilla hasta que sintió que la quilla arañaba el fondo de arena. Dejó el remo en el casco de la embarcación, se mojó las manos en el agua y se las pasó por el pelo. También se lavó la cara, el cuello y el tórax para limpiarse el sudor del esfuerzo de haber remado hasta allí.

Júlio, que solo llevaba puestos los pantalones, estiró los brazos hasta tocar las rodillas de Ritinha, que envolvió con sus manos las manos del muchacho. Lo que a Júlio le apetecía realmente era abalanzarse sobre la chica y devorarla, como había visto tantas veces hacer a los caimanes con sus presas. Su respiración era tan ansiosa que sobresalía entre el parlotear de los tucanes y los guacamayos procedente de la selva. Sin saber cómo, tiró de Ritinha hacia él con los dientes apretados y la mirada hambrienta.

—¡Calma, Júlio! —dijo la chica sin obtener respuesta—. ¡Aquí no hay nadie, solo estamos los dos! ¡No aparecerá nadie que nos estorbe! ¡Tranquilízate!

—¡No aguanto más, Ritinha! —exclamó, a la vez que introducía las manos por debajo de la blusa de su novia.

—¡Calma! —repitió ella sonriendo e impidiendo que las manos del joven alcanzasen sus senos.

—¿Qué pasa, Ritinha? Hemos venido a esto, ¿no? ¿Ahora te vas a echar atrás? —preguntó Júlio en un tono que mezclaba irritación y decepción.

—No, Júlio. No me echo atrás, estoy deseándolo tanto como tú. Pero no quiero que sea así, con toda esta ansiedad. Desde que hemos llegado aquí ni siquiera me has besado.

Júlio comprendió que Ritinha tenía razón. Estaba tan excitado que se había olvidado del cariño que él mismo solía señalar como lo más sublime de la relación que mantenían. Apartó las manos de la barriga lisa de Ritinha y bajó la cabeza. Sintió que su chica lo abrazaba con fuerza y le besaba la cara. Todavía miraba hacia abajo cuando advirtió que Ritinha se quitaba la blusa, pero se sentía demasiado avergonzado como para levantar la vista. Entonces, ella lo tomó de las manos y las llevó a sus senos.

—Soy tuya —le susurró al oído.

Fue el beso más largo que Júlio recuerda haber dado en la vida. Sus bocas se abrazaban, sus lenguas parecían bailar. Jamás olvidaría la loca sensación de placer al tocar suavemente el pezón de los senos de Ritinha con la palma de las manos para, enseguida, apretarlos con vigor. Recuerda claramente haberse extrañado al sentir la mano derecha de su novia tocarlo por dentro de los pantalones. No esperaba ese tipo de actitud de una chiquilla de su edad. Y aún le pareció más inusitado que ella lo agarrara con firmeza. Aquella extrañeza aún lo excitaba más. Ritinha lo apretaba con la mano derecha y con la izquierda llevó la cabeza de Júlio a sus senos.

Júlio, confuso, besaba y lamía el pecho de Ritinha. Los gemidos y la respiración entrecortada de la chica lo convencían de que todo aquello le gustaba tanto como a él. Júlio empezó a acariciar con fuerza los muslos de su novia. Había llegado el momento de tocarla donde jamás le había permitido. Con prisas, metió la mano entre los muslos de la chica, que soltó un gemido de placer que permanecería grabado en su mente durante semanas. A continuación, introdujo la mano por dentro de los pantalones cortos de Ritinha. Por primera vez, ella dejó que Júlio la tocara íntimamente. Estaba húmeda. Júlio, que nunca antes había tocado a una mujer, pensó que sudaba.

Solo tres días más tarde, charlando con el tío Cícero, aprendió que esa humedad era una señal de excitación de la mujer. Sus dedos jugueteaban por allí. Con el entusiasmo, exageró la fuerza.

—¡Despacio, Júlio! ¡Despacio que si no me duele!

Sin mediar palabra, Júlio empezó a quitarle el pantalón a Ritinha, que se tendió en la canoa. Él se arrancó nerviosamente los suyos y se arrodilló entre las piernas de la muchacha. Con la cabeza apoyada en lo alto de la embarcación, ella lo miraba de una manera indescifrable, con una mezcla de alegría, ansiedad, cariño y deseo. «Eso debe de ser el amor», pensó Júlio. Entonces se echó encima del cuerpo de su novia e intentó penetrarla.

—¡Tranquilo! —dijo ella, y con una mano lo dirigió con calma—. Entra despacio, ¿vale? Recuerda que soy virgen.

—¡Yo también! —enmendó él.

—¿De verdad?

—¡Pues claro, Ritinha!

—¡Qué bonito! ¡Es la primera vez para los dos!

A medida que Júlio penetraba en Ritinha, ella gritaba de dolor. Él llegó a preguntarle si quería que parase. La respuesta vino con el abrazo apretado de las piernas de Ritinha en su cintura. A pesar del aparente dolor, sin duda estaba disfrutando. Incluso así, demostraba cierta incomodidad que Júlio no lograba entender. No sabe cómo, entre golpes y sacudidas, Ritinha invirtió la posición en la que estaban. Júlio solo recuerda que, de repente, se vio tendido boca arriba en el suelo frío de la canoa con su novia sentada en su pelvis. Sintió que había entrado por completo en Ritinha. Era una sensación deliciosa, como si su novia lo estuviese succionando. La chica, con las manos apoyadas en el pecho de Júlio, parecía bailar en su regazo.

Mientras sentía un placer que jamás habría imaginado que existiera, Júlio cerró los ojos y sintió la brisa suave que soplaba en la selva. El vaivén de los cuerpos hacía que la canoa se balancease acompasadamente. Las manos de la chica rodearon su cara. «Abre los ojos, Júlio, mírame», dijo Ritinha. Él obedeció. La imagen que vio era maravillosa. La piel de Ritinha, cubierta de sudor, brillaba bajo los tímidos rayos de sol que atravesaban la copa de los árboles. La respiración jadeante y la mirada hambrienta de su novia lo

excitaron aún más. Un escalofrío agudo le recorrió la columna y todo el cuerpo se estremeció. «Voy a eyacular», pensó Júlio. Apretó las manos de su chica con fuerza, soltó un gruñido extraño. Fue su primer orgasmo en una relación sexual, aunque Ritinha seguía fogosa, moviendo las caderas con sacudidas circulares, subiendo y bajando. La joven clavó las uñas en el pecho de Júlio, se estiró y emitió un gemido largo, casi un suspiro, hasta desvanecerse, sin fuerzas, encima de Júlio. Abrazados, solo sentían la brisa de la selva y el balanceo de la canoa.

Así permanecieron diez o quince minutos. Ritinha se bañó en el *igarapé*; Júlio hizo lo mismo. Jugaron en el agua tibia, sonrieron e hicieron el amor nuevamente. Esta vez, el muchacho estaba de pie con las piernas de la chica enlazadas en su cintura y los brazos rodeándole el cuello. Fue aún más placentero que la primera vez. Júlio se sentía más a gusto, más seguro. Ritinha parecía sentir lo mismo. Después del baño, subieron a la canoa y permanecieron unos cuantos minutos más tumbados, abrazados, aún desnudos, descansando. Se vistieron y regresaron a casa.

Júlio dejó a Ritinha en el mismo sitio en el que la había recogido. Se despidieron con un largo beso y un fuerte abrazo. Definitivamente, ese sentimiento era amor. «Solo puede ser amor», pensó Júlio con ganas, pero sin el valor suficiente para decirle que la amaba. La acompañó con los ojos hasta que llegó a la puerta de su casa. Mientras remaba de vuelta, Júlio vio, todavía, que Ritinha se volvía y lo saludaba, de manera contenida, con la mano a la altura del hombro. Estaba tan contento que no se cansó de remar a contracorriente durante más de una hora hasta llegar a la población en la que vivía. Quería casarse con Ritinha. Estar con ella para siempre. No veía el momento de contarle todo lo que había pasado esa tarde a su tío Cícero, el único que conocía la relación que Júlio mantenía y con quien se sentía cómodo para hablar del tema.

La conversación se produciría tres días después. Era el final de la tarde del 24 de marzo de 1972, un viernes caluroso y sofocante, cuando Júlio, tumbado en la hamaca y pensando en Ritinha —a quien no veía desde el día

en que perdió la virginidad—, oyó el ruido del motor de la canoa de Cícero.

—¡El tío ha llegado! —gritó el chico, saltando de la hamaca.

Mientras Cícero ataba la canoa a un tronco a la orilla del río, Júlio se acercó y le dio un fuerte golpe en el hombro.

—¡Ritinha y yo ya lo hemos hecho! —dijo, entusiasmado.

—¡Tranquilo, chico, que acabo de llegar! ¿Qué me has dicho? —preguntó Cícero abrazando al sobrino.

—¡Que Ritinha y yo ya lo hemos hecho, tío! ¿Lo entiendes? Hemos hecho eso, allí, en el *igarapé* que hay cerca de...

—¿De verdad? ¿Ya te has follado a Ritinha? Por fin, ¿no? Ya iba siendo hora... —dijo Cícero con una gran sonrisa en la cara.

A Júlio no le gustó el tono vulgar con el que el tío se refirió a su novia.

—¡No hables así, tío! ¡Ritinha es mi novia y me voy a casar con ella!

—Quiero que me digas eso dentro de dos años.

—¿Por qué?

—Julão, estás así de emocionado porque ha sido la primera vez que has estado con una mujer. Dentro de un tiempo, habrás estado con otras y Ritinha solo será un vago recuerdo.

—¡No entiendes nada! Quiero a Ritinha y me voy a casar con ella pronto. Estoy armándome de valor para hablar con su padre.

—¿El tuyo ya lo sabe?

—No —dijo el muchacho bajando la vista—. Primero quiero hablar con su padre. Si nos deja, se lo diré al mío después. Ahora quiero contarte cómo pasó todo.

—¿Entre tú y Ritinha?

—Sí.

—De acuerdo. Espera aquí. Voy a saludar a tu padre, tu madre y tus hermanos, y enseguida vuelvo, que también quiero hablar contigo de un asunto.

La conversación que Cícero iba a tener con Júlio situaría al joven en el epicentro del mayor enfrentamiento armado de la historia reciente de Brasil: la guerrilla del Araguaia.

Cícero entró en casa del hermano y saludó a todo el mundo con abrazos y besos. C cogió dos bananas y regresó a la canoa, donde Júlio lo esperaba ansioso. El joven le relató con pelos y señales todo lo que recordaba, incluso la ropa que Ritinha llevaba puesta aquella tarde: una blusa verde y unos pantalones de algodón blanco. «Bien cortitos», resaltó. Y orgulloso, enseñó a Cícero las marcas de las uñas que la joven le había clavado en el pecho.

—Esa chiquilla es una fresca, ¿eh? —dijo Cícero—. ¡Debe de ser una delicia!

—¡Basta ya, tío! ¡Ya sabes lo poco que me gusta que hables así de ella!

En casi una hora de conversación, Júlio todavía no había acabado de contar cómo había sido su primera experiencia sexual. Tres días después del episodio, podía, por fin, compartir esa experiencia inolvidable con alguien. Habría sido capaz de pasarse la noche entera hablando de lo que sintió al tener a Ritinha totalmente desnuda solo para él. Su piel del color del azaí, suave e inmaculada, su melena negra y brillante, sus muslos fuertes y torneados, su boca carnosa. «Toda ella es hermosa, no tiene ningún defecto», dijo, poco antes de que la conversación fuese interrumpida por las llamadas de doña Marina. Se había hecho de noche sin que Júlio y Cícero se dieran cuenta.

—¡Eh, vosotros dos, venid a cenar! ¡La cena ya está lista! —gritó desde la puerta de casa.

—¡Ya vamos, madre! —respondió Júlio—. Tío, antes me has dicho que también querías hablar conmigo. ¿De qué se trata?

—Vamos a cenar, Julão. Después te lo cuento.

Después de comerse el arroz con carne de mono asada de la cena preparada por doña Marina, Júlio y Cícero volvieron donde estaba amarrada la canoa. Se sentaron en la arena al borde del río y retomaron la conversación.

—Julão, ¿te acuerdas de lo que te conté cuando estuve aquí hace unos seis meses? —preguntó Cícero refiriéndose al mes de agosto de 1971.

—¿Cuándo, tío? Vienes a menudo por aquí.

—Aquella vez que estuve muy enfermo, con malaria.

Inmediatamente, Júlio se acordó de cuando mató al pescador Amarelo.

No respondió nada. Se levantó y caminó hasta mojarse los pies en el río.

—¿Qué te pasa, Julão? —el muchacho, que miraba el cielo salpicado de estrellas, respondió al cabo de unos segundos.

—Tío, no voy a matar a nadie más, ¿vale? Si lo que estás pensando es...

—¡No es nada de eso, Julão! No te voy a pedir que mates a nadie.

—Entonces, ¿qué es?

—Aquella vez que contraje malaria, mientras cenábamos, comenté el trabajo que el ejército estaba haciendo en la región del río Araguaia. Hablé de un amigo mío que es comisario de policía en Xambioá y que estaba contratando gente para ayudar a los militares a luchar contra los comunistas escondidos en plena selva. ¿Lo recuerdas?

—No, no me acuerdo —respondió Júlio.

—¡Claro que te acuerdas! ¡Cuando dije que ese amigo mío, el comisario, necesitaba hombres que supiesen manejarse por la jungla y que fuesen buenos tiradores, me pediste que te llevara para ese trabajo! ¿Te acuerdas ahora?

—No.

Júlio hablaba sin quitar la vista del cielo. No sabía por qué, pero intuía que esa conversación le traería problemas. Solo el hecho de volver a pensar en el miserable día en que mató a Amarelo era suficiente para desear no estar allí. Por fin se había librado de las pesadillas diarias en las que veía el cuerpo ensangrentado y las vísceras del pescador pegadas a sus dedos. No quería pasar por todo aquello de nuevo.

—¿Júlio? ¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Qué?

—¡Parece que esté hablando solo! Te lo he preguntado varias veces. ¿Quieres que te lleve a Xambioá?

—¿A Xambioá? —preguntó el muchacho, asustado—. ¿Y qué voy a hacer yo en Xambioá, tío?

—¿Estás sordo, chico? ¡Te lo acabo de explicar todo! ¡Parece que estés en la luna!

—Perdona, tío. Estaba pensando en otra cosa. ¿Para qué me quieres llevar a Xambioá?

Cícero Santana le volvió a explicar que el comisario de Xambioá, Carlos Marra, estaba reclutando hombres para ayudar al ejército brasileño a capturar a los comunistas escondidos en la selva de la región del río Araguaia. Júlio quiso saber el motivo por el que los militares querían capturar a dichos comunistas y qué era un comunista. El tío se lo explicó como mejor pudo:

—Los comunistas son personas que no aceptan las leyes del Gobierno y quieren crear confusión en Brasil. Por eso el ejército tiene que encontrar a esos individuos y evitar que el país viva en desorden. ¿Lo entiendes?

—Más o menos —respondió Júlio.

—Lo importante es que tenemos que ayudar al ejército y yo creo que ese trabajo puede ser muy bueno para ti, Julão.

—¿Por qué?

—Porque es un trabajo fácil y podrás ganarte un sueldo muy bueno. ¿No me acabas de decir que te quieres casar con Ritinha? Con el dinero que cobres prestando ese servicio, ganarás lo suficiente para empezar a construir vuestra casa.

La idea agradó al joven. Para poder casarse y vivir con Ritinha estaba dispuesto a todo. A casi todo.

—¿Y tendré que matar a alguien, tío? —preguntó.

—No, Julão. Olvídate del asunto de matar. Mi amigo, el comisario, dice que las órdenes del ejército son muy claras. No quieren matar a nadie. Solo quieren capturar a los comunistas para interrogarlos y descubrir todos sus planes.

—¿Y cómo voy a ayudar yo?

—Los hombres del ejército no saben cómo desplazarse por la selva. Necesitan a alguien que conozca bien la vegetación y que tenga buena puntería.

—Entonces, ¿tendré que disparar?

—A lo mejor no es necesario. Pero, en caso de que tuvieras que disparar, solo sería para herir. Puedes confiar en mí, Julão. ¡No será nada más! Mañana mismo nos vamos a Xambioá, ¿vale?

—No sé, tío. Me da miedo.

—Confía en mí, muchacho. Todo saldrá bien. Pasarás unos días con los

hombres del ejército y regresarás a casa con un montón de dinero en el bolsillo. Te pagarán veinte cruzeiros al día. Si te quedas con ellos los dos meses, ganarás mil doscientos cruzeiros.

—Eso es mucho dinero, ¿verdad? —preguntó Júlio, entusiasmado con la posibilidad de recibir un sueldo que nadie ganaba en su comunidad.

—Sí que lo es. ¿Acaso no te he dicho que era una muy buena oportunidad?

—Pero ¡dos meses son mucho tiempo, tío!

—No son nada, Julão. Se te pasarán muy rápido, incluso te divertirás. Estoy seguro. Siempre te ha gustado caminar por la selva. Imagínate guiando a un montón de hombres del ejército. Para ti será muy bueno.

—¿De verdad?

—¡Claro! Voy a decírselo a tus padres ahora mismo.

Al principio, al señor Jorge y a doña Marina no les gustó la idea de estar tanto tiempo sin ver al hijo, pero Cícero consiguió convencerlos de que autorizaran el viaje del muchacho con el argumento de que la experiencia ayudaría a Júlio a entrar en la Policía Militar. Para la familia, era el mejor empleo que un joven nacido en el interior de la selva podría tener en la vida. Dos días después, un domingo, Júlio y Cícero fueron en la canoa a motor a Imperatriz, desde donde partirían en camión hasta Xambioá, en la frontera del estado de Tocantins con el de Pará, a orillas del río Araguaia. Júlio llegó a pedirle al tío que lo llevase a despedirse de Ritinha, pero Cícero le dijo que no podía cumplir con su voluntad. «No podemos perder tiempo, Julão.»

Era la primera vez que Júlio salía de la región en la que vivía. En poco más de dos horas de viaje, serpenteando por el río Tocantins, llegaron a Imperatriz, donde pasaron la noche en casa de Cícero. A Júlio le fascinó ver un coche de verdad. Hasta ese día, solo había visto automóviles en las revistas que le traía el tío. Sin embargo, el ruido del tráfico le molestaba, así como la multitud de personas de la ciudad. En aquella época, Imperatriz tenía cerca de quince mil habitantes. Nunca había imaginado que pudiera haber tanta gente en un mismo sitio.

La casa del tío le pareció una mansión. También era de madera —como la casa en la que vivía con sus padres y hermanos—, pero tenía divisiones

interiores que separaban el salón de la cocina y de las dos habitaciones. En cada habitación había una cama y una hamaca. En el salón había un sofá de tres plazas con un estampado de cuadros negros y rojos —en honor al Flamengo, el equipo de fútbol del tío—, un enorme calendario con la imagen de Nuestra Señora Aparecida clavado en la pared, una mesa de madera y cuatro sillas de aluminio. A la izquierda del sofá, en un taburete de madera, había una radio a pilas. En la cocina, un fogón de leña y una gran caja roja de casi la misma altura que Júlio. «Eso es un frigorífico, Julão», explicó Cícero al sobrino, que se quedó boquiabierto con el objeto. «A mi madre le encantaría tener uno», pensó el joven. Tomar agua helada le pareció delicioso. «Es como si la lengua se quedara dormida», dijo. Todavía no sabía para qué servía aquella bola de cristal, algo más pequeña que una manzana, colgada del techo. Al anochecer lo aprendió.

—¿Y se enciende así, sin más? ¿No necesita queroseno? —preguntó Júlio, cuya casa se iluminaba con dos quinqués.

—¡Julão! —exclamó Cícero muerto de risa—. ¡Se enciende con energía eléctrica! Aquí, en la ciudad, hay un generador que funciona con diésel. Esa es la energía que hace funcionar los objetos como el frigorífico y la bombilla. ¿Lo entiendes?

—No, nada de nada.

—No pasa nada, con el tiempo irás aprendiéndolo todo.

Aquella noche, Júlio intentó dormir en la cama, algo que nunca había hecho antes, pero no pudo. Le resultaba muy raro estar tumbado con la espalda recta y, sobre todo, sin poder balancearse. Se levantó de la cama y fue a echarse en una de las hamacas de la casa. A la mañana siguiente, el tío y él aprovecharon el viaje de un camión de una maderera local que iba a Xambioá. El muchacho estaba tenso, callado. Cícero intentaba, en vano, animarlo, gastándole bromas y contándole chistes. Llegaron a Xambioá alrededor de las cuatro de la tarde. El calor era intenso. El polvo denso y rojizo que los todoterrenos y los camiones del ejército levantaban en un incesante vaivén irritaba los ojos de Júlio. Los vehículos militares formaban parte de la operación del Gobierno para combatir el movimiento organizado por militantes del Partido Comunista de Brasil (PCdoB) contra la dictadura

militar. En la comisaría de la ciudad, Cícero presentó a su sobrino al comisario Carlos Marra, un hombre de poco más de un metro ochenta de estatura, de piel morena y brazos musculosos, con el pelo negro y corto peinado a un lado y la cara redonda. El comisario lucía un curioso bigote muy fino que no sobrepasaba el ancho del labio superior. Además, tenía una barriga generosa que le sobresalía ostensiblemente de la cinturilla de los pantalones y la camisa. «¡Es un barrigudo!», comentaría Júlio con su tío más tarde. Cícero y Carlos Marra se saludaron con risas, abrazos y fuertes palmadas en el pecho. El comisario elogió el porte atlético del chico.

—¡Tenías razón, Cícero! Ya me habías dicho que tu sobrino era alto y fuerte —dijo el comisario con una voz que parecía demasiado suave para un individuo de su tamaño.

—Efectivamente, Marra. Y, además, sabe desplazarse por la selva como nadie y tiene una puntería fantástica. Julão puede matar un venado a cien metros de distancia —le aseguró Cícero, pasando un brazo por la espalda de su sobrino, que, intimidado, permanecía en silencio y con la mirada clavada en el suelo.

—¡Fantástico! Estoy seguro de que este chico nos va a ser muy útil.

Carlos Marra se entusiasmó tanto con Júlio que quiso enviarlo a la región de la guerrilla ese mismo día. Si no lo hizo fue porque Cícero se lo rogó.

—Marra, me gustaría que Julão fuese a la selva contigo. Me quedaré mucho más tranquilo si sé que siempre estará cerca de ti.

—¿Por qué, Cícero? —pregunto el comisario.

—Este chaval solo tiene diecisiete años y es mi sobrino, Marra. No te olvides de eso. Si le ocurre algo, mi hermano y mi cuñada se morirán de tristeza. ¡Ya tienen suficiente con que el hijo mayor se fuese de casa y nunca más volviera!

—De acuerdo. Entonces saldremos mañana por la mañana temprano, Julão —dijo el comisario dándole una palmada en el hombro.

Júlio seguía mudo.

—¡Di algo, chico! —le ordenó Cícero.

—Para mí, lo que el señor comisario decida está bien, tío.

Marra, Cícero y Júlio almorzaron en un bar de la ciudad. Comieron pacú

con arroz y puré de mandioca con caldo de pescado. Bebieron cerveza. Aunque a Júlio no le gustaba el sabor de esa bebida, se bebió dos vasos para sofocar el calor. Mientras comían, Júlio oyó decir al comisario que derrotar a los comunistas estaba resultando una misión mucho más complicada de lo que el ejército había imaginado. Los militares ni siquiera conocían la localización de las bases de los guerrilleros. Además, los rebeldes habían conquistado la simpatía y la amistad de muchos habitantes de la región, que les echaban una mano comprando alimentos y munición en la ciudad e incluso escondiendo a muchos de ellos en sus casas durante las batidas organizadas por el ejército. A Júlio le extrañó que dichos comunistas, que, según su tío, eran alborotadores y violentos, hubiesen cautivado a los habitantes locales.

—¿Por qué la gente se hace amiga de los comunistas y el ejército quiere capturarlos? —preguntó.

—¡Porque los comunistas los engañan, Julão! —respondió el comisario—. Les dicen que son gente de bien. Pero, en realidad, lo que quieren es transformar Brasil en un desbarajuste. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y nuestro trabajo aquí es justamente no dejar que eso pase.

—Así es, Julão —interrumpió Cícero—. Permanece siempre al lado de Carlos Marra y haz todo lo que te diga. Es mi amigo y cuidará de ti.

El joven respondió sin palabras. Solo asintió con la cabeza. Esa noche Cícero dejó al sobrino en una pensión y salió. Le dijo que se iba a beber con Carlos Marra. Júlio se quedó dormido pensando en Ritinha e imaginando lo que podría pasar en esa búsqueda de comunistas. «¡Ojalá no tenga que matar a nadie!», se dijo a sí mismo en una oración silenciosa.

3

LA CAPTURA DE JOSÉ GENOINO

Las calles de arena de Xambioá estaban todavía vacías y silenciosas cuando Júlio y Cícero salieron de la pensión. Eran las cinco de la mañana del martes 28 de marzo. Un todoterreno del ejército los esperaba en la puerta de la casa. Un chico con uniforme verde oliva iba sentado al volante, y el comisario Carlos Marra, al lado del conductor. Empezaron camino hacia el río Araguaia, donde había atracada una canoa a motor capaz de acomodar a doce hombres. Además del barquero —un habitante de la región dueño de la canoa—, subieron a la embarcación Júlio, Carlos Marra y tres hombres más. Dos de ellos, constató Júlio después, eran tan jóvenes como él o solo unos pocos años mayores. Ninguno vestía uniforme militar, lo que era una pena, pues a Júlio le habría encantado ponerse aquella ropa verde, tan elegante, con camisa de manga larga y boina de líneas rectas. Durante el trayecto de la pensión al río, Júlio no dejó de mirar los botines negros del conductor. Estaba deseando calzarse unas botas como esas. El único par de zapatos que tenía —unas zapatillas deportivas Conga azul marino que le regalaron cuando cumplió dieciséis años— todavía estaba como nuevo. Solo se las ponía para ir a misa los domingos. Seguro que Ritinha y doña Marina se sentirían muy orgullosas al verlo con unas botas así.

Cuando la canoa partió, las primeras luces del día ya iluminaban las aguas

fangosas del río Araguaia. El destino sería algún punto en las cercanías del río Gameleira. La vegetación era muy parecida a la que cubría el interior de Marañón, donde había crecido Júlio, con árboles que se elevaban a cincuenta metros de altura y diversos brazos de río que se adentraban en la selva. Los ojos atentos del joven advirtieron que la fauna también era la misma. Pudo distinguir perezosos, monos, garzas, aves tropicales y una gran proliferación de caimanes descansando a la orilla del río. Sin embargo, no había ido allí a ver animales. Su misión era ayudar al comisario Carlos Marra a capturar a los comunistas. Según las declaraciones de algunos habitantes locales a los hombres del ejército, había varios guerrilleros escondidos en el interior de esa región.

De acuerdo con los planes del comisario, el grupo pasaría una semana en la selva a la caza y captura de comunistas. Durante ese tiempo dormirían en las barracas de las que disponía el ejército y se asearían en el río. Para los primeros días de la operación, llevaban cinco kilos de carne seca, dos latas de salchichas, un kilo de azúcar moreno, un kilo de harina de mandioca y otro de sal gorda. Cuando se acabasen las provisiones, comerían lo que pescasen y cazasen. Por todo lo que Cícero le había dicho sobre Júlio, Carlos Marra estaba convencido de que la excelente puntería del muchacho y su habilidad para desplazarse por la selva serían fundamentales para conseguir alimento. Todos iban armados. El comisario y los otros tres hombres llevaban, cada uno, una escopeta calibre 20 y un revólver del 38. Durante el recorrido hasta el lugar en el que desembarcarían, el comisario dio las orientaciones que creyó necesarias.

—Tenemos que ser amables con los habitantes locales. Solo nos dirán dónde se esconden los comunistas si confían en nosotros. Cuando lleguemos a una población o a una casa, no digáis nada. ¡Aquí quien habla soy yo! Y si nos encontramos con un guerrillero, hay que capturar vivo al cabrón. ¡No hay que matar a nadie! ¡Los quiero vivos para que me cuenten dónde se esconden los demás! —mandó Carlos Marra, orden que alivió a Júlio.

La semana pasó más rápido de lo que Júlio había imaginado. Y también más tranquila de lo que había creído. En su primera incursión a la espesura de la selva al mando del comisario Marra, Júlio se sintió importante por primera

vez en la vida. Su misión era encontrar el rastro de personas. Llegó a abordar a siete hombres que dijeron ser campesinos. A partir del cuarto día, cuando los víveres se acabaron, pasó a tener también la responsabilidad de encontrar comida para el grupo. Mató un mono, una garza y, el último día de la operación, un jaguar. La carne musculosa y repleta de nervios del felino no gustó a nadie, pero era lo único que tenían para comer.

Durante los siete días que pasaron explorando la selva, encontraron cerca de diez casas. En todas, los habitantes —nativos de la región— confirmaron haber visto comunistas por allí, pero no sabían dónde se escondían. El discurso de Carlos Marra a los habitantes era siempre el mismo. El comisario les decía que ayudar a los comunistas era cometer un delito gravísimo y que quien colaborase con el ejército recibiría una estupenda recompensa: dinero, armas, herramientas y medicamentos. Incluso así, no obtenían información alguna. Así que, sin ninguna evidencia física de la presencia de guerrilleros en los alrededores, volvieron a Xambioá el miércoles 5 de abril de 1972.

Ya era de noche cuando llegaron a la ciudad. A Júlio todavía le impresionó más el intenso ajeteo de vehículos militares y gente. Todo el mundo iba y venía. Había un griterío ensordecedor. En los bares, la música salía de unas grandes cajas iluminadas. Xambioá era completamente diferente de la mañana en que Júlio se fue a la primera operación en la selva del Araguaia. Carlos Marra acompañó a Júlio a la pensión y le dijo con su particular voz serena: «Hijo mío, me has ayudado mucho, ¿sabes? Si necesitas algo, solo tienes que llamarme». Más tarde, el muchacho cayó en la cuenta de que no sabría cómo llamar al comisario en caso de que lo necesitase. En la pensión lo recibió la dueña, una mujer enjuta de aproximadamente un metro sesenta de estatura, de nariz larga y afilada y pelo encrespado, cuyo nombre nunca se preocupó en averiguar.

—Eres el sobrino del soldado de Imperatriz, ¿no? —le preguntó refiriéndose al policía militar Cícero.

—Sí, señora. ¿Por qué?

—Tu tío me ha encargado que te diga que se ha tenido que ir a

Imperatriz, pero que volverá el sábado.

—¿Y yo dónde me voy a quedar? —preguntó Júlio con la mirada asustada y perdida.

—Aquí mismo. Tu tío me ha dejado pagados cinco días.

—¿Y cuando pasen los cinco días?

—Me dijo que ya estarás trabajando para los militares y que tendrás dinero para pagarme de tu propio bolsillo.

Júlio, de solo diecisiete años, estaba desorientado. Nunca había tenido que pagar nada de su propio bolsillo. En realidad, nunca había tenido dinero. Quedarse solo en medio de la confusión que para él era esa gran ciudad le dio miedo. Cogió la llave del cuarto y se marchó a la parte trasera de la casa, donde un cubículo de cuatro metros cuadrados con paredes de madera y suelo de tierra batida le serviría de dormitorio los días siguientes. Lo peor de todo era tener que dormir en una cama. Estuvo varias veces tentado de pedirle una hamaca a la dueña de la pensión, pero la mirada sombría de la mujer lo intimidaba y acabó por no decirle nada. Estaba tan asustado por tener que pasar esa noche en Xambioá, lejos del tío, que no salió de la pensión ni para comer. Se durmió llorando, acurrucado en la cama y con la barriga rugiendo de hambre.

Al día siguiente se despertó sobre las siete de la mañana. Tenía un hambre atroz, pero seguía sin atreverse a salir de la habitación. No conocía a nadie por allí. Deseó con todas sus fuerzas que el tío estuviese cerca. En un momento determinado, abrió la puerta, no más de un palmo, y miró hacia fuera. Vio a un hombre caminando hacia la entrada de la pensión y pensó en hacer lo mismo para hablar con la dueña, pero le faltó valor. Volvió a echarse en la cama. Se puso a llorar de nuevo. Habría dado lo que fuera por estar en casa, en la placidez de la selva amazónica, a orillas del río Tocantins. ¡Ese sí que era su sitio! Todavía estaba llorando cuando oyó tres o cuatro golpes en la puerta de madera. La voz que llegaba de fuera era estridente.

—¡Despierta, chico, despierta! —Era la dueña de la pensión.

—Estoy despierto —respondió Júlio al cabo de unos segundos sin saber qué decir.

—¡Es casi mediodía! ¡No has salido de ahí desde ayer! El comisario te ha

dejado aquí un dinero.

El joven se animó. Con dinero podría salir a comer algo y acabar con aquella hambre canina. Abrió la puerta y recibió ciento cuarenta cruzeiros en billetes sujetos con una cinta roja de nailon. Era el pago por los siete días de trabajo en la jungla del Araguaia. El muchacho nunca había visto tanto dinero junto, ni siquiera tenía noción de qué podía hacer y comprar con todo aquello. Le dio las gracias a la dueña de la pensión, que le pareció más simpática que el día anterior.

—¿Cuánto cree que necesito llevarme para comer? —preguntó.

—¿Te refieres al dinero? ¿A cuánto dinero te vas a gastar en comer?

—Sí, señora. ¿Cuánto?

—¡Hijo mío, con diez cruzeiros puedes comer hasta reventar! —respondió la mujer.

Júlio sacó diez cruzeiros y se los metió en el bolsillo. Envolvió el resto en un trozo de papel que recogió del suelo de la habitación y se lo metió en los calzoncillos. Nada lo separaría de ese paquete. Se puso la camiseta y salió de la pensión. Iba caminando por la calle cuando vio algo que no olvidaría jamás. Era un monstruo de hierro enorme de una forma parecida a la de una libélula. Lo más increíble era que no tenía alas. «¿Cómo puede volar ese trasto?», pensó. Alguna vez había visto aviones surcar el cielo de la selva, pero aquello realmente no era un avión. Siguió con la vista aquel monstruo hasta que desapareció en el horizonte. En un bar a unos doscientos metros de la pensión, comió un arroz pasado con judías y pollo asado. El arroz de doña Marina era infinitamente más sabroso. Para acompañar la comida tomó dos botellas de Coca-Cola. Mientras comía, no dejó de pensar en el extraño objeto que acababa de ver sobrevolando Xambioá. Estaba pagando los cuatro cruzeiros de la comida —hasta le pareció barata— cuando un chico vestido con uniforme del ejército lo abordó.

—¿Eres el sobrino del soldado Cícero?

—Sí —respondió Júlio, que se alegró de hablar con alguien que parecía conocerlo.

—El comisario Marra te está esperando en la comisaría. ¿Vamos?

Júlio se pasó el resto de la tarde acompañando a Marra por la ciudad y así

fue como se enteró de que toda aquella tropa de militares que infestaba Xambioá pertenecía a las tres Fuerzas Armadas: ejército, marina y aviación. Todos estaban allí para luchar contra los comunistas. Visitó las bases militares improvisadas por la ciudad. El campo de fútbol se había transformado en una pista de aterrizaje con una garita grande, capaz de albergar hasta treinta hombres. También hacía las veces de ambulatorio y servía de dormitorio para algunos reclutas. Allí aprendió que el monstruo volador que había visto antes tenía el complicado nombre de helicóptero. «Un día volarás en un trasto de esos, Julão», le dijo el comisario. Al joven le pareció una idea interesante, aunque no sabía si se atrevería a montarse en aquel armatoste.

Los cinco días siguientes, la rutina de Júlio no fue muy diferente. Se pasaba la mayor parte del tiempo deambulando por la ciudad, casi siempre solo. Todavía no se había acostumbrado al intenso vaivén de todoterrenos y camiones militares. Diariamente hacía una visita de diez o quince minutos al comisario Marra en la comisaría para saber si ya se había decidido el día de la siguiente incursión del grupo en la selva del Araguaia. Un día, al final de la tarde, Júlio se encontraba junto a la pista de aterrizaje viendo cómo se posaba un helicóptero y preguntándose cómo podría volar aquel trasto con tanta elegancia sin tener alas. Por primera vez, se acercó para ver el aterrizaje de cerca. El helicóptero estaba a unos diez metros del suelo de tierra cuando sus hélices levantaron una densa cortina de polvo rojizo. Angustiado, Júlio cerró los ojos con fuerza, a la vez que se sacudía el polvo con las manos. Tosía nerviosamente. El sabor a tierra en la boca era algo nuevo para él. Estuvo salivando y escupiendo con náuseas hasta poco antes de llegar a la pensión, veinte minutos después.

En el trayecto desde la base militar hasta el hostel paró en una panadería y compró cuatro panecillos franceses, doscientos gramos de queso y dos botellas de Coca-Cola. Esa era su cena de cada noche. Beberse los dos refrescos era un lujo del que jamás había disfrutado en Porto Franco. Sus padres siempre le decían que había cosas más importantes que comprar,

como alubias, sal, azúcar y aceite. «La Coca-Cola es para los ricos», repetía el señor Jorge. Ahora, gracias al trabajo que realizaba para el ejército, podía beberse cuantas quisiese. Se sentía rico, pero seguía estando triste. No pasaba una noche sin pensar en Ritinha. Habría dado cualquier cosa por ver a su chica o, al menos, por hablar con ella. Los labios carnosos, los senos firmes, la piel lisa y el culo torneado de la joven no se le borraban de la cabeza. Con todo, aquel sufrimiento tenía una razón. Después de la misión en el Araguaia, volvería a la región en la que había nacido con el dinero suficiente para casarse con Ritinha.

A la mañana siguiente se despertó con unos golpes que parecían querer derribar la puerta de madera de su habitación. Reconoció la voz del comisario Carlos Marra.

—¡Vamos, Julão! ¡Levántate, chico, que ya son las seis! —gritaba el comisario.

—¡Ya voy! —respondió el muchacho saltando de la cama y sin entender qué hacía Marra tan temprano en la pensión.

Era el martes 11 de abril de 1972. Exactamente una semana después, Júlio Santana protagonizaría un episodio que ha entrado en los anales de la historia contemporánea de Brasil: la captura del guerrillero José Genoino Neto, quien, diez años después, sería elegido diputado federal por el Partido de los Trabajadores (PT) en São Paulo y se convertiría en uno de los políticos más influyentes y respetados del país.

Ya despierto por la llamada del comisario, Júlio cogió una bolsa de plástico con una muda de ropa —unos pantalones y una camiseta— y salió de la habitación comiéndose un panecillo que le había sobrado la noche anterior. En la calle, un todoterreno lo esperaba con el motor en marcha. La expresión que leyó en los ojos de Marra no le gustó. Todavía se estaba acomodando en el asiento trasero cuando el comisario dijo:

—Julão, si quieres trabajar con nosotros tienes que ser más responsable.

—No lo entiendo, comisario —respondió, frotándose los ojos por el sueño y con el coche ya en movimiento.

—Te dije que estuvieras preparado a las cinco y media. Hemos llegado a la pensión a las seis y todavía estabas durmiendo. Eso no puede ser.

—No me dijo nada, señor.

—Mandé al soldado Santos para que te avisara.

—Entonces, échele la bronca a él porque a mí nadie me ha dado ningún recado, señor. No sé quién es ese tal soldado Santos.

Tras la explicación del muchacho, Marra ordenó al conductor del vehículo que se dirigiese a la comisaría. Al llegar, se apeó y le dijo a Júlio que hiciera lo mismo. Entraron. El soldado Santos, convencido de que el comisario ya se había ido a la selva, descansaba con los pies encima de la mesa. Al ver entrar a Marra, Santos se incorporó de un salto y se cuadró.

—¿Qué postura es esa, soldado? ¿Acaso te crees que estás en tu casa? —se quejó Carlos Marra.

El soldado no dijo nada, solo bajo la cabeza. El comisario prosiguió:

—¿Qué fue lo que te mandé hacer anoche?

—Que fuera a la pensión a dejar un recado al sobrino de Cícero —respondió el soldado, que seguía mirando al suelo.

—Muy bien. Pues acabo de venir de la pensión y sé que no apareciste por allí. El chico no sabía que tenía que estar listo a las cinco y media. Ahora, dime: ¿qué debo hacer contigo? —le preguntó Marra, que, aunque claramente irritado, seguía hablando con esa voz tan serena que lo caracterizaba.

—No sé, señor.

—¡Pues yo sí que lo sé! ¡Te vas quedar en el calabozo hasta que vuelva de la selva y después desaparecerás de aquí! ¡No quiero volver a verte por Xambioá!

—Pero, comisario, yo...

—¡No hay peros que valgan, desgraciado! Y si vuelves a decir otra tontería, será peor para ti...

Dada la medida que siempre había demostrado Carlos Marra, Júlio no se imaginaba que pudiera ser tan duro e incluso tan cruel. Meter al soldado Santos en la cárcel y después echarlo de Xambioá solo porque se había

olvidado de dar un recado le pareció un castigo demasiado duro. Con todo, no estaba allí para replicar las decisiones de Marra. Había otro asunto que lo intrigaba más.

—Señor comisario, ¿por qué el soldado Santos se ha cuadrado al verlo? Eso de cuadrarse solo es cosa de militares, ¿no? —preguntó.

—Así es, Julão —respondió Marra, sonriendo—. Es que yo también soy militar; soy sargento del ejército.

—¿De verdad? ¿Y por qué no lleva uniforme?

—Porque no me gusta y para el trabajo que hago en Xambioá no es necesario. En la operación que desplegamos en la selva, llevar uniforme puede asustar a los habitantes de la región. Por eso prefiero ir así, de paisano.

—¡Qué curioso! ¡Y yo que lo daría todo por poder llevar esa ropa de militar!

—¿Ah, sí? Cuando ya te vayas de Xambioá te daré un uniforme.

—¿Me lo dice en serio? —preguntó Júlio inclinándose hacia delante en el asiento trasero del coche y acercándose al hombro izquierdo de Marra.

—Claro. ¡Cuenta con ello!

Llegaron a orillas del río Araguaia. Los estaban esperando el mismo barquero de hacía una semana, sentado en la misma canoa a motor, y cuatro hombres más. Los tres que habían participado en la primera misión —Ricardo, Emanuel y Forel— y uno nuevo, cuyas canas y patas de gallo hicieron suponer a Júlio que tendría entre treinta y cuarenta años. «Julão, este es Tonho», dijo Ricardo. Los dos se saludaron con un gesto con la cabeza. Durante el recorrido hasta la zona del río Gameleira, el grupo charlaba sobre mujeres, fútbol y comunistas. Tonho no decía ni mu. Se reía bastante y demostraba interés por los asuntos que se comentaban, pero no emitía opinión alguna. Era un negro musculoso, casi calvo, de ojos saltones y nariz ancha, cuyos brazos llamaron la atención de Júlio. «El brazo de ese tío es dos veces el mío», le comentó Júlio al comisario. El silencio de Tonho intrigó tanto al muchacho que llegó a preguntar a Ricardo si el nuevo integrante del equipo era mudo. «¡Qué va! Sí que habla, sí. Tú mismo comprobarás después por qué se muestra tan callado», respondió Ricardo, y soltó una larga carcajada.

En la embarcación había un saco de estopa grande con las vituallas: cinco kilos de carne seca, dos latas de salchichas, un kilo de azúcar moreno, un kilo de harina de mandioca, dos de arroz y uno de sal gorda. Según los planes del comisario Carlos Marra, esa misión acabaría el 17 de abril. Serían seis días de caza y captura de comunistas. Además de los alimentos y de las armas, también llevaban algunos medicamentos y media docena de camisas del ejército, todas de manga larga. Las medicinas y la ropa las usarían para convencer a los habitantes de la región de pasarles información sobre la localización de los guerrilleros.

La primera noche de la operación, Júlio descubrió la razón del silencio de Tonho. Después de montar la tienda en la que dormirían, todos fueron a darse un baño al río, excepto Tonho, que se quedó preparando la cena: arroz con carne seca. Por vergüenza a que lo vieran desnudo, Júlio era siempre el primero en entrar al agua y el último en salir. Cuando el grupo ya había empezado a comer, a Tonho le tocó el turno de bañarse. Justo en ese momento, Júlio se preparaba para salir del río de aguas tibias. Tonho estaba a pocos metros de Júlio cuando el delegado le gritó desde lejos, a unos treinta metros de distancia.

—¡Tonho, tráeme el reloj, que me lo he olvidado ahí! —dijo Marra.

—¿Dónde está, comisario? —preguntó Tonho con una voz fina y áspera.

—Está cerca de una piedra grande, a la izquierda del camino.

—De acuerdo, después del baño se lo llevo.

Además de una voz estridente, Tonho tenía otro problema: era gangoso. A Júlio le entraron unas ganas locas de reír, pero no quería inhibir al compañero. Nunca había oído hablar a nadie con un tono de voz tan raro y divertido. Mucho menos aún procedente de un tipo del tamaño y del porte de Tonho. La «b» que salía de su boca tenía un sonido mucho más cercano a la «m». «Parece un pato hablando», le diría Júlio a Ricardo más tarde. Mordiéndose los labios para disimular las ganas de reírse, Júlio salió del agua, se puso los pantalones atropelladamente y echó a correr hacia el campamento sin ni siquiera mirar a Tonho. En la tienda cogió la camiseta que

acababa de lavar y se la metió en la boca para desternillarse con ganas sin llamar la atención del grupo. Se rio tanto que hasta se le saltaban las lágrimas. Forel, que estaba cenando con los demás, oyó un ruido raro procedente de la tienda y fue a mirar. Creyó que Júlio lloraba. «¿Qué te pasa, chico? ¿Por qué lloras?», le preguntó. Fue suficiente para que Júlio no aguantase más. Se quitó la camiseta de la boca y se carcajeó como pocas veces volvería a hacerlo en la vida. Se encogió en el suelo en posición fetal con las manos en la barriga: «¡Ay, Dios mío. Ay, Dios mío!», exclamaba el muchacho, casi sin aliento entre una carcajada y otra.

—¿Qué pasa ahí dentro, Forel? —quiso saber el comisario.

—Nada, señor. ¡Al parecer, el chaval ha oído a Tonho hablar y se está descojonando! —respondió, dándole una colleja a Júlio. Antes de regresar a la hoguera donde el resto del grupo cenaba, le advirtió—: Lo mejor es que te rías ahora todo lo que puedas porque, si lo haces delante de Tonho, te matará.

Ni la advertencia amenazadora pudo contener las risotadas de Júlio, que siguió tronchándose hasta perder las fuerzas. A partir de esa noche, evitaría mirar de frente a Tonho. No le dirigía la palabra por nada y, siempre que el gangoso amenazaba con abrir la boca, él se alejaba.

Los cinco días siguientes, la rutina del grupo se mantuvo sin alteraciones: días enteros de caminatas por la densa espesura del Araguaia bajo un calor insoportable y los ataques constantes de los insectos. Ya habían hablado con algunos habitantes de la región —la mayoría campesinos— e incluso los habían sobornado con medicinas y ropa. Muchos les prometieron mantenerse atentos para ayudarlos en operaciones futuras. Pero, en aquel momento, declararon que no sabían nada.

El domingo 16 de abril, se les acabó la comida. Los hombres estaban exhaustos y desanimados al ver que el trabajo no surtía efecto. Ni siquiera habían visto un solo guerrillero. Júlio, que guiaba al equipo por la selva, ya había empezado a pensar que esas historias de los comunistas no eran más que habladurías. Al final de la tarde, bajo las órdenes del comisario Marra, el muchacho guio al grupo hasta la casa de Pedro Mineiro, un campesino y pequeño propietario de unas tierras en las que ya habían estado hacía dos días. Mineiro era uno de los que se habían comprometido a ayudar al ejército

en la busca y captura de los guerrilleros. En el camino hasta las tierras del agricultor, Marra se torció un pie con la raíz de un árbol y empezó a andar con dificultad. Aquella noche, él y sus hombres cenarían y dormirían en casa de Pedro Mineiro. El campesino, nacido en el estado de Minas Gerais, vivía en la región del río Gameleira desde hacía unos diez años. Tenía cuarenta y dos años, era esbelto, medía casi un metro noventa de altura y tenía un pelo fino y rubio que se peinaba hacia atrás. La barbilla alargada y puntiaguda le proporcionaba al rostro una forma triangular. En sus tierras criaba media docena de vacas y unos cuantos cerdos y gallinas.

—¡Hola, Mineiro! —lo saludó el comisario al acercarse a la casa de madera en la que vivía con su mujer y dos hijos pequeños.

—¡Hola, comisario! ¿Busca alojamiento? —preguntó el hombre adivinando la intención de Marra.

—Eso mismo. Enseguida caerá la noche y estamos muertos de cansancio y sin comida. ¿Nos puedes echar una mano?

—Por supuesto, ya sabe que siempre puede contar conmigo.

—Gracias, Mineiro.

—De nada. ¿Después me podrá dar algo más de ropa del ejército? Es estupenda para andar por la selva.

—¡Claro, hombre! La próxima vez que aparezca por aquí, te traeré dos pantalones y dos camisas.

Esa noche cenaron pollo guisado con patatas y arroz. Júlio se comió tres platos. Durante la cena, Carlos Marra comentó que sus hombres y él regresarían a Xambioá a la mañana siguiente. Sin embargo, Pedro Mineiro dijo algo que al comisario le hizo cambiar de idea.

—Creo que debería quedarse unos días más por aquí —afirmó Mineiro.

—¿Por qué? —preguntó Marra.

—Un vecino me ha dicho que ha visto a unos guerrilleros por Caianos —respondió el campesino, refiriéndose a una pequeña población de la zona.

—¿Cuándo, Mineiro?

—Ayer, comisario. Por eso le he dicho que creo que, si usted y sus hombres exploran directamente esa zona, atraparán a esos sinvergüenzas.

—Si decido quedarme unos días más, ¿nos proporcionarás techo y

comida? Después te lo pagaré todo.

—Claro, comisario. Pero no tiene que pagarme nada. Ya sabe que estoy aquí para ayudar a expulsar a esos comunistas.

Marra y su grupo ataron sus hamacas en el porche de la casa. Poco antes de dormirse, el comisario les recordó que, en caso de que viesan algún guerrillero, no debían, de ninguna manera, disparar a matar. El objetivo era capturar a los comunistas para interrogarlos. Solo así sabrían dónde se localizaban las bases de apoyo al movimiento y el ejército podría, entonces, acabar de una vez por todas con la guerrilla. «Por eso, disparad solo si estáis completamente seguros de que no vais a matar a nadie», ordenó el comisario.

A las siete de la mañana del día siguiente, Carlos Marra decidió probar la puntería de sus hombres. Quería saber quién de ellos tenía mejor tino. Pusieron una lata de aceite a unos veinte metros de distancia y empezaron a disparar de uno en uno. El que fallara, saldría del juego. Todos acertaron en la lata con el primer disparo. Aumentaron la distancia a veinticinco metros. Forel y Ricardo fallaron. El juego continuó entre Júlio, Emanuel y Tonho, el gangoso. A treinta metros de distancia de la lata, Emanuel, el primero en disparar, falló. A Júlio, después del sorteo de posiciones, le había tocado el segundo. Como les había contado muchas historias de sus cacerías en la selva en las que mataba animales a más de cincuenta metros de distancia, no quería fallar. Además, se sentía en la obligación de demostrarle al comisario que su tío no lo había recomendado para ese trabajo porque sí.

Se apoyó la culata de madera de la escopeta calibre 20 en el hombro derecho. Respiró profundamente y contuvo la respiración. Apretó el gatillo y vio la lata salir por los aires lejos del tronco en el que estaba apoyada. Júlio se sintió aliviado y orgulloso. Tonho también acertó. Entonces la lata se colocó a treinta y cinco metros para los dos últimos tiradores. Júlio sería el primero. Hasta entonces solo había disparado de pie, pero en ese momento le preguntó a Carlos Marra si podía hacerlo agachado, como hacía cuando iba de caza. «Hijo mío, si aciertas en el blanco, puedes incluso tirar cabeza abajo», respondió el comisario, lo que desató las carcajadas del grupo. El muchacho

hincó la rodilla izquierda en el suelo y apuntó al centro de la lata. Sin saber por qué, se acordó del día en que había matado a Amarelo ocho meses antes.

Júlio apuntaba y veía el cuerpo del pescador ensangrentado. La vegetación cerrada que se levantaba por detrás de la lata como una muralla verde lo remitía al escenario en el que había matado a Amarelo. Tenía que calmarse. Sabía que, si disparaba en ese estado, no daría en el blanco. Cuanto más intentaba tranquilizarse, más tenso se ponía. Estaba de rodillas, apuntando a la lata desde hacía dos o tres minutos cuando oyó la voz chillona y gangosa de Tonho: «¡Madre mía! ¡El chico se ha frenado!». Júlio intentó contenerse, pero no pudo. Tiró la escopeta al suelo y se echó a reír. A Tonho, situado dos metros por detrás del muchacho, no le gustó la escena. «¡Te estás riendo de mí! ¿Eh? ¿Te estás riendo de mí?», le gritó. Pero Júlio no podía parar. Tendido en el suelo, se sujetaba la barriga y se retorció a carcajada tendida. Y lo peor para Tonho fue que todos los otros hombres del grupo también empezaron a reírse.

—Tiraré primero, mientras ese idiota sigue riéndose ahí —dijo Tonho inclinándose para coger la escopeta que Júlio había tirado al suelo.

—¡No! ¡Yo dispararé primero! —dijo el muchacho y estiró el brazo hasta alcanzar la culata del arma, sin parar de reír.

La manera de hablar de Tonho le resultaba a Júlio tan rara y graciosa que, de repente, se olvidó del día en que había cometido el primer homicidio de su vida. Todavía riéndose, pero de manera más controlada, retomó la posición anterior. Miró fijamente la lata y disparó. El tiro fue certero. Júlio escuchó que el comisario Marra, situado unos metros más atrás, comentó con alguien: «Este muchacho es muy bueno; Cícero ya me lo había dicho», y se sintió halagado por el elogio. Tonho, molesto por las risotadas de sus compañeros, tomó el arma rápidamente, apuntó y disparó. La lata ni se movió. «¡He fallado por culpa de ese chaval, que me ha estado tocando los huevos!», dijo. «¡Es un...!» Antes de que Tonho siguiese insultando al chico, el comisario lo interrumpió.

—¡Escuchadme todos! ¡Ya basta! —ordenó Carlos Marra—. Quiero que prestéis mucha atención a lo que voy a decir ahora. Como ha quedado probado, Julão es el que mejor puntería tiene del grupo. Si nos encontramos

con algún comunista y hay que disparar, quien tirará primero será él.

—Pero, señor comisario... —refunfuñó Tonho.

—¡No hay peros que valgan, Tonho! ¡No hay más que hablar! ¡Y ay de quien me desobedezca! Julão disparará primero. Si falla, cada uno de vosotros tendrá su oportunidad. ¡No quiero oír a nadie quejándose ni ver malas caras! Tenemos que trabajar coordinados y ayudarnos los unos a los otros.

Júlio lo escuchaba todo mirando al suelo, pero se sentía orgulloso.

Después de la disputa del tiro al blanco, Marra y su grupo desayunaron y abandonaron la casa de Pedro Mineiro. Al irse, el comisario dio una orden al campesino: «Dile al personal del ejército que necesito un helicóptero mañana a primera hora de la tarde. Si no estamos aquí de vuelta, en tu casa, deberán ir a buscarme a mí y a mis hombres a la selva». Mineiro no preguntó nada, solo le dijo que haría lo que le pedía. Júlio escuchó la conversación callado, pero quiso saber para qué quería el helicóptero el comisario.

—El dolor de pie me está matando, Julão. No quiero pasarme dos días más caminando por la selva hasta llegar a Xambioá. En helicóptero volveremos a casa rápido y sin esfuerzo —dijo Marra.

—Si puede ser, ¿me dejará volver igual que vinimos, caminando y en barco?

La pregunta del muchacho hizo sonreír al comisario.

—Claro, chico. Puedes hacer lo que quieras, pero te aseguro que viajar en helicóptero no tiene ningún peligro. Confía en mí.

—No sé, señor comisario. No sé.

—Además... ni siquiera sé si ese helicóptero aparecerá. A lo mejor Mineiro no puede dar el recado a los hombres del ejército y puede que no haya ningún helicóptero disponible.

—¡Dios lo quiera!

Por si tenían que pasar la noche en la selva —lo que ninguno de ellos quería—, llevaban las hamacas y una gran olla de hierro llena de arroz, harina de mandioca frita con huevo y unos trozos de carne seca asada. En la mochila

de Tonho había un poco de café, un puñado de sal gorda, media docena de limones y tres latas de sardinas que Pedro Mineiro había ofrecido al grupo. El comisario iba montado en un caballo que también le había prestado el agricultor. Júlio sabía que, con esa barriga que no le cabía en los pantalones, Carlos Marra no podría aguantar el día entero caminando por la selva cerrada tal y como habían decidido hacer. Alrededor de las dos de la tarde encontraron huellas recientes en las proximidades del río Gameleira. Por el tamaño y la distancia entre una huella y otra, Júlio dedujo que eran de un hombre de un metro ochenta de estatura aproximadamente. El hecho de que el individuo llevase zapatos llamó la atención del comisario. «La gente de aquí suele ir descalza», afirmó. Siguieron el rastro, que se alejaba cada vez más del río Gameleira. En determinados puntos, la vegetación densa y las hojas secas que tapizaban el suelo dificultaban el trabajo de Júlio. En esas circunstancias, tomaba como referencia para la persecución las ramas rotas o torcidas, indicadores de que alguien había pasado por allí. A continuación, un poco más adelante, volvía a identificar las huellas del hombre a quien querían encontrar.

Serían alrededor de las cuatro de la tarde cuando una lluvia fina empezó a lavar la selva. Un problema añadido. En poco tiempo, el agua borraría las huellas. Para seguir el rastro o, al menos, llegar lo más cerca posible del sospechoso, Júlio aceleró el paso. Menos de media hora después, el comisario se quejó de cansancio.

—¡Nadie puede seguir tu carrera, Julão! —dijo Marra.

—¡Yo sí puedo! —respondió Tonho.

Júlio estaba tan concentrado en seguir el rastro que esta vez la voz gangosa y estridente de su compañero no le hizo gracia.

—Comisario, ¿puedo hacerle una sugerencia? —preguntó Júlio.

—Claro, muchacho.

—Quédese aquí con el grupo y yo seguiré las huellas para ver si encuentro a ese tipo. Después volveré y le cuento qué he visto.

—No sé, chico. ¿Y si te encuentras con ese cabrón y resulta ser un comunista?

—No pasará nada, le diré que soy un habitante de la región, que soy

sobrino de Mineiro. Después volveré aquí y entonces lo perseguiremos todos —dijo Júlio tranquilo y seguro.

—Muy bien, Julão. Me gusta la idea. Puedes perseguirlo. Mientras tanto, nosotros montamos las hamacas y encendemos fuego para calentar la comida. No tardes mucho. Si consideras que ese cabrón está muy lejos, vuelve aquí.

—De acuerdo, comisario —dijo Júlio y echó a correr, aunque aún pudo oír a Ricardo decir: «Ese chaval es un hacha».

Júlio corría como había aprendido a hacer desde pequeño en la selva de Porto Franco. Miraba hacia delante y mapeaba la disposición de los árboles de los diez metros siguientes. A continuación, dirigía la mirada al suelo en busca de huellas y de raíces grandes que pudieran derribarlo. Estaba completamente convencido de que el hombre a quien perseguía no podría desplazarse a la misma velocidad que él. Estaba decidido a regresar donde se habían quedado el comisario Marra y los otros hombres con la noticia de que había encontrado al sospechoso. La lluvia seguía cayendo, fina e impertinente. Cuanto más se mojaba la tierra, más dificultades tenía para identificar el rastro de los pasos del hombre al que perseguía. Ya empezaba a oscurecer cuando divisó un claro de unos veinte metros cuadrados abierto en plena selva con una barraca de madera y paja construida en el centro. Cuando comprobó que no había nadie en la cabaña —solo un perro tumbado debajo de un taburete de madera—, siguió con la persecución. Menos de dos kilómetros después avistó un poblado con media docena de casas de madera. En la primera, un hombre de pelo y barba canosos se encendía un cigarrillo asomado a la ventana. La luz tímida del quinqué colgado en el techo no permitía que el muchacho distinguiera su cara con nitidez. Antes incluso de que Júlio se dirigiera a él, como era su intención, el anciano dijo con voz grave:

—¡Sal de la lluvia, chico, que acabarás pillando un resfriado!

—No puedo. Estoy buscando a un amigo —respondió, secándose el agua de los ojos y sacudiéndose el pelo empapado con las manos.

—¿Tienes un amigo por aquí?

—No es de aquí. Estábamos cazando y lo he perdido.

—¿Cazando? ¿Y cómo es que cazas sin arma, chico?

Solo entonces Júlio se dio cuenta de que con las prisas se había dejado la escopeta donde estaban el comisario y el resto del grupo. No sabía qué decir. Miró al hombre que tenía delante sin decir ni mu. Avergonzado, bajó la mirada al suelo.

—A ver, chaval, a mí no me engañas —le dijo el anciano, y Júlio levantó la cabeza rápida y nerviosamente.

—¿Cómo dice? —preguntó Júlio.

—Sé lo que quieres saber. Y lo que quieres saber es el paradero de tu amigo comunista, ¿no?

Júlio no supo reaccionar. Estaba bloqueado.

—Hace unos veinte o treinta minutos, uno de esos chavales comunistas ha pasado por aquí y me ha preguntado si alguien sabía dónde estaban los paulistas de Caianos.

Júlio ya sabía que «paulistas» era la forma en que los habitantes del Araguaia designaban a los guerrilleros debido a que la mayoría era de São Paulo. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que eran esos «Caianos» y tampoco se atrevía a preguntarlo. Si lo hacía, le revelaría al anciano que no formaba parte del movimiento contra la dictadura militar.

—Tiene razón, así es. Perdone que le haya mentido. ¿Sabe hacia dónde ha ido mi amigo? —dijo el muchacho.

—No, hijo mío. Como nadie supo decirle dónde estaban los paulistas de Caianos, volvió a adentrarse en la selva y se marchó.

—¿En qué dirección? ¿Pudo verlo?

—Fue hacia el mismo sitio del que has venido tú. ¡Si la selva no fuese tan grande, creo que os habríais cruzado! —dijo el anciano.

—Gracias. Me ha ayudado mucho. Solo una cosa más.

—Dime.

—¿Puede darme un vaso de agua?

Una vez saciada la sed, Júlio retomó la senda, corriendo más rápido aún que cuando había venido. Temía que el comunista llegase donde estaban sus amigos y los sorprendiera o que el grupo capturase al guerrillero sin que él estuviese cerca. Incluso bajo la luz penumbrosa de la noche, Júlio se manejaba por la selva sin dificultad. Reconocía cada metro del recorrido que

había hecho. Sin parar ni siquiera a orinar, como el cuerpo le pedía con insistencia, llegó donde estaban acampados Marra y los demás hombres. A diferencia de lo que había imaginado —y, por extraño que parezca, hasta lo deseaba—, no se topó con el comunista por el camino. Sin embargo, se sentía orgulloso, satisfecho. Traía una información que creía muy útil para el comisario. Entusiasmado, le contó al grupo lo sucedido. Lo narraba todo de pie, haciendo aspavientos. Y hasta exaltó sus cualidades como conocedor de la selva al decir que había corrido como un jaguar. También dijo algo que impacientó al grupo aún más de lo que estaba.

—Me parece que ese cabrón está volviendo al mismo sitio del que salió. Creo que pasará por aquí.

—¿Y si ya ha pasado? ¿Y si ha hecho el trayecto corriendo como tú? —preguntó Emanuel.

—Lo dudo —puntualizó Júlio—. No sabe que lo están siguiendo y, aunque lo supiera, dudo que pudiera correr más deprisa que yo.

—No sé —replicó Emanuel.

—Los hombres son como los animales, Emanuel. Solo corren si saben que los persiguen o que están en peligro. Como ese comunista no sabe que vamos detrás de él, seguro que está la mar de tranquilo. Debe de haber parado para dormir y retomará la marcha por la mañana —dijo Júlio con una firmeza tal que hasta él mismo se sorprendió.

—Creo que el chico tiene razón —decidió el comisario—. Vamos a cenar ahora mismo y a intentar dormir. Mañana nos despertaremos muy temprano.

Poco antes de las cinco de la mañana del martes 18 de abril de 1972, Carlos Marra y su grupo ya estaban de pie. Tonho encendió el fuego para recalentar el café. Comieron arroz con harina de mandioca frita y carne seca, descolgaron las hamacas de los árboles, lo guardaron todo en el saco de estopa y empezaron la caza y captura del guerrillero. El comisario acató una sugerencia de Emanuel y ordenó a sus hombres que caminasen lado a lado dejando entre sí una distancia aproximada de cinco metros. De ese modo, cubrirían un área mucho más grande que en fila india. Ricardo era el último a la izquierda y tiraba de la cuerda del caballo. Júlio, considerado por Marra como el experto conocedor de la selva, iba en el centro con el comisario a la

derecha.

La tierra todavía estaba húmeda por la lluvia de la víspera. A Júlio le encantaba el olor a tierra mojada. Se sentía como en casa. Sus ojos escudriñaban cada metro de la selva. Un poco más adelante, a la izquierda, oyó un ruido y levantó el brazo izquierdo para indicar, como habían establecido antes, que todos debían pararse. Júlio señaló hacia donde venía el ruido. Con las palmas de las manos vueltas hacia abajo siguió avanzando a pasos lentos y silenciosos. Miró hacia atrás y, con la mano derecha, pidió que todos se agacharan. Júlio siguió avanzando en cuclillas, lentamente y en silencio. Cuando Marra se acercó a él, el joven señaló la parte de atrás de un árbol, una caoba de unos treinta metros de altura. El comisario dijo que no veía nada y Júlio volvió a señalar. Era un tapir, de los grandes.

—¿Y a mí qué me importan los tapires, Julão? —le espetó Carlos Marra.

—Solo quería enseñárselo para que comprobase que lo veo todo. Si fuese el comunista, también lo habría visto —le explicó el muchacho.

—Muy bien, pero olvídate de los bichos. ¡Lo que quiero es que encuentres a ese cabrón!

No pasó mucho tiempo antes de que la orden del comisario se cumpliera. Menos de treinta minutos después, alrededor de las seis de la mañana, Júlio volvió a levantar el brazo izquierdo. Todos pararon. Miró al comisario y susurró: «Veo a un tío por ahí delante». Cojeando, Marra se acercó al chico. El hombre caminaba por una senda a unos cien metros por delante de ellos. Vestía un pantalón oscuro y una camisa clara de un tono azulado, de manga larga, arremangada hasta un poco por encima del codo. Era delgado y medía cerca de un metro ochenta de estatura. Llevaba el pelo corto, desgredado, y una barba rala en una cara fina y cuadrada. En la mano derecha sostenía una bolsa de plástico. Caminaba despacio, cosa que al comisario le pareció una señal de tranquilidad. «Tal y como dijiste, Julão, no tiene la menor idea de que lo están siguiendo», dijo Marra. Persiguieron al hombre hasta llegar a una zona de vegetación baja. Había llegado el momento de abordarlo. El comisario, Júlio y Emanuel iban a la cabeza. Tonho y Ricardo, que tiraba del caballo, iban un poco más atrás. Cuando se acercaron, Marra le dijo a Júlio: «Conozco a ese tío». Esa afirmación confundió al muchacho. ¿Cómo era que

el comisario conocía a un comunista fugitivo en la selva? Sin embargo, no era momento para preguntar.

—¡Buenos días, Geraldo! —dijo Carlos Marra con su voz serena de siempre. El hombre se volvió, sorprendido.

—¡Buenos días, comisario! ¿Qué está haciendo por aquí? —respondió.

Marra y Geraldo se conocían de Xambioá. De vez en cuando, Geraldo, un joven de veinticinco años, aparecía por la ciudad para comprar víveres y munición para su escopeta y su revólver. A todos les había dicho que era agricultor y que vivía en una casa de madera cubierta de paja a orillas del río Gameleira desde hacía dos años. Geraldo había nacido en Quixeramobim, en el interior del estado de Ceará, y era, en realidad, José Genoio Neto, estudiante de Filosofía y Derecho en la Universidad Federal de Ceará. Estaba afiliado al Partido Comunista de Brasil (PCdoB) y había abandonado su vida en Fortaleza para luchar en el movimiento armado contra la dictadura militar. Era uno de los cerca de setenta guerrilleros que actuaban en la selva del Araguaia. Aquella identidad falsa era imprescindible para poder circular entre los habitantes de la región sin ser reconocido como comunista y capturado por el ejército. Su acento nordestino ayudaba bastante en ese sentido.

—Estamos buscando a un comunista que anda por aquí —dijo el comisario.

—Usted ya sabe que yo no tengo nada que ver con eso, solo soy agricultor —dijo Genoio.

—Pues yo creo que estás implicado con esos comunistas. Vas a venirte con nosotros a Xambioá. Quiero que nos acompañes.

—¿Y por qué, comisario?

—Si no has hecho nada malo, no tienes de qué preocuparte. Ricardo, ¡ata a ese hombre! —ordenó Marra.

Con un extremo de la cuerda, Ricardo ató las manos de Genoio; el otro se lo entregó al comisario, que se subió al caballo. Carlos Marra echó a andar tirando del guerrillero por una senda de la selva. Júlio, Ricardo, Emanuel, Tonho y Forel caminaban por delante del caballo, felices de poder regresar a Xambioá. Ya estaban hartos de caminar tantos días por la jungla bajo nubes de insectos, de dormir al raso y de malcomer. Sin embargo, cinco minutos

después de haberlo amarrado, Genoino logró soltarse de la cuerda de Carlos Marra y, con las manos aún amarradas, echó a correr y se adentró en la espesura de la selva. El comisario lo mandó parar una, dos, tres veces. Pero no sirvió de nada.

—¡Voy a ordenar abrir fuego, Geraldo! —gritó el comisario.

—¡Puede disparar! —respondió Genoino sin volver la vista atrás.

Entonces el comisario golpeó fuerte a Júlio en el hombro.

—¡Julão, derriba a ese cabrón!

—¿Cómo? —preguntó el muchacho.

—¡Que dispires a ese cabrón inmediatamente antes de que huya, pero recuerda que lo quiero vivo!

Rápidamente, Júlio cogió la escopeta que llevaba colgada al hombro y se agachó. Apoyó la rodilla izquierda en la tierra húmeda y el codo derecho en la otra pierna. Ya tenía al hombre en el punto de mira, pero Genoino corría zigzagueando y Júlio no quería errar el tiro o, peor aún, matarlo. El fugitivo seguía corriendo. Nervioso, Marra preguntó a Júlio si iba a disparar o a dejar que el comunista se escapara. El muchacho no respondió. Apuntó a la espalda de Genoino, un poco por debajo de la línea del cuello, a la derecha, y esperó el momento perfecto para el disparo. Tenía que esperar el instante exacto en que ningún árbol pudiese servir de escudo al guerrillero. Cerró el ojo izquierdo, inspiró hasta que sintió que los pulmones se le llenaban de aire y contuvo la respiración. Al apretar el gatillo, vio que su presa se movía hacia la izquierda. La bala le dio de refilón en el hombro derecho.

Genoino sintió como si una navaja le rajase el brazo. Estaba tan aturdido que no estaba seguro de lo que le había pasado. Soltó la bolsa de plástico que llevaba y se llevó la mano izquierda a la herida. La manga de la camisa se le empapó de sangre. Jadeante, corrió unos veinte metros más y se dejó caer en unos matorrales con la esperanza de esconderse de sus perseguidores. Apretando los ojos y los dientes de dolor, se echó unos matojos y unas hojas por encima. Júlio, después del disparo, todavía se mantenía inmóvil con la mirada clavada en el fugitivo.

—¿Le has dado a ese cabrón, Julão? —preguntó Carlos Marra.

—Sí, señor comisario —respondió el chico—. Está tirado en medio de los matorrales.

—¡Vamos a coger a ese condenado!

Encontraron al guerrillero encogido entre la vegetación, presionándose la herida con la mano izquierda y retorciéndose de dolor. El comisario ordenó a Tonho que recogiera la bolsa que llevaba Genoino y se acercó al comunista.

—Un agricultor no huye, Geraldo. ¿No serás un comunista?

—Soy un campesino, comisario —dijo Genoino.

—Vamos a ver, quiero saber hasta cuándo vas a seguir mintiendo.

Tonho interrumpió el diálogo cuando se acercó con la bolsa del guerrillero. Dentro había una camisa, un medicamento para las picaduras de serpiente, un puñado de harina, un poco de sal y un revólver del calibre 38. Para Carlos Marra, el arma era un indicio evidente de la implicación de Genoino en el movimiento rebelde.

—¿Ato al hombre de nuevo, comisario? —preguntó Ricardo.

—¡Átalo, pero ahora con las manos a la espalda! —exclamó Marra.

Retomaron la senda. El comisario iba montado a caballo y los cinco hombres caminaban alrededor de Genoino. Como Júlio les había hablado de una cabaña que había encontrado la noche anterior, Marra ordenó al chico que los condujese hasta allí. Anduvieron cerca de treinta minutos. En la barraca encontraron una olla de hierro, dos azadas, un taburete de madera, restos de comida y de pólvora. El comisario estaba seguro de que esa cabaña era una de las bases de apoyo que utilizaban los comunistas.

—¿Conoces este sitio, Geraldo? —preguntó el comisario.

—No, señor. Nunca he estado aquí —mintió Genoino.

—Esto es un escondite de los comunistas, ¿verdad?

—No lo sé, comisario. Ya le he dicho que no lo sé.

Carlos Marra no creía en las palabras del prisionero; estaba seguro de que intentaba engañarlo cuando el perro que había en la cabaña se acercó al joven guerrillero y, moviendo el rabo, le lamió los pies. El chucho de pelo ralo y rojizo y orejas caídas acababa de delatar a José Genoino. Para el comisario quedaba todo claro. El agricultor al que conocía por el nombre de Geraldo era

un comunista. No había más que hablar. A partir de ahora, usaría todos los medios a su alcance para arrancarle la información que necesitaba.

Ese momento fue el inicio de lo que José Genoino considera los peores momentos de su vida, momentos que permanecerán marcados para siempre en su memoria y su cuerpo. Convencido de que formaba parte de la guerrilla, el comisario le preguntaba por la localización de las otras bases del movimiento armado, una información fundamental para reprimir las acciones de los rebeldes. Carlos Marra quería saber, también, cuántos guerrilleros actuaban en el Araguaia, qué armamento usaban, cómo se comunicaban. A todas las preguntas, la respuesta de Genoino era siempre la misma: «No lo sé». Al comisario, torturar al prisionero le pareció la mejor manera de que confesara. Empezaron a golpearlo, propinándole patadas y puñetazos por todo el cuerpo. Genoino sentía un dolor agudo en el estómago y un gusto amargo de sangre en la boca. Seguía con las manos atadas a la espalda y se encogía llevándose las rodillas al pecho con la intención de protegerse de los golpes.

Marra no tocaba al comunista. De pie, solo daba órdenes para la tortura. Júlio también se mantuvo al margen de la paliza. Le había dicho al comisario que no quería pegar al prisionero y presenciaba el apaleamiento sentado en el suelo y abrazado a su escopeta. Por cada golpe que Genoino recibía, el muchacho hacía una mueca de sufrimiento. No podía entender cómo Ricardo, Emanuel, Tonho y Forel, con quienes había convivido los últimos siete días, sentían placer en ello. Ya pasaba de mediodía cuando los hombres dejaron de golpear al detenido. Desfallecido, Genoino quedó tendido en el suelo cubierto de hojas con el cuerpo inmundo de tierra. Marra ordenó a Tonho que preparase algo para comer. La comida consistió en el arroz y la harina de mandioca frita que habían sobrado y tres latas de sardinas. Comieron todos sentados en el suelo, metiendo las manos en la olla de hierro. José Genoino seguía en el suelo. Parecía desmayado, pero solo descansaba de la somanta de palos que le había dejado la espalda, las piernas y la barriga llena de hematomas.

Dos cosas preocupaban a Carlos Marra: dónde estaría el helicóptero que había pedido para llevarlos de vuelta a Xambioá y cómo podría sonsacar al guerrillero la información que quería. Con respecto al primer problema, no podía hacer nada a no ser esperar. Con respecto al segundo, retomar las sesiones de tortura le pareció la mejor opción. El sol se estaba poniendo por detrás de la floresta y el cielo les regalaba un crepúsculo rojizo cuando el comisario ordenó a sus hombres que volviesen a apalear al prisionero. Genoino no quería creer que iban a empezar de nuevo. Júlio se dio la vuelta para no presenciar la paliza; solo oía los gemidos de dolor. Poco después, Marra tuvo una idea que a Júlio le pareció aún más cruel que lo que había visto hasta el momento. Obedeciendo las órdenes del comisario, Ricardo cogió dos latas de sardinas vacías y las puso en el suelo con la parte que habían abierto a cuchillo hacia arriba. Tonho, Emanuel y Forel forzaron al joven comunista a ponerse de pie sobre las latas. Genoino sentía cómo el borde puntiagudo le rajaba la planta de los pies. Apretaba los dientes y los ojos de dolor. Forel agarraba al guerrillero del pelo.

—Y ahora, Geraldo, ¿vas a hablar? —preguntó Carlos Marra.

—No sé nada, comisario, ya se lo he dicho —respondió.

—Sí que sabes. Por mí nos podemos quedar aquí hasta que te mueras de sufrimiento. Si yo estuviese en tu lugar, ya habría cantado.

—¡No tengo nada que decir! —dijo Genoino entre gemidos.

El tiempo pasaba y el prisionero no revelaba información alguna. Un poco antes de que se hiciera de noche, el comisario ordenó a Júlio que consiguiese algo para que el grupo comiera. El muchacho también tenía hambre y le pareció que salir a cazar lo distraería, aunque temía que al volver pudiese encontrar al joven comunista muerto. No era que su presencia pudiese evitar la tragedia, pero no saber lo que sucedía en la cabaña le parecía una pésima idea. Para él, el guerrillero no mentía al decir que no sabía nada. Matarlo no tenía el menor sentido, pero Júlio no estaba allí para pensar si aquella tortura era o no lo correcto. Tenía que obedecer las órdenes de Carlos Marra. Cogió la escopeta y salió a cazar la cena. Los últimos rayos de sol del

día solo iluminaban la copa de los árboles y Júlio, a pesar de su experiencia en cacerías en plena selva, tenía dificultades para avistar posibles presas. A esas horas, muchos animales ya estaban en sus madrigueras o en la copa de los árboles, donde dormían. Divisó un perezoso agarrado a una rama y pensó en abatirlo. La carne de ese animal no le gustaba, pero en esas circunstancias no podía darse el lujo de escoger. Con todo, cuando se acercó al animal, desestimó la idea de matarlo al ver que tenía una cría agarrada a la espalda.

Júlio siguió escudriñando la selva con atención hasta que avistó un mono araña de unos sesenta centímetros tumbado en una rama a quince metros de altura. El tiro fue certero en la cabeza del primate. El disparo rompió el silencio de la selva y provocó el revuelo de unos guacamayos. Júlio cogió el mono del suelo cubierto de hojas y regresó donde estaba el grupo. Durante los cerca de treinta minutos que duró la caza, no dejó de pensar en lo que estaría pasando en la cabaña. ¿Qué tipo de tortura estaría sufriendo el comunista? ¿Acaso el comisario habría perdido la paciencia y mandado matar al guerrillero? Ya era de noche cuando llegó. Genoino estaba tendido a cielo descubierto maniatado a la espalda y aparentemente desmayado. Carlos Marra y los demás hombres descansaban sentados en el suelo alrededor de una hoguera que Emanuel acababa de encender.

Júlio se acercó y lanzó el mono al suelo, cerca de la hoguera. «Ahí está la cena», dijo. Todos habían comido mono alguna vez, pero ninguno quería preparar el animal antes de asarlo. «Cuando se ha desollado, ese bicho parece un bebé y da una pena horrible», dijo el comisario. Así que a Júlio también le tocó esa tarea. Caminó hasta un recodo del río, a unos quinientos metros de la cabaña, y empezó el trabajo. Metió el mono en el agua y con un machete lo desolló empezando por el buche y acabando por la cabeza. Solo entonces se apercibió de que Carlos Marra tenía razón. Sin piel ni pelo, el animal se asemejaba mucho a un recién nacido, sobre todo por su piel clara, medio rosada, y los brazos y las piernas tan pequeños. Cortó la cabeza del mono, le arrancó las tripas, cortó las patas y lo lavó con esmero frotándolo con las uñas. Aprovechó que estaba allí para darse un baño y descansar un poco. De vuelta a la cabaña, entregó el mono a Tonho, el cocinero del grupo. Tonho despedazó el animal en varios trozos y, antes de ponerlo a asar, lo

condimentó con limón y sal gorda. La carne estaba tierna, pero todo el mundo se quejó de que Tonho lo había salado demasiado. El perro olisqueó el banquete y se acercó. Marra le lanzó un pedazo grande de carne.

—¿Le damos un poco de carne al comunista, comisario? —preguntó Ricardo cuando ya todos parecían satisfechos, demostrando una preocupación que sorprendió a Júlio.

—¡De eso, nada! ¡Deja que ese desgraciado se muera de hambre! ¡Que no se hubiera metido a guerrillero! —respondió Carlos Marra.

—Entonces, ¿me puedo comer el resto? —volvió a preguntar Ricardo dejando claras sus verdaderas intenciones.

—No, Ricardo. Vamos a dejar el resto de carne para mañana. Nos quedaremos aquí hasta que llegue el helicóptero del ejército y no sé cuándo será. Puede que sea mañana, pero puede que tarde dos o tres días más. ¡Me duele muchísimo el pie! No estoy dispuesto a pasarme horas caminando por la selva de nuevo.

Júlio escuchaba todo con atención y solo pensaba que prefería pasar una semana caminando por la selva que cinco minutos dentro de un helicóptero o de cualquier otro aparato que se levantase del suelo. Después de cenar, el grupo permaneció alrededor de la hoguera comentando los mismos temas de siempre: guerrilla, mujeres y fútbol. Carlos Marra, Forel, Tonho, Ricardo y Emanuel explicaban sus aventuras en Vietnam, como se llamaba la calle de tierra donde estaban los prostíbulos de Xambioá. La calle tenía ese nombre por las constantes reyertas que se enzarzaban allí. Invariablemente, las riñas tenían como motivo central el sexo, el alcohol o el dinero. En las más cruentas —las que derivaban en muerte—, los tres elementos aparecían conjugados. Mientras escuchaba a los hombres narrar sus aventuras sexuales con las prostitutas de Vietnam, Júlio se acordaba de Ritinha. Incluso le dieron ganas de contar lo delicioso que había sido hacer el amor con la chica una semana antes de viajar hasta Araguaia, pero prefirió no mencionar a su novia.

Mientras conversaban, fueron de uno en uno a bañarse al río. Hacia las ocho de la noche empezaron a colgar las hamacas en las que dormirían. En ese

momento, Carlos Marra, que se había quedado sentado cerca de la hoguera, se levantó y caminó, cojeando bastante, hasta la cabaña. El comisario acababa de volver de darse un baño e iba sin camisa, lo que hacía que la barriga pareciese más gorda todavía. Se sentó en el taburete de madera y, cruzando los brazos y apoyándolos en la barriga, dijo a sus hombres que aún era pronto para irse dormir, que antes de acostarse tenían que torturar otra vez al prisionero. A nadie le gustó la idea; estaban demasiado cansados para volver a dar patadas y puñetazos al comunista. Además, para ellos estaba claro que el joven guerrillero no sabía dónde se localizaban las otras bases rebeldes. Y si lo sabía, seguro que no lo diría, o ya lo habría hecho.

—¡Comisario, ya no podemos apalear más a ese condenado! ¡Hemos molido a palos a ese infeliz y no canta nada! —dijo Emanuel.

—Lo sé, pero ahora no quiero que le peguéis —dijo Carlos Marra.

—¿Y qué vamos a hacer? — preguntó Ricardo.

—Vais a coger algunas teas de la hoguera y le vais a quemar las piernas hasta que confiese. En una hora, ese desgraciado abrirá el pico.

Para Júlio, el habla serena y acompasada del comisario no casaba con una idea tan truculenta. El resto de los hombres del grupo demostraron que lo que acababan de oír les gustaba. Fueron todos a la hoguera —Júlio incluido— y cada uno cogió una tea por la parte aún intacta por el fuego. En el otro extremo, la madera estaba al rojo vivo. José Genoino seguía en el suelo, encogido y con los ojos cerrados. Estaba despierto. Hacía ya cerca de catorce horas que había sido capturado. Durante todo ese tiempo había sufrido muchas horas de golpes, no había comido ni bebido nada. De tan estresado emocionalmente, ni siquiera habría podido echar una cabezada. Júlio aceleró el paso y se acercó a él antes de que llegaran los demás.

—¡Tío, cuenta todo lo que sepas o morirás de tanto golpe! —le dijo Júlio.

—¡Yo no sé nada, no estoy mintiendo! —respondió el guerrillero con los ojos cerrados.

José Genoino jamás olvidaría ese corto diálogo. Lo confundió notar una cierta preocupación del que, a sus ojos, parecía ser el más joven del grupo de sus captores. Ante semejante sufrimiento y agonía, la idea de que al menos uno de sus verdugos se preocupase por su integridad le gustó. Pensaba en eso

cuando sintió una fuerte patada en la espalda. Abrió los ojos y vio a los seis hombres de pie, rodeándolo. Pensó que le iban a volver a pegar. Al ver en sus manos las teas encendidas iluminando la oscuridad de la selva presintió que iba a sufrir más que si lo apalearan.

—¡Que tres lo sujeten de la cabeza y los otros dos le quemén las piernas!
—ordenó Marra.

Júlio fue el primero el tirar su tea al suelo. Prefería sujetar al comunista que quemarlo. Tonho y Forel hicieron lo mismo. Cuando se agacharon para inmovilizar al guerrillero, sintieron un fuerte olor a orina. Impedido de ir a hacer sus necesidades, Genoino se había meado encima. Ricardo y Emanuel arremangaron las perneras del pantalón del prisionero y empezaron con la tortura. Genoino sentía las teas al rojo vivo quemándole las pantorrillas. Gritaba y se retorció de dolor. Para causarle aún más sufrimiento, Ricardo y Emanuel presionaban las teas en sus piernas hasta que la piel se quemaba en carne viva. El joven comunista sacudía las piernas agonizando, pero Júlio, Tonho y Forel lo contenían. Aun hoy, José Genoino tiene las cicatrices de aquellas quemaduras. El comisario Marra lo presenciaba todo sentado en el suelo.

—Entonces, Geraldo, ¿vas a hablar o no? ¿Me vas a decir dónde se esconden tus amigos o prefieres seguir sufriendo? —preguntó Carlos Marra.

—¡No sé nada! ¡Se lo he dicho mil veces! ¡No sé nada! —respondió a gritos.

Júlio miró al comisario con la esperanza de que este ordenara acabar con la tortura, pero Marra dijo que siguiesen quemando las piernas de Genoino y él mismo fue a buscar más palos ardiendo a la hoguera. La expresión de satisfacción que adivinó en la cara del comisario mientras el comunista bramaba de dolor extrañó a Júlio. Para un joven de diecisiete años, por muy importante que fuese el problema que un guerrillero causaba al ejército, no justificaba tamaña crueldad. Se sintió aliviado cuando Marra mandó que maniatasen al preso en un árbol. «Tenemos que dormir», dijo, tras advertir a sus cinco comandados que tendrían que dormir por turnos para que siempre hubiera alguien vigilando a Genoino. Júlio, Tonho, Forel, Emanuel y Ricardo decidieron, entre sí, el orden de la guardia. Emanuel sería el primero y Júlio,

el último. Marra quedaba fuera del guion. Antes de irse a dormir, llevaron al guerrillero desfallecido hasta un árbol a diez metros de la cabaña. Lo ataron con las manos atrás, el tronco del árbol entre la espalda y las manos. Eran alrededor de las nueve cuando todos, excepto Emanuel, entraron a dormir a la cabaña. La noche pasó sin contratiempos.

El 19 de abril por la mañana se despertaron sobre las siete bajo un calor inclemente. Júlio, el último en el turno de guardia, ya estaba de pie hacía unas dos horas. Había permanecido todo el tiempo tumbado en la hamaca extendida en el suelo con la mirada fija en el prisionero, que parecía dormir. Pero Genoino, con todo el cuerpo dolorido y quemaduras profundas en las piernas, no había pegado ojo. Solo descansaba. Marra y su grupo se comieron la carne de mono que había sobrado la noche anterior y volvieron a la cabaña, donde estuvieron conversando. El comisario se quejaba de dolores en el pie y de que el maldito helicóptero no aparecía. Emanuel sugirió que dos o tres hombres fuesen al río a intentar pescar algo para comer y cenar en caso de que tuvieran que quedarse una noche más allí.

—Si quiere puedo ir yo, comisario. Soy muy bueno pescando —dijo Júlio.

—Vamos a esperar un poco más. Si el ejército no aparece a mediodía, entonces sí —dijo Carlos Marra.

Cuando el reloj del comisario —el único reloj que había en el grupo— marcaba las doce en punto, llamó a Júlio y a Tonho. A Tonho le pidió que volviese a encender la hoguera para preparar la comida. A Júlio le ordenó que solo volviera del río cuando tuviera, al menos, dos kilos de pescado. Tonho se fue a buscar leña para el fuego y Júlio cogió el machete para cortar la rama que le serviría de arpón de pesca. Cuando afilaba la punta del arpón, el muchacho oyó un ruido ensordecedor procedente de lo alto de la selva. Miró hacia arriba y no vio nada, pero pudo imaginar lo que aquel estruendo significaba. El helicóptero del ejército aterrizó levantando hojas y mucho polvo. Carlos Marra dio un brinco desde el taburete de madera y fue, cojeando, a saludar a los militares. Júlio estaba inquieto. Había decidido

pedirle al comisario que lo dejase volver a Xambioá en barco, pero sabía que tendría que acatar la decisión de Marra. Genoino no sabía si la llegada del ejército sería mejor o peor para él. Los militares podrían llevarlo de vuelta a la ciudad y, después, liberarlo. Pero también podrían descubrir que era militante del Partido Comunista de Brasil y convertir su vida en un tormento aún peor.

Carlos Marra hablaba con los militares junto al helicóptero sin que Júlio pudiese descifrar lo que decían. Por la expresión circunspecta de los cinco hombres con pantalones y camisas verdes y botas negras llenas de polvo, adivinaba que estaban muy irritados. Uno de los militares entró en el helicóptero y salió cargado con un barril enorme. El comisario ordenó a Ricardo que acompañase al soldado con el tonel al río. Poco después, volvieron con el barril lleno de agua. Los militares se acercaron a Genoino. Además de Marra, solo Ricardo presenció todo de cerca. Júlio, Tonho —que ya había vuelto de buscar leña—, Forel y Emanuel asistieron a la escena a distancia. «¡Vamos a ver si ahora habla o no habla!», exclamó el hombre que parecía liderar a los militares con sus ojos clavados en los de Genoino, que lo escuchaba completamente aterrorizado.

Desataron al guerrillero del árbol, pero lo volvieron a atar con las manos atrás. Dos hombres lo agarraban de los brazos y le hundían la cabeza en el barril lleno de agua. Fue el peor trance por el que Genoino ha pasado en su vida. Con el agua hasta el cuello y sin poder respirar, emitía un grito silencioso. Se tragaba el agua lodosa del río e intentaba sacar la cabeza, pero dos manos se lo impedían. De repente, sintió un fuerte tirón de pelo. Podía respirar de nuevo. Escupió el agua e inspiró aterrado, como si los pulmones le fuesen a explotar de tanto aire. Uno de los militares lo cogió de la nuca y le preguntó: «¿Dónde están los otros comunistas, eh? ¿Vas a hablar ahora o quieres morir ahogado?». La respuesta fue la misma que le había dado las veces anteriores a Carlos Marra: «No sé nada». Y volvieron a sumergirle la cabeza en el agua. Con los ojos cerrados, Genoino sentía cómo una mano le sacudía la cabeza de un lado a otro del barril; la frente chocaba contra los laterales de aluminio del recipiente.

Perdió la cuenta de las veces que le hundieron la cabeza en el agua. En la

última, estaba seguro de que iba a morir. No podía pensar en nada. Solo en sobrevivir. Forcejeaba en un intento desesperado por conseguir un poco de oxígeno. Le temblaba todo el cuerpo, unas sacudidas que asustaron a Júlio, que lo presenciaba todo a diez metros de distancia. Rogó a Dios que librase al joven guerrillero de aquella agonía. Creyó que sus súplicas habían sido escuchadas al ver a uno de los militares sacar la cabeza de Genoino del barril. El comunista cayó al suelo, escupiendo agua y tosiendo sin cesar. El trauma de aquella tortura fue tal que Genoino pasó cerca de diez años con pavor a bañarse en un río o en el mar. «¡Vámonos! En la ciudad seguiremos con el interrogatorio», gritó el hombre que parecía comandar a los militares.

El comisario Carlos Marra miró a sus hombres y sin pronunciar una palabra señaló el helicóptero. Todos entendieron el recado y se dirigieron hacia la aeronave. Antes de embarcar, los militares esposaron por delante las manos del joven comunista y le ataron los pies con una cadena oxidada. Lo forzaron a sentarse en el suelo y le hicieron una foto que se convertiría en una de las imágenes más famosas de la guerrilla del Araguaia. El ambiente era tan tenso que Júlio renunció a pedirle al comisario que lo dejase volver a Xambioá en barco. Rezó una última oración, subió al helicóptero y se acurrucó en un rincón. A Genoino lo arrastraron dos hombres cuya apariencia convenció a Júlio de que eran tan jóvenes como él. Antes de despegar, Júlio vio cómo Ricardo ayudaba a dos de los militares a prender fuego a la cabaña y a todo lo que había en ella. También vio al perro echar a correr huyendo despavorido del fuego en dirección al río. Cuando el helicóptero levantó el vuelo, Júlio, sentado en el suelo de hierro de la aeronave, pegó las rodillas al pecho, se abrazó a las piernas y cerró los ojos con fuerza. Solo volvería a abrirlos cuando estuviese en tierra de nuevo. A José Genoino aún le dio tiempo a ver cómo las llamas devoraban la barraca que había servido de base a sus compañeros de guerrilla.

Diez minutos después ya estaban en Xambioá. A Júlio le impresionó la velocidad con la que llegaron a la ciudad. Por muy peligroso que pareciera, el helicóptero era realmente mucho más rápido y práctico. Al escuchar a

Ricardo y Emanuel comentar lo bonita que era la selva vista desde arriba, lamentó no haber tenido valor para abrir los ojos durante el viaje. Pasaba de las dos de la tarde cuando Carlos Marra, todo su grupo, José Genoino y dos militares llegaron al centro penitenciario de Xambioá. Los interrogatorios y las torturas duraron tres días más, pero el preso siguió negando ser un guerrillero y alegaba no saber nada de lo que se le preguntaba. El ejército ató los cabos de las evidencias encontradas en la selva y las declaraciones de algunos habitantes de la región, que dijeron que Genoino formaba parte del movimiento armado, y decidió trasladar al supuesto guerrillero —cuya identidad seguía siendo un secreto— a Brasilia, donde estaría bajo custodia del Pelotón de Investigaciones Criminales (PIC).

El traslado se produjo el 22 de abril de 1972 en un avión militar modelo Buffalo. En la capital federal se comprobó la identidad real de José Genoino Neto. Era, de hecho, un comunista afiliado al PCdoB que, además, ya había sido detenido en octubre de 1968 por su actuación política en la ciudad paulista de Ibiúna. A continuación, se concluyó que ese muchacho era uno de los líderes de la guerrilla del Araguaia. Un mes después lo volvieron a enviar a Xambioá, donde permaneció detenido en la base del ejército, un lugar improvisado en el campo de fútbol de la ciudad. Tras dos semanas más de torturas —sobre todo palizas y descargas eléctricas— e interrogatorios, el comunista fue enviado de nuevo a Brasilia.

Genoino estuvo encarcelado allí hasta enero de 1973, fecha en que lo trasladaron definitivamente a una prisión militar en São Paulo. No recuperaría la libertad hasta el 18 de abril de 1977, exactamente cinco años después del día en que un disparo de Júlio Santana lo hiriera en la selva del Araguaia. Una vez fuera de cárcel, José Genoino retomó su vida como profesor de historia. Cinco años más tarde fue elegido diputado federal por el Partido de los Trabajadores (PT) en São Paulo, con cincuenta y ocho mil votos. En 1998 resultó reelegido para el mismo cargo, pero esta segunda vez con trescientos mil votos. Fue en esa época cuando, al ver un reportaje en la televisión sobre el éxito del militante del PT en el que aparecía la foto de Genoino capturado en el Araguaia, Júlio Santana fue consciente de que el hombre al que había disparado en abril de 1972 se había convertido en un

influyente político brasileño. Júlio y Genoino jamás volvieron a hablar.

4

LA SEGUNDA MUERTE

Júlio no podía conciliar el sueño. La cama de la pensión, en la que apenas cabía su cuerpo de 1,76 metros de altura, le parecía cada vez más estrecha e incómoda. La escena que había presenciado esa misma tarde no se le borraba de la mente. Poco después de comer, soldados del ejército y paracaidistas de las Fuerzas Aéreas Brasileñas (FAB) habían colgado, cabeza abajo, el cuerpo de un joven delgado, moreno y harapiento de un árbol cercano a la base militar instalada en el campo de fútbol de Xambioá. La cabeza del cadáver quedaba suspendida a poco menos de un metro del suelo. Un grupo de diez o doce militares maldecían y se mofaban del difunto, a la vez que le asestaban patadas en la cara y la nuca. El cuerpo se balanceaba como si de un saco se tratase. Las patadas habían abierto brechas en la cara del muerto. El ojo izquierdo, de tan hinchado, parecía una bola roja. La gente que pasaba por la calle miraba aterrorizada la escena. Ni Júlio ni los transeúntes sabían quién era aquel pobre hombre, pero todo apuntaba a que sería un guerrillero. Estaban en lo cierto.

Como Júlio supo más tarde —a través del comisario Carlos Marra—, era el cuerpo de Bergson Farias, un joven de veinticuatro años procedente del estado de Ceará. Era militante del PCdoB, y aquella misma mañana —el lunes 8 de mayo de 1972— lo habían capturado y matado unos soldados de las FAB en la selva del Araguaia. Júlio se obstinaba en olvidar el cuerpo

masacrado del joven comunista para poder pasar una noche tranquila, pero no podía. Esa madrugada se despertó varias veces con la respiración entrecortada y el cuerpo empapado en sudor no tanto por el calor inclemente de Xambioá, sino por las pesadillas provocadas por la imagen del cuerpo de Bergson colgado del árbol. Tamaña violencia era demasiado para él. Ya no soportaba presenciar más escenas como las torturas a José Genoino y el cadáver de Bergson Farias molido a patadas a la vista de quien pasase por la calle. Quería regresar a casa. Quería volver a la placidez de la comunidad en la que vivía a orillas del río Tocantins, en Porto Franco. Quería, más que nada, volver a los brazos de Ritinha. El recuerdo de la amplia sonrisa y la mirada siempre iluminada de su chica lo ayudó a dormir.

Hacía ya más de dos semanas que Júlio había vuelto de la última operación en la selva en la que capturaron a Genoino. Seguía viviendo en la pensión. Dado el eficiente desempeño que había demostrado en la selva, el comisario Marra decidió pagar sus gastos de alojamiento y manutención. Xambioá era caótica. Como no paraban de llegar militares —se estima que, durante la guerrilla del Araguaia, cerca de cuatro mil soldados actuaron en la región—, faltaba de todo. Comida, bebida, tabaco, productos de limpieza. Todo lo mejor que había en los pequeños mercados de la ciudad se lo apropiaban los hombres del ejército, de la marina y de las FAB. Los poco más de tres mil habitantes de Xambioá entonces —hoy tiene trece mil— no tenían otro remedio que quedarse con lo que sobraba.

En la ciudad, a Júlio lo llamaban constantemente para trabajar para el ejército. Entre las tareas que le encargaban, la que más le molestaba era la de talar árboles para ampliar el área de acampada de los militares y abrir una nueva pista de aterrizaje para los aviones de las FAB. Tenía las manos llenas de callos de pasar tantas horas con el hacha en ristre. Tampoco era raro que participara en la construcción de barracones de madera en los que instalarían los puestos de salud y las habitaciones de los soldados. Por más que odiase ese tipo de trabajo, era preferible estar por allí, en la ciudad, que en la selva a la caza y captura de comunistas. Lo último que deseaba en la vida era volver a disparar a un hombre. Aquellos días en Xambioá no se hablaba de otro tema que no fuera el episodio del guerrillero colgado del árbol. El cuerpo se retiró

en las primeras horas del día siguiente, cuando los buitres ya empezaban a alimentarse del cadáver.

Ese hecho instaló un clima de terror entre la población. Todos temían la truculencia demostrada por los militares. Y esa era justamente la intención de los mandos de la operación, según Carlos Marra le explicó a Júlio en la comisaría.

—La gente tiene que entender que eso puede pasarle a cualquiera que ayude a los comunistas —dijo el comisario a su grupo.

—¿Qué quiere decir, comisario? ¿Quiere decir que pueden matar a cualquier persona de la ciudad solo por ayudar a los paulistas? —preguntó Forel, cuya familia vivía en Xambioá.

—Pues claro. El que ayuda a los comunistas está en contra de nosotros. Y quien esté en contra de nosotros recibirá el mismo trato que si fuese comunista. Solo así podremos acabar con este desgobierno.

Júlio lo escuchaba todo callado y atemorizado por las duras palabras de Carlos Marra. Presentía que todavía podrían pasar cosas peores. Aquella misma noche, el comisario comunicó que pagaría la diversión de sus hombres. «Diversión» era la palabra que Marra utilizaba cuando quería referirse a ir a la zona de Vietnam. En una calle de tierra, unos diez tugurios de madera iluminados por bombillas de colores tenían como atracción mujeres con escasa ropa y maquillaje en abundancia. Júlio era el único del grupo que aún no había disfrutado de los servicios de las chicas de Vietnam, como los clientes llamaban a las prostitutas.

—¡Allí hay mujeres de todo tipo, Julão! —le dijo el comisario en un intento por animar al muchacho a que visitase la zona.

—¡No quiero ir, señor, no quiero! Permítame que me quede aquí, al cuidado de la comisaría —respondió Júlio, que todavía no había cumplido los dieciocho años.

—Siempre dices lo mismo, pero hoy no va a poder ser. Tendrás que venir con nosotros —decretó Carlos Marra.

Era ya la tercera o cuarta vez que Carlos Marra pedía a Júlio que visitase Vietnam, pero este siempre rechazaba la invitación y acababa quedándose en la comisaría. En esa ocasión, sin embargo, aprovechó la insistencia del

comisario para matar la curiosidad por saber qué pasaba en esas casas de puertas siempre abiertas, pero de coloridas cortinas echadas. Salieron de la comisaría Marra, Forel, Emanuel y él. El ajetreo de hombres por Vietnam era intenso. Los militares llevaban uniforme y caminaban con el pecho erguido. La ropa de los soldados llamaba la atención de las chicas, que los agasajaban y los llamaban. En una de las puertas, Júlio se fijó en una joven de piel y pelo claro que le sonreía. Llevaba un sujetador rojo y una falda negra muy corta que dejaba entrever unos muslos fuertes. Carlos Marra se apercibió del intercambio de miradas y preguntó a Júlio si le apetecía conocerla. «No, comisario. Solo he venido aquí para ver cómo es esto», respondió justo en el instante en que dos mujeres, que a Júlio le parecieron feas y demasiado viejas, tiraban de Emanuel y Forel hacia dentro de uno de los tugurios. Miró atrás y vio que la chica de las piernas rollizas lo seguía mirando, sonriente.

—Quieres probar con esa chica, ¿no? ¡Pues ve! Será tuya —le dijo Marra.

—No, comisario. No quiero nada. Vamos a seguir caminando —respondió Júlio.

—¡De eso nada! ¡Vamos allí ahora mismo! —exclamó el comisario tirando del brazo de Júlio.

Sin mediar palabra, Carlos Marra entró en la barraca en la que estaba la chica, la agarró de la mano y le ordenó:

—¡Quédate con mi amigo y cuida de él lo mejor que puedas! Después lo arreglaré todo contigo.

—¡Por supuesto, comisario! —respondió la joven.

Al ver a Carlos Marra entrar, una mujer alta, de un metro setenta más o menos, un poco gorda y con una melena rubia recogida en un pañuelo salió de detrás de un mostrador recubierto de azulejos azules. Júlio vio al comisario saludarla con cortesía, besándole la mano derecha y haciéndole una ligera reverencia. Otras dos mujeres charlaban sentadas en un sofá oscuro con el tapizado ya raído. La chica encargada de atender a Júlio lo sentó en un sillón y ella se sentó encima, de lado. Júlio no sabía qué hacer ni dónde poner las manos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Júlio.

—¿Sabes que eres muy guapo? —siguió preguntándole mientras le acariciaba la cara y los brazos. Él miró hacia abajo y sonrió, avergonzado.

La joven se inclinó, pegó su cara a la de Júlio y le sobó el pecho. Aunque pensaba que hacía algo malo, las carantoñas de la chica le gustaron. Estaba excitado. Ella, sentada en sus piernas, empezó a moverse acompasadamente sin abandonar la sonrisa. Con una de las manos acariciaba la cara, el cuello y las orejas de Júlio. Con la otra, lo manoseaba íntimamente. Júlio se acordó de cuando Ritinha lo había acariciado de la misma manera, aunque con ella había sido diferente. Ritinha no ponía esa cara descarada, ni usaba pintalabios ni una ropa tan provocadora como la de la chica que no paraba de contonearse en su regazo. No sabía por qué, pero la sensación de hacer algo prohibido lo excitaba cada vez más. Con tanto roce, Júlio pudo vislumbrar sus braguitas. Negras, igual que la falda. El chico no pudo contenerse y le apretó los muslos, con fuerza.

—Vamos a la habitación —dijo ella, tirando de él con la mano derecha.

Júlio miró al comisario, que conversaba con la mujer que parecía ser la dueña del burdel. Carlos Marra sonrió haciéndole un ligero gesto con la cabeza, como aprobando la decisión de la chica. Caminaron hacia la parte trasera de la casa. Pasaron por un pasillo de no más de metro y medio de ancho flanqueado por puertas de tablas de madera. Entraron en la última de la izquierda. Estaba muy oscuro. Una bombilla de luz amarillenta iluminaba el cuarto. La chica lo tendió en la cama, el único mueble de aquel espacio. Júlio notó un olor insoportable. Tan horrible que tuvo que taparse la nariz con angustia. Por las rendijas de las paredes de tablas se colaban los ruidos y los gemidos de la habitación contigua. Encima de él, Cibebe —como se llamaba la chica— se desabrochó el sujetador. Sin apenas moverse, Júlio notó que la chica le bajaba los pantalones y los calzoncillos de una vez. Estaba nervioso. Paralizado en la cama, pero excitadísimo.

—¿Eres virgen? —le preguntó ella.

—No —respondió él. Y no dijo nada más.

—Estate quietecito.

El cuerpo de la chica se deslizaba por encima de él. Empezó besándole el cuello y bajó por el pecho, la barriga, hasta que llegó ahí. El tío Cícero le

había dicho que le pidiera a Ritinha que le hiciera eso, pero le había faltado valor. Nunca habría imaginado que se pudiese sentir tanto placer. Su cuerpo se estremecía. Cibele lo chupaba con hambre. Con sed. Júlio seguía con los ojos cerrados. La respiración entrecortada, temblorosa. Un escalofrío profundo le recorrió la columna e hizo que soltara un fuerte gemido. Cibele apartó la boca y empezó a apretarlo con fuerza, con movimientos rápidos hacia arriba y hacia abajo hasta que el joven desfalleció.

—¿Te ha gustado, Júlio? —le preguntó ella con la misma sonrisa en la cara.

—¡Muchísimo! —respondió él, aún jadeante y debilitado.

Mientras recuperaba las fuerzas, Júlio vio a Cibele recoger el sujetador de un rincón de la habitación, atusarse la melena lisa con las manos, ponerse las sandalias y ajustarse la minifalda. Después le entregó los pantalones y los calzoncillos. Júlio se vistió rápidamente y ambos regresaron a la sala principal del tugurio.

—¿Ya? —preguntó Marra, que todavía hablaba con la dueña del lupanar.

—¡El chico es rápido, comisario! —dijo Cibele.

—Pero ¡si no habéis estado dentro ni diez minutos! ¿Te ha gustado, Julão? —preguntó Carlos Marra.

Júlio asintió con la cabeza a modo de respuesta. Carlos Marra dio un trago al vaso de cerveza y le preguntó a la propietaria cuánto le debía.

—La cerveza es cortesía de la casa. La chica son diez cruceiros —dijo la mujer.

—Demasiado caro. Te pagaré cinco —dijo del comisario mientras se sacaba un billete de cinco cruceiros del bolsillo y lo ponía en el mostrador.

La mujer cogió el dinero sin rechistar. A Júlio le extrañó que el comisario pagara por los pocos minutos que había pasado con Cibele lo mismo que le costaba una comida en Xambioá. Lo que la chica le acababa de hacer en aquella habitación fétida le había encantado. Sin embargo, creía que la comida todavía valía más. Carlos Marra pretendía llevarlo a conocer otros prostíbulos de la calle, pero Júlio prefirió regresar a la pensión. Quería dormir, no sin antes suplicar perdón a Dios por haber estado con ese tipo de mujer. Se sentía sucio. Mientras Ritinha seguramente esperaba su vuelta en

casa, él acababa de tener sexo con una mujer que cobraba por ello. No podía negar que lo que había sentido en la cama con Cibele le había gustado, y mucho, pero no volvería a hacer nada parecido. Estaba decidido. Esa noche se durmió pensando en cuánto le gustaría que Cibele estuviese a su lado, en la cama, para que le volviera a hacer lo mismo.

La rutina de Júlio los días posteriores siguió siendo la misma. Se levantaba temprano —nunca después de las siete—, desayunaba dos panecillos con queso y una Coca-Cola en la panadería de la esquina y se personaba en la comisaría, donde Carlos Marra le encargaba las tareas diarias, que, en las últimas semanas, siempre habían sido presentarse en la base militar para ayudar en lo que fuese preciso. Esa mañana, Carlos Marra le avisó de que en dos o tres días iban a volver a la selva del Araguaia para una nueva operación de caza y captura de guerrilleros. También le dijo que había recibido un recado de su tío, Cícero Santana.

—Me ha mandado decir que vendrá a verte a finales de mes —dijo el comisario.

—¡Ya era hora! Hace más o menos un mes que no veo a mi tío —respondió el muchacho.

El día 10 de mayo, Júlio, Carlos Marra, Emanuel y Forel salieron de Xambioá para una batida más en la selva. Pasaron seis días recorriendo la región en busca de comunistas e intimidando a la población para que colaborase con el trabajo del ejército. No capturaron a ningún integrante del movimiento revolucionario, pero el comisario se sintió satisfecho con los contactos que estableció con los habitantes de la zona. En todas las casas que encontraban por el camino, Carlos Marra se paraba a hablar con la gente. Les daba ropa, herramientas y medicinas, y los amenazaba diciéndoles que, si no ayudaban a los militares a atrapar a los guerrilleros, también serían encarcelados y torturados.

—Estoy seguro de que, si esta gente se entera de algún movimiento de los comunistas por la zona, nos avisará enseguida —afirmó el comisario cuando el grupo ya volvía a Xambioá.

Dos días después del regreso a la ciudad, Júlio se encontraba en la comisaría esperando las órdenes de Carlos Marra cuando cuatro militares llegaron con un prisionero con las manos atadas a la espalda. Era el jueves 18 de mayo y el detenido era un barquero llamado Lourival Moura, un hombre de piel morena y pelo crespo, también oscuro, de unos cuarenta años y aproximadamente un metro setenta de estatura. Un soldado explicó al comisario que el prisionero colaboraba con los guerrilleros. El barquero dijo que no era verdad, que nunca había ayudado a ningún comunista. Entonces fue interrumpido con un puñetazo en el estómago propinado por uno de los militares.

—¡Mete a este sinvergüenza en chirona, comisario! ¡Después volveremos para hacerlo hablar! —dijo el hombre que parecía comandar al grupo del ejército.

—Claro, teniente. Toda esta gentuza es así. Empiezan diciendo que no han hecho nada y al poco lo cantan todo —respondió Carlos Marra.

A continuación el comisario dijo que, a partir de ese momento, la responsabilidad de vigilar al preso sería de Júlio. La tarea se resumía en quedarse en la comisaría cuando Marra y sus hombres no estuviesen, incluso —y sobre todo— por la noche. Júlio tendría que dormir allí. Al escuchar la conversación con los militares, Júlio se enteró de que Lourival estaba detenido por ayudar a los guerrilleros a comprar alimentos y munición e incluso prestarles su barco para transportar a otros rebeldes. El comisario encerró al barquero en una celda de cuatro metros cuadrados que estaba vacía.

Esa misma noche, cuando Júlio ya se había quedado solo en la comisaría, llegaron dos hombres del ejército uniformados para interrogar al prisionero. El comisario Marra le había dicho que iba a darse una vuelta por Vietnam y que regresaría más tarde para ver cómo iban las cosas. Júlio entregó la llave de la celda a uno de los militares y se quedó de pie en la puerta de la comisaría. En unos minutos empezó a oír gritos, que poco a poco se convirtieron en alaridos. Llegó a pensar en entrar para ver qué pasaba, pero decidió que lo mejor era quedarse donde estaba. No tenía nada que ver con lo que estaba pasando; su obligación era simplemente estar en la comisaría

mientras Carlos Marra se ausentase.

Alrededor de una hora después, los dos militares entregaron la llave de la celda a Júlio y se marcharon.

—Dile al comisario que mañana por la noche volveremos para seguir con el interrogatorio —dijo uno de los hombres.

Júlio esperó a que los militares desaparecieran de vista y se dirigió a la celda para ver el estado del prisionero. Encontró a Lourival tendido en el suelo, en calzoncillos, con cortes en las piernas y hematomas en la cara. Al oír que alguien abría la reja, el barquero masculló:

—¡Ya lo he dicho! ¡No sé nada! ¡No he ayudado a nadie!

—Pero ¿qué te han hecho, por el amor de Dios? —preguntó Júlio.

—¡Me han dicho que me van a cortar el cuerpo entero si no les digo dónde están escondidos los paulistas, pero yo no sé nada, chico, no sé nada!

La noticia del encarcelamiento del barquero se propagó por Xambioá. Lourival Moura vivía y trabajaba en la región y era conocido como un hombre tranquilo. Al día siguiente de su detención, cuatro chavales que trabajaban con él fueron a la comisaría. Querían ver al barquero, pero el comisario Marra no se lo permitió. Les dijo que solo podían visitar al prisionero sus familiares. En menos de una hora, el hijo de Lourival, un adolescente de catorce años, moreno y larguirucho, apareció en la puerta de la comisaría. Traía una hamaca y una olla de arroz, harina de mandioca, alubias y carne asada.

—¿Qué es eso? —le preguntó el comisario sin levantarse de la silla.

—Mi madre me ha mandado que se lo traiga a mi padre —dijo el muchacho, mirando al suelo.

—Déjalo aquí que ya se lo entregaremos nosotros —le ordenó Carlos Marra señalando la mesa.

—Mi madre me ha dicho que se lo dé a mi padre en mano para ver cómo está.

—Tu padre está muy magullado, hijo mío. No es nada grave, pero no puedo dejar que un muchacho como tú entre al calabozo. ¡Deja todo eso aquí, en la mesa, que yo me encargaré de que se lo entren ahora mismo! —dijo el comisario mientras señalaba a Júlio para que se acercara y cogiera la hamaca

y la olla de las manos del chiquillo.

—Pero mi madre me ha dicho que no puedo volver a casa sin haber hablado con mi padre —insistió.

—Hoy no podrá ser. Dile a tu madre que mañana hablarás con tu padre. Si ella quiere venir contigo, os dejaré hablar con él a los dos.

Con la presencia del prisionero en la comisaría, Carlos Marra ordenó a dos soldados que pasaran la noche vigilando a Lourival y concedió a Júlio la noche libre para ir a dormir en la pensión. El sábado 20 de mayo, Júlio se despertó ansioso por ver cómo estaba el preso. No sabía por qué, pero intuía que Lourival decía la verdad cuando afirmaba no tener nada que ver con la guerrilla. Se equivocaba. Como se enteraría más tarde, el barquero sí colaboraba con la causa de los comunistas. Júlio llegó a la comisaría alrededor de las siete y media de la mañana. Dos soldados hablaban mientras esperaban a Carlos Marra, que había prometido llegar a las ocho. A Júlio le dijeron que el prisionero había pasado una buena noche. El muchacho se acercó a la celda y vio a Lourival encogido en un rincón, tapado con la hamaca que su hijo le había traído. No parecía haber sido torturado de nuevo. Poco antes de comer, el hijo y la mujer del barquero llegaron a la comisaría. Los recibió el comisario en persona.

—Señor comisario, ayer dijo que podíamos venir hoy para ver a mi marido —dijo la mujer.

—Es verdad, pero me olvidé de que hoy es sábado. Discúlpeme, señora, pero las visitas en la comisaría solo se permiten de lunes a viernes.

—Comisario, usted mismo le dijo a mi hijo que hoy podríamos hablar con mi marido...

—Lo sé, señora. Ya le he pedido disculpas. Tiene que entender que... que lo dicta la ley. No puedo dejar que ninguna visita hable con los presos durante el fin de semana. Venga el lunes y le prometo que usted y su hijo podrán hablar con Lourival.

—¿Puedo dejarle la comida que le he traído?

—¡Claro! ¡Déjemela a mí, que mandaré que se la entreguen!

—El lunes por la mañana volveremos, ¿de acuerdo? —añadió la mujer del barquero cuando salía por la puerta de la comisaría.

Jamás volvería a ver a su marido con vida. Aquella noche, Carlos Marra y su grupo salieron a divertirse con las mujeres de Vietnam. Júlio estaba contento por haber sido elegido para quedarse vigilando al preso en la comisaría. Todavía no se había perdonado haber traicionado a Ritinha. Y no quería volver a estar con ese tipo de mujeres, por muy placenteras que hubiesen sido las caricias de Cibele. Solo, en la comisaría, se sentía importante. Era como si fuese el jefe de la ciudad. Sentado en la silla de Carlos Marra, escuchaba gemir a Lourival. Pensó en ir a ver cómo se encontraba el prisionero, pero era mejor obedecer las órdenes de Carlos Marra, que le había dicho que no se acercara a la celda «por nada».

Alrededor de la medianoche, el comisario, Forel y otros dos soldados llegaron a la comisaría. Estaban todos borrachos. Vociferaban, se desternillaban y exhalaban un fuerte olor a aguardiente.

—¿Cómo está nuestro amigo, Julão? —le preguntó Marra mientras le daba un fuerte golpe en el pecho.

—Está en la celda, comisario. No para de gemir —respondió Júlio.

—¡Pobrecillo! ¡Debe de estar sufriendo mucho! ¡Vamos a acabar rápidamente con su sufrimiento! —dijo Marra, y se dirigió al fondo de la comisaría, donde estaba la celda.

Forel y los dos soldados lo acompañaron. Júlio prefirió quedarse en la puerta de entrada de la comisaría, rezando para que no ocurriese ninguna desgracia. La calle estaba desierta; solo circulaba algún que otro borracho que volvía de Vietnam. Podía oír a Lourival gritar de forma desesperada. Los alaridos eran tan fuertes que un hombre que pasaba por la calle miró, con expresión de espanto, hacia dentro de la comisaría. Júlio no sabía qué hacer. Sentía curiosidad por ver qué pasaba en la celda. Al mismo tiempo, estaba seguro de que lo que vería no le gustaría ni un pelo. No estaba dispuesto a presenciar más torturas. Si no podía hacer nada por ese pobre desgraciado, lo mejor era largarse.

—Señor comisario, ¿puedo irme a dormir a la pensión? —gritó, apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Qué dices? —preguntó Marra, también gritando.

Júlio caminó hasta la pared que separaba la sala de la comisaría de la

celda y repitió la pregunta en voz alta. Desde allí, los chillidos de Lourival eran aún más perturbadores.

—Estoy muy cansado y me muero de sueño. Ya sabe que siempre me levanto temprano. ¿Puedo irme a dormir a la pensión? —repitió Júlio.

—Vale, pero mañana te quiero aquí a las ocho —ordenó el comisario.

—Muy bien. Me voy. Hasta mañana.

—Hasta mañana. Cierra bien la puerta de la comisaría y tira la llave cerca de la mesa.

Esa noche Júlio no pudo pegar ojo. Estaba inquieto. Daba vueltas de un lado a otro en la cama. Se sentaba. Se levantaba. La preocupación era tanta que, en plena madrugada, salió de la habitación y empezó a caminar por el patio trasero de la pensión. Se sentó en una caja de madera entre los cerdos y las gallinas que la dueña del hospedaje criaba. Los gritos de Lourival no se le iban de la cabeza. Se arrepentía de no haber intervenido para ayudar al barquero. Sabía que el comisario no tendría muy en cuenta su opinión, pero al menos no se habría mostrado tan cobarde. Tenía la garganta seca. De vuelta a la habitación, abrió el grifo que había en la pared de adobe a medio metro del suelo y se arrodilló para beber hasta que se sintió reconfortado. Ya tendido en la cama, vio las primeras luces del día atravesar las rendijas de la puerta de madera. Debían de ser las seis de la mañana del domingo 21 de mayo.

Carlos Marra le había dicho que tenía que estar en la comisaría a las ocho, pero Júlio no podía esperar tanto. Aguantó en la cama un poco más, unos treinta o cuarenta minutos, y se levantó. Se puso unos pantalones y una camiseta y se lavó la cara en el mismo grifo del que había bebido antes. Ni siquiera paró en la panadería donde solía desayunar. Solo le preguntó la hora al hombre que generalmente lo atendía: eran las siete y diez. La puerta de la comisaría estaba cerrada, así que dio la vuelta e intentó forzar la puerta trasera. También estaba cerrada. Volvió a la puerta principal y la golpeó fuerte dos veces.

—¿Quién es? —preguntó un hombre que, por la voz, Júlio reconoció como Forel.

—Soy yo, Forel. Julão.

Forel abrió la puerta lo suficiente para ver al muchacho y darle un billete

de cinco cruceiros.

—Ve a la panadería y compra pan, queso, mantequilla y café. Di que es para el comisario —le ordenó Forel.

—¿Puedo comprarme una Coca-Cola? —preguntó Júlio.

—Sí.

—Vale —respondió y echó a correr.

En menos de diez minutos estaba de vuelta. Dejó la bolsa con las compras encima de la mesa del comisario y, rápido y nervioso, se dirigió a la celda. La imagen que vio era horripilante. El cuerpo de Lourival estaba suspendido a medio metro del suelo, colgado del cuello en una viga de madera del techo y en calzoncillos como única prenda de ropa. Los ojos, saltones, parecían teñidos de rojo. En la parte izquierda de la cara tenía un bulto morado del tamaño de una naranja. La barriga, llena de marcas rojas y alargadas, hizo sospechar a Júlio que lo habían azotado con el palo de escoba que había en un rincón de la celda. Entrecerró los ojos y apretó los labios con angustia al ver los cortes en las piernas de Lourival. Algunos todavía sangraban. Las manos del muerto estaban atadas a la espalda. En un primer momento, Júlio quiso descolgar el cuerpo de esa especie de horca, pero luego pensó que era mejor no tocar nada. Volvió a la sala de la comisaría. Forel comía un panecillo francés con queso y mantequilla. Tenía un vaso de cristal con dos dedos de café en la mano izquierda.

—¿Qué ha pasado aquí, Forel? —preguntó Júlio.

—¿A qué te refieres?

—¡El barquero está muerto en la celda! ¿Lo habéis hecho vosotros? ¿Ha sido el comisario quien ha mandado matar a ese infeliz?

—Yo no sé nada, Julão. Pregúntaselo a él, que enseguida estará por aquí —dijo Forel mientras le daba un nuevo mordisco al pan.

Júlio se preparó un panecillo con bastante mantequilla y una rodaja generosa de queso. Abrió la Coca-Cola apoyando la chapa en el pico de la mesa y dando un golpe seco, de arriba abajo. Había aprendido a abrir así las botellas con su tío Cícero. Forel empezaba a comerse el segundo panecillo cuando llegaron Carlos Marra y Emanuel. Justo en el instante en que el comisario entró, Forel y Júlio se levantaron, cada uno con un bollo en la

mano.

—¡Qué bien que hayáis comprado el desayuno! ¡Emanuel y yo nos estamos muriendo de hambre! Hemos estado hasta ahora con los militares —dijo Marra mientras Emanuel preparaba unos bocadillos para el comisario y para él—. ¿Cómo está nuestro amigo, el de la celda? —agregó Marra dirigiéndose a Forel.

—Ahí sigue, comisario. Igual que estaba.

Carlos Marra se sentó en su silla, dio un sorbo al café y empezó a comerse el pan con queso. Júlio tenía muchas ganas de preguntarle quién había hecho aquella barbaridad con Lourival, pero tenía miedo de que el comisario le reprendiera. Callado, de pie en un rincón de la sala, sorbía su refresco cuando Marra pareció adivinarle el pensamiento.

—¿Estás nervioso, Julão? —le preguntó con su peculiar voz, grave y serena.

—No.

—Estás muy callado. No has dicho nada desde que he llegado. ¿Qué te pasa?

—Nada, comisario.

—¡Di algo, chico! —le ordenó Marra subiendo un poco el tono.

Entonces Júlio se atrevió a decir lo que le hacía sentirse incómodo.

—Comisario, cuando me fui anoche de aquí, el prisionero estaba vivo. He llegado esta mañana y está muerto —dijo el muchacho.

—¿Y? —replicó Marra.

—Pues nada, que solo quería saber cómo ha muerto.

—Se ha suicidado, Julão. Tenía tanto miedo de seguir encarcelado por haber ayudado a los comunistas que ha pensado que lo mejor era matarse.

Júlio sabía que el comisario mentía, pero no quería enfadarlo con más preguntas. Fingió creerse la versión del suicidio del barquero. Poco después de la llegada del comisario, la mujer y el hijo de Lourival entraron en la comisaría. El niño llevaba una olla envuelta en un trapo roñoso. La mujer, fuerte y de solo un metro y medio de estatura, tenía la cara redonda, los labios finos y los ojos pequeños. Llevaba un pañuelo en la cabeza. Al ver entrar a la madre y al hijo, Júlio salió enseguida de la comisaría, cabizbajo. Desde

afuera, oyó a la mujer decir que venía a ver al marido y que no estaba dispuesta a esperar ni un día más. Carlos Marra le dijo que había ocurrido una tragedia: Lourival se había suicidado. Júlio oyó a la viuda gritar desesperada: «¡Habéis matado a mi marido! ¡Asesinos! ¡Asesinos!». Marra, sin alterarse, regañó a la mujer diciéndole que podría detenerla por desacato a la autoridad, pero que no lo iba a hacer porque comprendía el dolor que sentía. Júlio agradeció estar fuera de la comisaría; no habría soportado que la mujer del barquero también lo llamara asesino.

La viuda insistía en ver el cuerpo del marido. Carlos Marra le dijo que no era posible. «Solo cuando hayamos hecho la autopsia», le explicó el comisario. Sentado en el suelo de arena, en la calle, Júlio lo escuchaba todo. Sabía por qué Carlos Marra no quería dejar que la familia del muerto fuese a la celda. Cualquiera persona que viese aquel cuerpo despedazado, colgado del techo y maniatado, comprendería que había sido un crimen. Tras una discusión de unos diez minutos con el comisario, la mujer y el hijo de Lourival se marcharon. La viuda lloraba y bramaba abrazada al chico, que parecía unos quince centímetros más alto que la madre.

La noticia de la muerte de Lourival Moura se propagó como la pólvora por Xambioá. Por toda la ciudad se comentaba que al barquero lo habían matado Carlos Marra y sus amigos. El comisario no parecía otorgar demasiada importancia a los comentarios. Al contrario, esa misma noche mandó a Forel a Vietnam a que dijera a todo el mundo que sí, que a Lourival lo habían matado los militares con extrema crueldad. Y para demostrar lo truculentos que Marra y sus hombres podían llegar a ser, Forel contó los detalles de la muerte del barquero. Dijo, por ejemplo, que antes de acabar con su vida le habían arrancado todas las uñas de las manos con unos alicates — algo de lo que Júlio no se había percatado—. El mismo trato, incluyendo la muerte, se daría a todos los que colaborasen con la causa de los guerrilleros o simplemente ocultasen información que pudiese ayudar a los militares a capturar a los rebeldes. Sin embargo, la versión que Marra hizo pública sobre la muerte de Lourival fue otra. Oficialmente, el barquero se había suicidado.

El motivo: el miedo a ser condenado a ir a la cárcel por haber colaborado con los comunistas. «Lourival no dejaba de repetir que prefería morir a acabar encarcelado», decía Carlos Marra.

Júlio se pasó la noche entera pensando en la muerte del barquero. ¿Cómo el comisario, Forel y Emanuel podían ser tan crueles y violentos? Esos hombres con los que se había habituado a pasar días y días deambulando por la selva, charlando, comiendo y durmiendo juntos eran capaces de matar a una persona y, lo peor, sin demostrar el más mínimo arrepentimiento. Él ya había sentido el peso que suponía arrebatarse la vida a alguien nueve meses atrás y estaba seguro de que la culpa de aquel asesinato nunca dejaría de perturbar su alma. Esa noche, antes de quedarse dormido por fin, rogó a Dios que lo sacase de ese infierno. Se sentía exhausto de presenciar tanta desgracia y tanta violencia. Quería volver a la placidez de la comunidad en la que vivía, en Porto Franco, a orillas del río Tocantins. Jamás se habría imaginado que estaba a solo tres semanas de cometer su segundo asesinato.

Maria Lúcia Petit da Silva era una joven de veintidós años, 1,62 metros de estatura y unos cuarenta y cinco kilos de peso con una melena lisa y castaña hasta los hombros. Tenía la nariz afilada, los ojos oscuros y era un poco estrábica. Licenciada en Magisterio, trabajaba como profesora de primaria en la Escola Aviador Frederico Gustavo dos Santos, en São Paulo. A finales de 1969 había entrado a formar parte del PCdoB. A la familia y a los amigos les decía que su mayor sueño era ayudar en la educación de los niños más desfavorecidos de Brasil. Se presentó al PCdoB como voluntaria y enseguida la seleccionaron para ir a trabajar al interior del estado de Goiás. Se sentía feliz. Era exactamente lo que quería. En enero de 1970 fue trasladada al sur del estado de Pará, desde donde se introdujo en el trabajo social que la guerrilla desempeñaba en la región del Araguaia.

Pasaba la mayor parte del tiempo enseñando a los niños a leer y a escribir y conversando con jóvenes y adultos, a quienes les explicaba los motivos de la guerrilla. Siempre contaba que luchaban por la igualdad social de Brasil. Solía decir que era inaceptable vivir en un país en el que muy pocos tenían tanto y tantos tenían tan poco. Sus clases y sus discursos estaban impregnados, invariablemente, de palabras cariñosas. Estaba siempre de buen

humor y muy unida a los niños de la región. Así se había granjeado la amistad y el respeto de todas las poblaciones del Araguaia en las que trabajaba. No era extraño, pues, que la invitasen a ser madrina de los niños recién nacidos. Un agricultor llamado João Coció le ofreció ser la madrina en el bautizo de su hijo de dos meses. Maria Lúcia aceptó la invitación sin saber que ese mismo hombre la entregaría al ejército.

Empezaba el mes de junio de 1972. Los militares ejercían todo tipo de presiones para que los habitantes del Araguaia los ayudasen a capturar a los comunistas. La violencia era uno de los mecanismos más usados por el ejército para forzar a la población a denunciar la presencia de guerrilleros en la región. Los soldados mataban los animales —caballos, bueyes, gallinas— de las familias, apaleaban a quienes les parecía e incluso llegaban a quemar los campos de cultivo y las casas de los campesinos. João Coció, un hombre de unos cuarenta años, casado y padre de tres hijos —incluyendo al recién nacido del que Maria Lúcia era madrina—, ya había recibido del ejército ese tipo de advertencia cuando media docena de soldados incendió su plantación de mandioca. Tenía miedo de poner a su familia en peligro y decidió denunciar la presencia del grupo del que Maria Lúcia formaba parte en una zona conocida como Pau Preto, al sur de Pará.

Como no podían aparecer por la ciudad a riesgo de ser reconocidos y, por consiguiente, detenidos, los guerrilleros solían pedir a los habitantes de la zona que comprasen vituallas y municiones para el movimiento rebelde. Coció era el encargado de ir a Xambioá para traer tabaco, alubias, arroz, café y municiones para los comunistas. Al llegar a la ciudad, antes incluso de hacer las compras, el agricultor se personó en la comisaría y se lo contó todo a Carlos Marra. De pie en un rincón, Júlio escuchó toda la conversación entre Coció y Marra. El campesino habló durante más de diez minutos. Coció no conocía la información más preciada para el comisario: la localización exacta del campamento revolucionario. No obstante, Carlos Marra se agitó en la silla

de madera e inclinó el cuerpo hacia delante con los codos apoyados en la mesa al escuchar al agricultor decir que lo que sí sabía era dónde iban a estar tres de los guerrilleros el 16 de junio por la mañana.

—He venido a la ciudad a comprar las provisiones que me pidieron. Hemos acordado que ellos recogerán la mercancía en mi casa el viernes por la mañana temprano —reveló Coció, sentado enfrente del comisario y moviendo las piernas nerviosamente.

—¿Y ellos quiénes son? —quiso saber Carlos Marra.

—Son Cazuzza, Mundico y Maria.

Cazuzza era el apodo del pernambucano Miguel Pereira, de veintinueve años, que murió en el Araguaia en septiembre de 1972. Mundico era el mote del bahiano Rosalindo Souza, de treinta y tres, muerto un año después también en la guerrilla. Maria Lúcia, Cazuzza y Mundico pertenecían al destacamento del movimiento cuya base se localizaba en la zona de Pau Preto, a unos tres kilómetros de la casa de João Coció.

—Muy bien —dijo Carlos Marra—. Haz lo que has venido a hacer aquí. Actúa como si no nos hubieses dicho nada. No cambies un ápice de lo que has acordado con los comunistas.

—De acuerdo, comisario —respondió Coció.

—Si conseguimos capturar a esos tres, te prometo que serás bien recompensado.

Cuando el agricultor salió de la comisaría, Marra le hizo una señal con la mano derecha a Júlio para que se acercara a la mesa.

—¡Sigue a ese cabrón, Julão! ¡Quiero saber todo lo que hace en la ciudad! —ordenó el comisario.

—Sí, señor —respondió el muchacho.

—Julão, mantente atento. Si se detiene para escupir, quiero que me lo cuentes. ¿Entiendes?

—Sí, comisario. Puede estar tranquilo. Pero deje que me vaya ya, antes de que el hombre desaparezca —dijo Júlio, y salió con paso apresurado a tiempo de ver a Coció doblar la esquina.

La tarea resultó más fácil de lo que esperaba. Primero, el campesino entró en una tienda de ultramarinos. Júlio lo observaba a distancia, entre los

productos repartidos desordenadamente por los estantes de madera. Vio al hombre salir con un saco de estopa cargado de alubias, arroz, café y cinco o seis paquetes de cigarrillos. De allí, Coció fue a una de las dos tiendas de armas de Xambioá. La tienda era un cubículo de, como máximo, ocho metros cuadrados. Dentro no había pasillos ni estanterías que ayudasen a Júlio a esconderse del hombre al que seguía. Solo había un mostrador detrás del que un anciano que peinaba canas —Júlio calculó que tendría edad como para ser el padre de su padre— atendía a los clientes. También había todo tipo de municiones dispuestas en unas lejas sujetas a la pared detrás del vendedor. Nadie podía pasar al otro lado del mostrador. Júlio se mantenía agazapado, sentado en el suelo de tierra abrasada por el sol ardiente, detrás de un todoterreno del ejército estacionado a cinco metros de la tienda de armas.

Siguió a Coció hasta que este salió de la ciudad y entró en la selva montado en un caballo marrón. En menos de diez minutos, Júlio estaba de vuelta en la tienda de armas. En la conversación rápida que mantuvo con el anciano canoso, pudo averiguar que el agricultor había comprado dos cajas de munición para una escopeta calibre 12 y tres cajas de balas para un revólver del 38. Regresó orgulloso a la comisaría. Estaba seguro de haber hecho un buen trabajo. Sabía, además, que Coció había parado en el bar del señor Alberto a tomar una cerveza, aunque no acabó toda la botella. Se bebió dos vasos atropelladamente y se marchó. Seguro que Carlos Marra lo felicitaría por un trabajo tan bien hecho. Y eso fue lo que pasó.

—¡Estupendo, Julão! ¡Cada vez lo haces mejor! —le dijo el comisario tras escuchar el minucioso relato del muchacho.

Dos días después, Júlio, Carlos Marra y tres militares llegaron a casa de João Coció tras una caminata de casi cuatro horas por la selva. A Forel también lo había seleccionado el comisario para ayudar en la operación que dirigía el ejército, pero había contraído leishmaniasis, y las heridas en las piernas y la fiebre alta lo obligaron a guardar cama. En la casa de Coció, de madera y con cubierta de paja, no había muebles, solo cinco hamacas, una cocina de leña y media docena de taburetes de madera que había tallado el mismo agricultor. La mujer y los hijos de Coció no estaban. Ante la posibilidad de un enfrentamiento con intercambio de tiros entre los militares

y los comunistas, el campesino había mandado a la familia a casa de su suegra, en Pau Preto. Por la noche, mientras todos cenaban arroz con pollo asado, Coció pidió que lo dejaran marchar. No quería presenciar la captura de los guerrilleros. El hombre que parecía el jefe de los militares dijo que no había ningún problema en atender su petición, pero Carlos Marra exigió la presencia de Coció.

—¡Compórtate como un hombre, Coció! —exclamó el comisario, sentado en uno de los taburetes con el plato apoyado en las rodillas y la barriga sobresaliendo por la camisa.

—¡Soy un hombre, señor comisario! ¡Solo que no me gustaría estar aquí cuando empiece el infierno! —respondió Coció.

—¡Entonces, se te ha hecho tarde! El infierno ya ha empezado hace mucho tiempo —sentenció Marra con la boca llena de arroz—. ¡Ay de ti si desapareces en plena madrugada! ¿Me oyes? Puede que te necesitemos aquí mañana por la mañana.

El viernes 16 de junio por la mañana, Carlos Marra despertó a Júlio sacudiendo la hamaca en la que dormía. Este abrió los ojos y vio que todavía no había amanecido. El comisario quería que todo el mundo estuviese en pie lo más pronto posible. Cuando los primeros rayos de sol del día empezaron a clarear la selva, Júlio, Marra, los tres militares y Coció ya estaban sentados en el tocón de un árbol que había fuera de la casa. Excepto el agricultor, todos iban armados. Los militares llevaban fusiles 7,62, armas de uso exclusivo del ejército que Júlio nunca había visto. Él se sentía la mar de satisfecho con su escopeta. Carlos Marra llevaba sujeto a la cintura su revólver calibre 38 del que no se separaba ni cuando se iba a divertir a Vietnam. El plan era capturar con vida a los tres comunistas que acudirían a casa de Coció esa misma mañana a buscar la mercancía que este había traído de Xambioá. Júlio se sentía feliz por no tener que matar a nadie. Al mismo tiempo, temía ser testigo de más torturas, como había sucedido al capturar a Genoino dos meses antes.

El grupo se colocó al acecho repartido por la selva a la espera de los

guerrilleros. Uniformados de verde oscuro, los hombres del ejército se camuflaban entre la vegetación. Júlio aún mantenía la esperanza de que le regalaran un uniforme militar como esos. Especialmente unas botas. Contemplaba con deleite la camisa de manga larga y tela gruesa del soldado que estaba a su lado cuando avistó a tres personas caminando a unos cuarenta metros de distancia. Lanzó un trocito de madera a la espalda de Carlos Marra, a cinco metros a su derecha, y señaló en dirección a los comunistas. El comisario lo había dejado muy claro: en caso de intercambio de disparos, el primer tiro tenía que venir de los militares. Solo entonces Júlio podría disparar. Por precaución, mantuvo a uno de los guerrilleros en el punto de mira de su escopeta. Ese tipo de trabajo empezaba a gustarle. Saber que la vida de un hombre estaba en sus manos le producía una extraña sensación de poder. Con solo apretar el gatillo, ese desgraciado estaría muerto. Pero no lo haría. Le había prometido a Dios que jamás volvería a quitarle la vida a nadie.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una serie de estampidos que lo asustaron. Los disparos de fusil 7,62 resonaban y recorrían la espesura de la selva. Júlio vio que los tres guerrilleros se adentraban en la jungla en dirección opuesta a la casa de Cocoló y que el más bajo de los tres había sido herido y caminaba con dificultad, cojeando de la pierna derecha. Los otros dos, que iban delante, retrocedieron para socorrer al compañero malherido. Los militares siguieron disparando. Los árboles, algunos de dos o tres metros de diámetro, servían a los rebeldes para protegerse de las balas. Los dos guerrilleros aún ilesos en el ataque también empezaron a disparar a los militares. Uno de ellos agarró al herido de la cintura y lo recostó en su hombro derecho para ayudarlo a caminar en un intento desesperado por escapar, mientras el otro seguía disparando con una pistola.

Júlio estaba aterrorizado. Nunca había sentido el corazón tan acelerado. Tenía la nítida sensación de que en cualquier momento una de esas balas podría alcanzarlo. Era la primera vez que estaba en medio de un tiroteo. Carlos Marra miró a Júlio y le gritó algo que no pudo oír con claridad. El comisario repitió más alto: «¡Dispara a uno de ellos, al menos a uno!». Sin saber por qué, Júlio pensó que lo mejor sería disparar al comunista que ya

estaba herido. Se arrodilló en el suelo cubierto de hojas e hizo como siempre hacía cuando iba a disparar. Apoyó la rodilla izquierda en tierra y el codo derecho en la otra pierna. Cerró el ojo izquierdo y apuntó con el derecho al guerrillero malherido. Se acordó del día en que había disparado a Genoino. La escena era idéntica: la vegetación que le estorbaba la vista, el rebelde intentando huir, el corazón latiendo acelerado, la respiración jadeante, la presión de no poder fallar. Esa sensación le gustaba. Esperó el momento exacto y apretó el gatillo. Pero, antes de que la bala diera en el blanco, Júlio se dio cuenta de que acababa de ocurrir una desgracia.

Debido a la herida en la pierna derecha, el comunista tullido se había inclinado un poco a la derecha y había doblado ligeramente las rodillas. A causa de ese movimiento, el tiro, en lugar de alcanzarlo en el hombro, le dio más a la izquierda, en la cabeza. El cuerpo se desplomó en el suelo y allí se quedó, inmóvil. Júlio sabía lo que había pasado. No quería rendirse ante la evidencia, pero acababa de matar a una persona más. Toda la angustia y preocupación sufridas el día en que había asesinado a Amarelo volverían a perturbar su alma. No le hacía falta acercarse para saber que había matado al guerrillero. Estaba seguro. Mientras, allí mismo, en medio de la selva, Júlio empezaba a rezar las diez avemarías y los veinte padrenuestros que creía que le traerían el perdón divino, vio a los otros dos rebeldes escapar en una estampida enloquecida. Marra y los tres militares corrieron hasta el cuerpo desplomado en la selva. Júlio seguía paralizado, arrodillado, apretando la escopeta con una fuerza que no sabía que tenía y rezando con una fe igualmente desconocida.

Todavía rezaba cuando oyó que el comisario lo llamaba. En contra de su voluntad, se dirigió hacia donde había caído el cuerpo. Debajo de la cabeza del cadáver, la tierra estaba encharcada de sangre. Al acercarse, oyó decir a uno de los militares: «¡Es una mujer!». Júlio se sintió más culpable todavía. Por motivos que desconocía, creía que matar a una mujer era peor que arrebatarse la vida a un hombre. La guerrillera muerta tenía el rostro sereno. Los ojos aún estaban abiertos. Las facciones finas y la melena corta a la

altura de los hombros le conferían una apariencia más joven que los veintidós años reales que tenía el día de su muerte. Llevaba unos pantalones vaqueros de color gris y una camiseta de manga larga de un tono azulado.

—¡No tenías que matarla, Julão! ¡Dije que no había que matar a nadie! — exclamó Carlos Marra enfadado, pero sin levantar la voz.

—Lo sé, comisario. No quería matar a nadie. Pero, cuando disparé, ella se desplazó y la bala le dio en la cabeza.

—¡No pasa nada! —interrumpió uno de los militares a quien Carlos Marra llamaba teniente—. Puede que incluso sea bueno para demostrar a esos comunistas que no hemos venido aquí a jugar. ¡O acaban con esta revolución, o morirán uno detrás de otro!

Júlio sintió miedo de aquel hombre de palabras duras. Carlos Marra ordenó que él y otro militar acarreasen el cuerpo a casa de Coció. Júlio cogió a la guerrillera de los tobillos mientras el otro militar la levantaba de las muñecas. Al tocar el cuerpo de la joven, cuyos ojos permanecían abiertos, sintió una angustia lancinante. Era como si lo estuviera mirando, como si lo condenara por lo que acaba de hacer. En ese instante, Júlio volvió a recordar el día en que había matado a Amarelo, en agosto de 1971. Aquella vez, la víctima también tenía los ojos abiertos después de muerta. Cargar el cuerpo de Maria Lúcia le causaba una extrañeza enorme. Sus manos sudaban frías. Nunca había pasado tanto tiempo en contacto con un cadáver.

Le dieron ganas de vomitar. Quería librarse del cuerpo lo antes posible. Hasta la casa de Coció había que recorrer unos trescientos metros en plena selva. Dos militares se quedaron custodiando el cadáver. Carlos Marra, Júlio y el teniente regresaron a Xambioá. Llegaron a la ciudad alrededor de las dos de la tarde y se presentaron directamente en la base del ejército, desde donde el teniente mandó un helicóptero a buscar a los otros dos militares y el cuerpo de Maria Lúcia. Durante el trayecto hasta Xambioá, Júlio no dijo ni mu. Tenía el corazón encogido. Sentía las mismas náuseas y el mismo malestar que había experimentado el día en que mató a Amarelo. Incluso se negó a probar el arroz con carne seca traído de casa de Coció para comer durante el viaje de regreso a la ciudad.

En cuanto el helicóptero de las FAB despegó, Carlos Marra y Júlio fueron

a la comisaría. Allí el comisario le dijo que entendía por qué estaba tan callado y taciturno. Nadie podía alegrarse por matar a una mujer, pero eran gajes del oficio. Su misión era acabar con la guerrilla y Júlio se mostraba una pieza cada vez más importante para el éxito de la operación. La conversación que mantuvieron duró unos veinte o treinta minutos. El joven salió de la comisaría menos preocupado y prácticamente convencido de que había cumplido con su deber. A diferencia de lo ocurrido al matar a Amarelo, en el Araguaia estaba al servicio del ejército en medio de una guerra. Era completamente diferente a matar a un hombre por un puñado de dinero y unos kilos de arroz y alubias. Intentaba convencerse de ello cuando vio el helicóptero de las FAB surcar el cielo de vuelta de la selva. Sabía que el cuerpo de la guerrillera que había matado hacía unas horas viajaba allí. En ese momento exacto se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba la chica, aunque era mejor no saberlo. Un nombre menos para incomodarle en el alma. De camino a la pensión, hizo una parada rápida en la panadería para comprar dos botellas de Coca-Cola, cuatro panecillos y doscientos gramos de queso por si después le daba hambre. Lo único que quería era acostarse y dormir para olvidar el infierno por el que acababa de pasar.

Durante casi veinte años, el cuerpo de la guerrillera que Júlio mató en el Araguaia permaneció enterrado en el cementerio de Xambioá, en Tocantins. El cadáver fue exhumado en abril de 1991, cuando una comisión formada por familiares de los muertos y desaparecidos en la guerrilla, miembros de la Comisión Justicia y Paz de la Archidiócesis de São Paulo y peritos de la Universidad Estatal de Campinas (Unicamp) viajaron a la ciudad y desenterraron el cadáver de la joven de la fosa en la que había sido depositado. El cuerpo, sepultado sin ataúd, estaba enrollado en una lona de paracaídas de las FAB. Los especialistas de la Unicamp, liderados por el forense Fortunato Badan Palhares, entonces director del Departamento de Medicina Legal de la misma universidad, encontraron restos de ropa, calzado y accesorios que Maria Lúcia Petit llevaba al ser asesinada. El cartucho de bala calibre 20 que había en el bolsillo trasero de sus pantalones estaba

intacto todavía.

Una de las personas que tuvo acceso a esa información fue Laura Petit. Tres años mayor que Maria Lúcia, la benjamina de la casa, Laura se encargaba de averiguar qué había pasado con su hermana, a quienes los militares habían identificado en los informes oficiales solo como «desaparecida», una práctica habitual del ejército con los rebeldes asesinados durante la guerrilla. Al comprobar que los huesos de la hermana habían sido retirados de la fosa envueltos en una lona de nailon, como si fuese un animal, Laura no pudo resistirse a pensar que a sus otros dos hermanos, Jaime y Lúcio, les habría pasado lo mismo. Ambos también participaron en la guerrilla del Araguaia y murieron en aquella selva en algún enfrentamiento contra el ejército. Jaime, en diciembre de 1973, a los veintiocho años, y Lúcio, en abril de 1974, a los treinta. Hasta hoy, Laura Petit solo ha podido recuperar los restos mortales de Maria Lúcia. No se sabe dónde están enterrados Jaime y Lúcio.

La exhumación solo fue el primer paso para la identificación del cuerpo de Maria Lúcia Petit da Silva. En São Paulo, Laura Petit estaba decidida a dedicar todo el tiempo y el esfuerzo necesarios para verificar que los restos mortales encontrados por los peritos de la Unicamp en el cementerio de Xambioá pertenecían realmente a su hermana. Resultó ser un proceso mucho más lento y doloroso de lo que Laura había imaginado. Durante cinco años intentó conciliar su trabajo como profesora con las acciones que consideraba imprescindibles para saber si esos huesos eran de Maria Lúcia. Perdió la cuenta de las veces que se personó en la Unicamp para hablar con el forense Badan Palhares y presionarlo para acelerar la resolución del caso. En una de esas ocasiones, esperó en una sala del Departamento de Medicina Legal desde las tres de la tarde hasta las diez de la noche sin poder ver siquiera al médico forense.

Los meses y los años pasaban y los huesos de Maria Lúcia Petit seguían olvidados, colocados en bolsas de plástico en una sala fría de la Unicamp. Gracias al empeño de Laura Petit, por fin se obtuvo una información

fundamental para la identificación de los restos mortales de la guerrillera. A finales de abril de 1991, Laura entró en contacto con el dentista Jorge Tanaka, que había tratado a Maria Lúcia un poco antes de que la joven viajase al Araguaia. Autorizado por el Departamento de Medicina Legal de la universidad para analizar el arco dental aparecido entre los huesos recuperados en Xambioá, el dentista confirmó que se trataba de Maria Lúcia Petit. Sin embargo, el análisis de Jorge Tanaka tenía que ser confirmado por Badan Palhares y su equipo, lo que no sucedería hasta cinco años más tarde.

La mañana del 15 de mayo de 1996 —casi veinticuatro años después de la muerte de Maria Lúcia—, los especialistas de la Unicamp anunciaron, en un aula de la universidad, la conclusión de los análisis realizados a los restos mortales de la guerrillera, dispuestos en una mesa cubierta con una toalla azul. Al lado izquierdo de la sala, un panel de madera mostraba fotos de Maria Lúcia antes y después de morir. Entre las cerca de treinta personas asistentes al acto había periodistas, fotógrafos, cineastas, amigos y familiares de la joven. Laura Petit estaba sentada en primera fila agarrando las manos de la madre, doña Julieta, que jamás se resignaría a haber perdido tres hijos en la guerrilla. A poco más de dos metros de distancia, el médico forense Badan Palhares presentaba los huesos. El perito de barba canosa llevaba una bata blanca hasta las rodillas. Con voz firme y acompasada, cogía algunos huesos de la mesa y explicaba que se trataba, en efecto, de parte del esqueleto de Mara Lúcia Petit da Silva. Con el cráneo de la joven en la mano, Badan señaló con una especie de tubo blanco el punto exacto en que el disparo fatal había alcanzado a la guerrillera. Laura notaba que su madre le apretaba la mano. Miró a doña Julieta y se dio cuenta de que lloraba un llanto contenido, pesado. El informe pericial de treinta páginas —catorce de ellas solo de fotos— que el forense presentó decía lo siguiente:

- Hemos podido constatar que hay características que confirman que los huesos pertenecen a una persona de sexo femenino.
- La cabeza del fémur es bastante delicada, así como el ángulo nasal y el

reborde orbitario fino, elementos que nos inducen a pensar que se trata del esqueleto de una mujer.

- Las protuberancias de los senos son perfectamente visibles.

Sobre las causas de la muerte de Maria Lúcia Petit, el documento señalaba que la joven comunista había sido asesinada de dos tiros: uno en el muslo derecho, disparado con un fusil 7,62, y el otro en la cabeza, «en el hueso parietal izquierdo, típico trayecto de un proyectil de arma de fuego con un recorrido de abajo arriba y de atrás hacia delante»: el tiro de Júlio Santana. Con la confirmación científica, se concluyó la identificación del primer cuerpo de un comunista muerto en la guerrilla del Araguaia. Hoy día Maria Lúcia Petit sigue siendo la única persona del movimiento rebelde fallecida en un enfrentamiento con las fuerzas militares cuyos restos se han exhumado e identificado. Se estima que fueron asesinados alrededor de sesenta comunistas durante la guerrilla. Doña Julieta Petit, a los ochenta y seis años, todavía llora la pérdida de su hija menor y de sus otros dos hijos. Tras la conclusión del caso, los restos mortales de Maria Lúcia fueron entregados a la familia, que los enterró en el cementerio de Bauru, en São Paulo. El ejército jamás ha divulgado los nombres de los hombres que dispararon a la joven comunista aquella mañana del 16 de junio de 1972. Júlio Santana nunca ha sabido cómo se llamaba la chica que mató en su segundo homicidio. Hasta hoy, sigue pensando que es mejor así. Un nombre menos que le perturba el alma.

LA GÉNESIS DEL PISTOLERO

Exactamente una semana después de matar a Maria Lúcia Petit, Júlio Santana cumplió dieciocho años. Ese viernes 23 de junio de 1972, Júlio se despertó antes del amanecer. Desde el día en que había asesinado a la joven guerrillera, no podía pegar ojo tranquilo. Todas las noches, sin excepción, el cuerpo sin vida de Maria Lúcia aparecía en sus pesadillas. Siempre con los ojos abiertos, mirándolo fijamente. Todavía podía sentir el tacto de la piel lisa y fría de los tobillos de la joven en las palmas de sus manos mientras ayudaba a transportar el cadáver del lugar del asesinato a la casa del campesino Cocioi. Ya no soportaba dormir y despertarse en Xambioá más tiempo. Quería volver lo antes posible a Porto Franco. Faltaba poco. Su tío, Cícero Santana, le había prometido que esa misma mañana lo iría a buscar a la pensión y que, a continuación, lo llevaría de regreso a casa de sus padres. Dejar por fin ese infierno el día de su cumpleaños era el mejor regalo que le podrían hacer en la vida.

Las horas pasaban y Cícero no acudía. No sería la primera vez que el tío no cumpliera con su palabra. En varias ocasiones, Carlos Marra le había dicho que Cícero había telefoneado para decir que iría a Xambioá a visitar al sobrino. En todas ellas, la espera para reencontrarse con el tío había sido en vano. Tumbado en la cama de la habitación de la pensión, Júlio sintió hambre. No estaba dispuesto a esperar a Cícero, pues sabía que podría no

aparecer. Así que decidió ir a desayunar solo. Comía un bollo de pan con queso y bebía Cola-Cola en la panadería cuando un todoterreno del ejército paró enfrente. Del vehículo bajaron el tío y el comisario Carlos Marra. Cícero lo saludó alegremente, lo estrechó en un abrazo, le dio palmadas en la espalda y le dijo que se sentía muy orgulloso de él por el excelente trabajo que había desempeñado a las órdenes de Marra en el Araguaia. De manos del comisario, recibió un sobre amarillento. No tuvo que abrirlo para saber que allí estaba el pago por el trabajo de la semana: cien cruzeiros. Todos los viernes, Marra le pagaba el sueldo de cinco días de servicio. Júlio estaba seguro de que jamás ganaría tanto dinero de una sola tacada. (Durante el período en que trabajó para el ejército ganó 1.200 cruzeiros, un poco más de cinco salarios mínimos de la época, que era de 255 cruzeiros.)

—Tengo una cosa para ti —le dijo el comisario entregándole una bolsa de plástico negra.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Júlio.

—¡Ábrela y mira, chico!

Júlio no pudo contener el entusiasmo al ver un uniforme del ejército, con la camisa de tela gruesa y manga larga, la gorra verde oliva y las botas que tanto deseaba. Estaba ávido por verse vestido con esa ropa y las botas negras en los pies.

—Es nuevo, ¿sabes? Lo acabo de recoger del almacén para ti. Tu tío me ha dicho que era tu cumpleaños y he querido hacerte este regalo —dijo Marra.

—¡Muchas gracias, comisario! ¡Muchas gracias, de verdad! —dijo Júlio.

—De nada, Julão. Te lo mereces. Has trabajado muy bien. Si quieres quedarte por aquí y seguir trabajando conmigo...

—No, comisario. Se lo agradezco, pero quiero volver a mi casa. Quiero ver a mis padres, a mis hermanos, quiero ir a mi casa —dijo mirando al tío—. ¡Estoy cansado de todo este sinvivir!

—Tienes razón. Pero, si cambias de opinión o si algún día pasas por Xambioá, ven a visitarme. Tu tío es un gran amigo mío y ahora tú también.

Se montaron los tres en el jeep y se dirigieron a la comisaría. En el trayecto, Júlio comprobó que el ajetreo de vehículos militares y hombres

uniformados era mucho mayor que a su llegada a Xambioá exactamente dos meses y veinticinco días antes, el 28 de marzo de 1972. Sin duda, el caos, las muertes y las torturas seguirían aumentando por la zona. A él, sin embargo, ya no le afectaría. En breve iba a estar muy lejos de ese infierno. Enfrente de la comisaría, Carlos Marra se apeó del todoterreno y se despidió de Cícero y de Júlio, que prosiguieron viaje en el mismo coche hasta Tocantinópolis, ciudad en las márgenes del río Tocantins que marca la frontera entre los estados de Tocantins y Marañón. En la otra orilla del río, frente a Tocantinópolis, está Porto Franco, la tierra natal de Júlio. El todoterreno del ejército tardó casi cinco horas en recorrer los 150 kilómetros que separan Xambioá de Tocantinópolis debido a las pésimas condiciones de las carreteras —en aquella época, todas sin asfaltar— que unían ambos municipios.

En Tocantinópolis, Júlio vio, por fin, después de casi tres meses, el río Tocantins con sus aguas lodosas y, en la otra orilla, la población en la que había crecido. Estaba contento. Quería borrar para siempre de su memoria todo lo que había visto y hecho en el Araguaia. Le había pedido al tío Cícero que no le contara a nadie, y mucho menos a sus padres, su participación en la captura del guerrillero Geraldo —aún pensaba que ese era el nombre verdadero de José Genoino— y en el asesinato de la chica cuyo nombre nunca quiso saber. Para el resto de la familia y los amigos de Porto Franco, su trabajo en la guerrilla del Araguaia se habría limitado a guiar a los soldados por la selva. Nada más.

Atravesaron el río a bordo de una canoa que realizaba el transporte de pasajeros de un lado a otro. Después caminaron más de una hora adentrándose en la selva hasta llegar a la casa del señor Jorge y doña Marina, los padres de Júlio. Por la posición del sol y las sombras que los árboles proyectaban en el río, calculó que debían de ser las cinco de la tarde. Recordó que el tío tenía un reloj en la muñeca izquierda y le preguntó la hora. Eran las 16.40 horas. Solo se había equivocado en veinte minutos. Se sintió orgulloso de sí mismo. Estar de vuelta en su universo era fantástico. Sin la presión y la

angustia de tener que estar siempre atento a la presencia de comunistas, podía admirar esos árboles de hasta cuarenta metros de altura y todos los animales de la selva. Por el camino divisó un perezoso, un grupo de monos y un Tucán enorme. A unos cien metros de casa, vio a su madre sentada en un tronco al borde del río. Doña Marina preparaba el pescado que serviría para cenar. Durante los últimos ochenta y cinco días no había tenido noticias de su hijo, que por primera vez estaba lejos. No paraba de rezar.

El primero en ver acercarse a Cícero y Júlio fue el hermano más pequeño, Paulo, de doce años.

—¡Mamá, Júlio ha vuelto! —gritó el chico.

Doña Marina volvió la vista atrás y vio a su hijo salir de la espesura de la selva. Soltó el pescado en la palangana de aluminio, se lavó las manos en el agua del río, se las secó en las bermudas que llevaba puestas y echó a correr hacia Júlio, que seguía caminando, sin prisa. Después del beso cariñoso y el abrazo de la madre, Júlio se sintió protegido. Por fin estaba libre del infierno de la vida de Xambioá. Intentó contenerse, pero no pudo. Arrancó a llorar copiosamente hundiendo la cara en el hombro izquierdo de la madre. Apretaba la boca con fuerza en un intento por ahogar su llanto. Lloró tanto que se sintió débil. Al ver a su hijo en ese estado, doña Marina se desesperó. Nunca había visto a Júlio así.

—¿Qué ha pasado, Cícero? ¿Qué habéis hecho tú y tus amigos del ejército con mi hijo? —le preguntó al cuñado a gritos.

—¡Nada, Marina! Creo que Júlio se siente muy feliz de volver a casa —respondió.

—Conozco a mi hijo, Cícero. Algo muy serio le ha tenido que pasar para que esté así. Pero vamos a entrar. Después me lo tenéis que explicar todo con pelos y señales —dijo doña Marina mientras conducía al hijo y al cuñado al interior de la casa.

El padre de Júlio, el señor Jorge, y el otro hermano, Pedro, de quince años, habían salido a pescar. Cuando doña Marina fue a recoger el pescado que se había dejado a la orilla del río, Cícero aprovechó para darle algunas orientaciones al sobrino. Le recordó que él mismo le había pedido que no contara nada de lo que había pasado en la selva del Araguaia. Si realmente

era eso lo que quería, tendría que dejar de llorar. Tenía que explicarle a sus padres que lloraba por la emoción de volver a casa después de estar tanto tiempo tan lejos y que no había tenido ningún problema mientras trabajaba para el ejército. El uniforme de soldado y las botas eran la prueba material de lo bien que lo habían tratado los militares. A Júlio le pareció una idea excelente. Y eso fue exactamente lo que les explicó a sus padres durante la cena esa noche. Antes de empezar, doña Marina manifestó la alegría de tener al hijo de vuelta justo el día en que cumplía dieciocho años. Todos cantaron *Cumpleaños feliz* y lo felicitaron con besos y abrazos. Después de cenar, el señor Jorge, doña Marina, Pedro y Paulo quisieron escuchar alguna de las historias que Júlio había vivido en el Araguaia, pero este dijo que estaba muy cansado y que prefería irse a dormir.

—¡Mañana os contaré todo lo que queráis! —dijo antes de tenderse en la hamaca.

Durmió bien, tranquilo, como nunca desde hacía tres meses. Hasta el aire le parecía diferente, más puro. Desde la hamaca, que se balanceaba lentamente, podía oír el guirigay de los animales de la selva. Miró a ambos lados y vio a sus hermanos, también en sus respectivas hamacas, iluminados por el quinqué colgado del techo de madera y paja. Sentía una paz inmensa. Era estupendo saber que al día siguiente no tendría que capturar comunistas ni que pasar horas, bajo un sol de justicia, cavando con una azada en las obras de los militares. No estaría obligado a ver cadáveres expuestos en la plaza pública ni tendría que presenciar las torturas infligidas a los prisioneros hasta la muerte. Y lo más importante: no tendría que matar a nadie. Se sentía feliz. El último pensamiento que le había pasado por la mente por la noche fue lo primero que haría al despertarse: montarse en la canoa para ir a ver a Ritinha.

A la mañana siguiente, nada más desayunar, se subió a la canoa y remó hasta el pueblo en el que vivía la muchacha. Era un sábado caluroso, de cielo despejado, con pocas nubes. Por el camino, fue recordando el día en que había hecho el mismo recorrido para perder la virginidad con su novia. Le alegraba ver que en Porto Franco no había cambiado nada. La selva, el río y los poblados de la zona estaban igual. Pensaba que Ritinha tampoco habría cambiado. Seguro que estaría muy guapa y lo habría echado mucho de

menos. Mientras remaba, pensaba en su piel morena, sus grandes ojos negros, sus labios carnosos y sus piernas bien torneadas. Al llegar al poblado, condujo la canoa hasta la orilla del río, se sentó en la arena y escudriñó la comunidad con la mirada. No había señales de Ritinha. Estaba tan ansioso que tomó la decisión de ir a llamar a la puerta de su casa. Cuando se dirigía hacia allí, la vio corretear de la mano de Odila, su mejor amiga. Iban vestidas con pantalones cortos y camiseta. Las chicas estaban en el río, jugando a echarse agua para aplacar el calor de esa mañana sofocante.

Mientras las amigas se entretenían en el agua, Júlio se subió de nuevo a la canoa y remó hacia ellas lentamente. Remaba con la cabeza baja y tapándose la cara con la visera de la gorra del ejército que le había regalado el comisario Carlos Marra un día antes. A unos diez metros de Ritinha, se quitó la gorra y levantó la cabeza.

—¡Eh, chica guapa! —exclamó.

Júlio leyó en los ojos de Ritinha una expresión extraña. Estaba seguro de que lo reconocería inmediatamente, pero parecía asustada, casi incómoda al verlo allí, a pocos metros de ella. La reacción fue totalmente diferente a la que había imaginado. En sus sueños, el reencuentro empezaba con muchos besos y abrazos. Sin embargo, la chica lo miraba como si fuese un desconocido. Júlio se siguió acercando y vio como Ritinha tomaba de la mano a Odila, como si necesitase la ayuda de la amiga para mirarlo a los ojos. Júlio no entendía nada.

—¿Qué te pasa, Ritinha? ¿No te alegras de verme? —le preguntó Júlio.

—¡No es eso...! —respondió con una sonrisa forzada y sin soltar la mano de la amiga.

—¡Pensaba que te alegrarías de verme después de tanto tiempo!

—Bueno...

—¿Bueno, qué?

—¡Que desapareciste sin decir nada, Júlio! ¡Pensaba que solo querías hacer aquello conmigo y que, después, me habías dejado!

—¡Te equivocas, Ritinha! Me fui de viaje, a trabajar, y no pude avisarte. Pero ahora ya he vuelto.

Odila interrumpió la conversación de la pareja con una frase que

desconcertó a Júlio.

—Ahora es tarde, Júlio. Ritinha tiene otro novio.

Ritinha, cabizbaja, no apartaba la vista de las aguas lodosas del río Tocantins. Júlio se quedó mudo. No sabía qué decir. No sabía qué pensar. Si era verdad que Ritinha tenía otro novio, todo el tiempo que él había pasado pensando en ella durante la temporada en el Araguaia había sido en vano. Si lo hubiese sabido antes, habría aprovechado para disfrutar con las mujeres de Vietnam y no se habría sentido culpable por pasar unos minutos en la cama con Cibele. Ritinha seguía sin levantar la vista, sin pronunciar palabra, lo que irritó a Júlio aún más. Se sentía traicionado.

—¿Es verdad? ¿Tienes otro novio? —le preguntó.

La respuesta de Ritinha fue un ligero movimiento de cabeza, asintiendo. El muchacho sintió que una rabia amarga le inundaba el corazón. Le dieron ganas de saltar de la canoa, agarrar a la chica de los brazos y sacudirla con fuerza. Pero se controló.

—¡Quiero que me lo digas, Rita! ¿Tienes otro novio?

—Sí —respondió con una voz casi inaudible.

—¿Y quién es ese cabrón?

—No lo conoces. No es de aquí.

—¡No vales nada! ¡Ya me lo decía mi tío! ¡Solo sirves para hacer lo que hice contigo!

Ritinha seguía callada, cabizbaja y de la mano de la amiga. Con la respiración acelerada, Júlio agarró el remo y dio un fuerte golpe en el agua antes de empezar a remar de vuelta a casa. A unos treinta metros de su exnovia, volvió la vista atrás y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ritinha, eres una sinvergüenza!

Fue la última vez que la vio. A partir de ese día evitaba siempre pasar por delante del poblado en el que vivía. Y cuando, por cualquier motivo, estaba obligado a hacerlo, miraba hacia el otro lado del río, donde solo había vegetación. Regresó a su casa con el corazón invadido de rabia. Se arrepentía de no haber hecho caso a su primer impulso y haber sacudido a Ritinha por los hombros. Se arrepentía, sobre todo, del tiempo malgastado pensando en ella, imaginándose que ella estaría haciendo lo mismo. Por un instante pensó

que, si en aquel momento hubiese tenido un arma, quizás hubiese sido capaz de pegarle un tiro. Era lo que se merecía. Pero no lo haría. Había decidido no matar a nadie más en la vida.

Júlio se pasó el resto del día mudo. Sus padres y sus hermanos demostraban mucho interés en saber cómo había sido el trabajo en el Araguaia, pero él respondía invariablemente que estaba cansado del viaje y que el tío Cícero les podría explicar todo. Después de comer, se marchó a caminar por la selva. Cícero le dijo que lo acompañaría a cazar algún animal para la cena, pero Júlio prefirió ir solo. Y sin escopeta. No paraba de pensar en Ritinha. Un odio pesado lo inundaba. Encontró unas cuantas nueces pecán y se sentó en el suelo a comérselas. Intentaba distraerse contemplando los árboles y los animales, pero nada podía quitarle de la cabeza la idea de vengarse de Ritinha de alguna manera. Lo que había hecho con él no estaba bien. Júlio se dio cuenta de que la rabia que sentía en ese momento por culpa de su exnovia había conseguido borrar la amargura sufrida en Xambioá y en la selva del Araguaia. Incluso llegó a alegrarse un poco al comprobar que olvidarse de todo aquel infierno no sería imposible. Su alma se sentía más ligera. Después de todo lo vivido en el Araguaia, la traición de Ritinha no tenía por qué trastornarlo tanto.

Regresó a casa cuando el sol se ponía. El cielo tenía matices violetas, rojos y anaranjados. Pedro y Paulo se bañaban en el río. Doña Marina, el señor Jorge y Cícero charlaban animosamente sentados en un tronco apoyado junto a la puerta de la casa. Júlio se quitó la camiseta, se la lanzó a la madre y echó a correr hacia sus hermanos. Poco antes de meterse en el río, dio un grito de alegría y soltó una carcajada infantil, como hacía tiempo que no daba. Estuvo jugando con Pedro y Paulo en el agua hasta que doña Marina los llamó para cenar. Afuera, sobre una tarima de madera, los muchachos se secaban y se cambiaban de ropa. Al entrar, Júlio vio una tarta de chocolate — su preferida— con una vela blanca partida por la mitad en el centro. Toda la familia empezó a cantarle *Cumpleaños feliz*.

—¡Pero si mi cumpleaños fue ayer! —exclamó alborozado.

—Sí, pero llegaste por sorpresa y no me dio tiempo a preparar nada, hijo —respondió doña Marina un instante antes de cortar el pastel y de ofrecer el primer trozo al cumpleaños.

—¿Hay Coca-Cola, mamá? —preguntó Júlio mientras masticaba.

—Hijo mío, sabes que no tenemos dinero para esos lujos. Hay zumo de uva, de ese que te gusta tanto —dijo, y le sirvió un vaso.

En Xambioá, al menos, podía tomar Coca-Cola todos los días, pensó, pero no lo comentó para no entristecer a los padres.

Conversaron y cenaron un poco de pescado frito y pastel bajo la luz del quinqué. Por primera vez, Júlio contó a la familia algunas historias del Araguaia. Habló de la voz rara y gangosa de Tonho, de los coches y camiones del ejército, y explicó, con todos los detalles que era capaz de recordar, el emocionante viaje que había hecho en helicóptero. Habló de las dificultades que había tenido para dormir en la cama de la pensión y de un aparato de aluminio enorme que el tío Cícero tenía en su casa y que congelaba el agua.

—¡Y hasta tiene una bola de cristal en medio del techo que ilumina toda la casa! ¡Es mucho mejor que el quinqué! —exclamó.

Sus padres y hermanos lo escuchaban atentamente. Júlio se sentía la persona más importante del mundo. Fue a buscar la bolsa que había traído de Xambioá, salió fuera de la casa y se vistió con la ropa militar que le había regalado Carlos Marra. Se caló la gorra, se calzó las botas y entró. Al ver a su hijo, doña Marina desplegó una enorme sonrisa y dijo que nunca había visto un joven tan apuesto. El señor Jorge también lo elogió diciéndole que parecía todo un general. Pedro y Paulo se acercaron para tocar la ropa del hermano.

—Cícero, ¿por qué no te llevas a Júlio a Imperatriz para que se haga policía militar como tú? —preguntó doña Marina al cuñado.

—Por mí, perfecto. Si él quiere... —respondió Cícero.

—¡Venga, hijo mío! Te echaremos mucho de menos, pero aquí no tienes futuro. ¡Te morirás sin haber salido de este fin del mundo! —dijo el señor Jorge.

—Pero no tiene por qué ser ahora mismo, ¿vale? Primero tienes que pasar una temporada aquí, con nosotros. ¡Ya has estado mucho tiempo lejos de

casa! —replicó doña Marina.

Júlio lo escuchaba todo callado, pensativo. Por un lado, pensaba que ir a Imperatriz para ingresar en la Policía Militar podía ser una buena idea, pero le daba mucho miedo pasar por algo parecido a lo vivido en el Araguaia. Además, su confianza en el tío Cícero ya no era la misma. Tras un rato de cháchara, todos se fueron a dormir. Antes de acomodarse en la hamaca, Júlio guardó la camisa, las botas y la gorra en la bolsa de plástico. Se dejó los pantalones puestos. Al acostarse notó un bulto detrás, en el bolsillo derecho. Era el sobre con el dinero que había traído de Xambioá. No recordaba cuánto había ahorrado durante los casi tres meses de trabajo. Bajo la tímida luz del quinqué, contó billete a billete, moneda a moneda: 920,80 cruzeiros, ya descontados los gastos que tuvo en la ciudad. ¡Era un dineral! ¡Nunca se habría imaginado que tendría tanto dinero en su vida! Seguro que ni siquiera su padre había tenido jamás en las manos una cantidad tan grande de una sola vez. Pensó que, por fin, toda la angustia padecida en el Araguaia había valido la pena. El sufrimiento, las noches en vela, el miedo y hasta las muertes que había presenciado —incluso la de Maria Lúcia Petit— no habían sido en vano.

Una semana después viajó a Imperatriz con Cícero en el camión de un amigo del tío. Durante el viaje, Júlio casi ni abrió el pico. Cícero y el conductor charlaron sobre fútbol, mujeres y la situación de la guerrilla en el Araguaia. Los militares seguían apresando y asesinando a los comunistas y a los habitantes de la zona que colaboraban con el movimiento.

Uno de los episodios más aterradores de los últimos días —les relató el conductor— había sido la decapitación de un joven guerrillero. Los soldados llegaron a pasearse por las calles de Xambioá exhibiendo la cabeza del hombre en las manos. La historia incomodó a Júlio menos de lo que le habría molestado antes de su temporada en el Araguaia. Todo aquello seguía pareciéndole un horror, pero había visto cosas peores con sus propios ojos.

Una vez en casa de Cícero, este le comunicó que entrar en la Policía Militar no sería tan fácil como el señor Jorge y doña Marina imaginaban.

Júlio tendría que aprobar un concurso público y todavía no había fecha prevista para las pruebas.

—¿Y mientras tanto qué voy a hacer aquí, tío? —preguntó.

—Trabajarás, chaval. ¿Acaso no es eso lo que has venido a hacer? —respondió Cícero.

—¿Trabajar en qué? Yo no sé hacer nada.

—¡Sí que sabes! Sabes disparar muy bien. Tienes una puntería...

—¡No, tío! ¡Olvídate de eso! ¡No quiero saber nada más del tema de matar a nadie! ¡Ya te lo dije! —le contestó Júlio mientras se levantaba del sofá para coger un vaso de agua fría de la nevera.

Cícero necesitó tres días para convencer al sobrino de que lo acompañara a hacer un encargo. Tenía que ir a matar a un hombre por culpa de una pelea en un campo de fútbol. El tipo que lo había contratado había recibido una bofetada en medio de un partido y en presencia de todo el mundo. En el mismo campo, Leandro, el que se había llevado el guantazo, amenazó a su contrario: «¡Voy a matarte!». Como no tenía valor para tanto, el joven, que era hijo de un terrateniente de la región, pagó a Cícero para que lo hiciera.

—¿Vas a matar a ese idiota solo porque le dio un tortazo en la cara al otro? —le preguntó Júlio, nervioso.

—No, Julão. Voy a matar a ese idiota porque alguien me paga para que lo haga. Tienes que aprender una cosa: en esta profesión, no importa si esa persona es buena o mala. Yo no quiero saber si voy a matar a alguien porque le ha dado un guantazo a otro o porque ha violado a su hija. Lo que importa es que me pagan y cumplo el encargo.

A Júlio le asombró la frialdad que mostraba el tío, pero recuerda que admiró la fuerza y el valor que parecía tener. Nadie mata a una persona sin sentir miedo, remordimiento o tristeza. Había que ser fuerte para hacerlo. El día del encargo, Júlio y el tío salieron de casa antes de que asomara el sol. Llevaban sendos sombreros para taparse las caras, tal como Cícero indicó. En bicicleta —Cícero pedaleaba y Júlio iba sentado en el portabultos—, fueron hasta el barrio en el que vivía la víctima, a unos cinco kilómetros de distancia. Se situaron a cien metros de la casa del objetivo, un hombre llamado Aníbal de más o menos un metro sesenta de estatura, achaparrado,

de piel morena y pelo canoso. Esperaron casi dos horas sentados en la acera, al lado de una gasolinera, hasta que Aníbal salió de casa. Dejaron la bicicleta encadenada a un poste y lo siguieron a una distancia nunca inferior a cincuenta metros hasta la tienda en la que trabajaba. Fue una caminata de un kilómetro y medio, aproximadamente. Después de esperar más de tres horas, a Júlio le entró hambre y sugirió al tío comprar unas galletas y unos refrescos en la tienda del hombre. Cícero descartó la idea; Aníbal no tenía que verlos antes de la hora establecida. «Podría estropear los planes», dijo. A la hora de comer, el comerciante cruzó la calle para tomar algo en el bar de enfrente. En menos de una hora ya estaba de vuelta en el mostrador de la tienda. Júlio se sentía angustiado. No soportaba más tiempo aquella espera. ¿Hasta cuándo se quedarían allí, sentados en medio de la calle sin hacer nada?

—Julão, en este tipo de trabajo, la paciencia es tan importante como tener buena puntería. Si te precipitas, puedes malograr el encargo. Ve aprendiendo.

Júlio se sentía confundido. A la vez que le molestaba el tono profesional que demostraba el tío en todo lo que le decía, se enorgullecía un poco por estar viviendo esa experiencia. Lo que más le inquietaba era que empezaba a sentir una pizca de admiración y respeto por el trabajo del tío sicario. No sabía por qué, pero eso era lo que sentía.

El ruido de los coches en las calles sin asfaltar y el intenso ir y venir de personas de un lado a otro ya no le molestaban. En Xambioá se había acostumbrado a ese alboroto. Pero estaba ansioso por ver cómo el tío le quitaría la vida a ese infeliz. A las seis de la tarde en punto se oyeron las campanas de la iglesia que había a dos calles de la tienda. Diez o quince minutos después, Aníbal y otro hombre bajaron las dos grandes persianas de aluminio pintadas de rojo para cerrar el establecimiento. Cruzaron la calle y entraron en el bar. Júlio y Cícero caminaron hasta la entrada del local, pero se quedaron afuera. Cícero echó un vistazo rápido al interior.

—Están sentados en la barra tomando una cerveza. No tardarán mucho — dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Júlio.

—Porque hay dos mesas vacías. Si fueran a quedarse mucho rato, se habrían sentado en una de ellas y no en la barra.

Cícero tenía razón. En quince minutos, los dos hombres salieron del bar. Se despidieron y cada uno tomó una dirección. Cícero ya le había pedido a Júlio que se adelantara hacia la casa de Aníbal.

—¿Por qué, tío?

—Cuando se acerque a ti, habla con él —dijo Cícero.

—¿Cómo? ¿Y qué le digo?

—¡No sé, Julão! ¡Lo que sea! Pregúntale lo que quieras para que se pare a hablar contigo.

—Pero, tío...

—Invéntate cualquier cosa. Eres listo. Piensa en algo...

Ya oscurecía en Imperatriz. Sin dejar de vigilar la calle, Júlio pensaba en qué podía decirle a Aníbal para que se detuviera sin asustarse. El tiempo pasaba y no se le ocurría nada. Vio que Aníbal doblaba la esquina y sintió que se le aceleraba el corazón. Un frío extraño le recorrió el cuerpo. El hombre caminaba hacia él y todavía no sabía qué decirle. Poco después, Cícero también dobló la esquina. Iba unos cincuenta metros por detrás de la víctima. Con cada paso que daba Aníbal, Júlio se ponía más nervioso. Faltaba poco para que lo alcanzara, estaban a quince o veinte metros el uno del otro. Entonces Júlio fue al encuentro del hombre y le preguntó, cabizbajo:

—Perdone, ¿sabe dónde puedo comprar una Coca-Cola por aquí?

—¿Qué dices, chico? Habla despacio —dijo Aníbal.

—Quiero comprar una Coca-Cola. ¿Sabe dónde venden?

—¡Ah, sí! Hay un bar justo ahí. Solo tienes que girar a la derecha...

Un estampido seco interrumpió la conversación. Júlio, que seguía cabizbajo, vio el cuerpo de Aníbal desplomarse a sus pies. Asustado, dio un paso atrás. La nuca del hombre que el tío acababa de matar estaba encharcada en sangre. Sintió que se le empañaba la vista. Cícero le tiró del brazo y echaron a correr por la calle. Dos esquinas después, giraron a la izquierda y pararon. Júlio estaba mudo. Cícero se quitó la camisa de cuadros que llevaba puesta y se quedó solo con la camiseta blanca que tenía debajo. También ordenó a Júlio que se quitara la camiseta y la gorra. Se montaron en la bicicleta y volvieron a casa. Cícero pedaleaba tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Júlio no podía dejar de pensar en la imagen del hombre

tendido a sus pies con la cabeza bañada en sangre. El tío demostraba tener una serenidad apabullante. ¿Cómo, después de quitarle la vida a una persona, podía mostrarse tan tranquilo? Tenía demasiada sangre fría. Pero ¿y si lo que tenía era mucho valor? En el portabultos de la bicicleta, agarrándose del sillín con las manos, Júlio veía a la gente caminar por las calles polvorientas. Seguro que toda esa gente normal no sabía lo que significaba matar a nadie. En sus vidas normales y corrientes no había espacio para una tarea tan arriesgada y emocionante. Sintió un orgullo involuntario por haber sido partícipe de aquella intrincada trama. Después de pasarse el día siguiendo a Aníbal, el tío y él habían cumplido con el encargo. Y, lo más importante, sin llamar la atención de nadie. Júlio pensaba en eso cuando Cícero le preguntó qué le había dicho a la víctima para que se parase en mitad de la calle.

—Le he preguntado si sabía dónde me podía comprar una Coca-Cola.

—Muy bien, Julão, ¡Eres más listo de lo que pensaba!

—¿De verdad?

—Por supuesto, chico. Lo de la Coca-Cola ha sido una idea estupenda. Has nacido para este tipo de trabajo. Tienes talento para esto.

A Júlio no le gustó escuchar de su tío que había nacido para ser un sicario. A la vez, sin embargo, la idea de tener un talento especial para algo le resultó agradable. Esa noche se quedó en casa con el tío. Cenaron arroz con huevos fritos y charlaron hasta la una de la madrugada. Júlio, convencido por Cícero, se acostó pensando en la posibilidad de hacerse asesino profesional. Los argumentos del tío le parecían sólidos. Si trabajaba como sicario, podría viajar, conocer diferentes lugares, vivir historias emocionantes y ganar un dinero considerable. Por matar a Aníbal, por ejemplo, Cícero le contó que había cobrado quinientos cruzeiros. En solo un día, el tío había facturado más de la mitad de todo lo que él había conseguido ahorrar en casi tres meses de trabajo en el Araguaia. Puede que dedicarse a matar gente fuese arriesgado, pero el dinero compensaba. Cuando el joven confesó tener miedo a que lo metieran en la cárcel, Cícero le dijo que se trataba de un temor infundado. Por aquellos lares, le aseguró, la policía no se metía con los sicarios. En la hamaca, un poco antes de dormir, Júlio estaba convencido de que se sentía capaz de entrar en el mundo de los asesinos a sueldo. No obstante, al

despertar, había cambiado de opinión.

Saltó de la hamaca y vio al tío en la cocina. Por el ruido y el olor que despedía la sartén, Júlio adivinó que Cícero freía huevos. Se dirigió al cuarto de baño y mientras orinaba se dijo que no quería convertirse en sicario. La posibilidad de hacerse rico —como le había sugerido el tío— era tentadora. Las aventuras que podría vivir gracias a ese tipo de trabajo también le parecían interesantes, pero no quería cargar para siempre con el lastre de haber matado a alguien solo por dinero. Se lavó la cara y se mojó la cabeza con las manos. Se comió dos bocadillos de huevo frito y tomó una taza de café. Estaba callado. Cícero le preguntó qué le pasaba.

—Anoche te fuiste a dormir muy contento, Julão, entusiasmado con nuestro trabajo.

—No sé, tío. Creo que no quiero entrar en ese negocio —dijo.

—¡Julão, deja de decir tonterías! Anoche estuvimos un buen rato hablando y estaba todo decidido.

—Sí, pero no quiero matar personas, tío. Ya he matado a dos y todavía hoy se me hace un nudo en el estómago cuando lo recuerdo.

—Eso es normal, chico. Con el tiempo te acostumbrarás al trabajo y dejarás de sentir nada. Confía en mí.

—No sé, tío. No sé.

Cícero se levantó de la silla de aluminio, se dirigió al salón y llamó a su sobrino, que seguía en la cocina. Se sentaron en el sofá tapizado de negro y rojo e iniciaron una conversación que Júlio jamás olvidaría. El tío le dijo que no había ningún mal en desempeñar ese tipo de trabajo. Que sí, que matar era pecado, pero que, como decía el cura, bastaba con rezar diez avemarías y veinte padrenuestros para que Dios lo personase todo. Cuando se trataba de un asesinato, rezar esas oraciones era suficiente para limpiar el alma. Además, si ellos no se encargaban de ese servicio, la víctima moriría igual.

—¿Por qué, tío?

—Si nosotros rechazamos un trabajo, el mandante contratará a otro para matar a ese desgraciado, Julão. ¡Y hay gente de sobra dispuesta a pegar un

tiro a quien sea para ganar quinientos cruceiros, o incluso más!

—No sé, tío.

—Julão, piénsatelo bien. Todo lo que tengo me lo he ganado trabajando como sicario. Dices que quieres tener una casa como la mía, con radio, nevera, luz, buena comida. Si entras conmigo a trabajar en un servicio de esos, lo tendrás todo enseguida.

—Pero tú también trabajas en la Policía Militar, ¿no?

—Sí, pero en la policía el sueldo no alcanza para nada. Ya sabes que mi canoa a motor, por ejemplo, solo me la he podido comprar gracias a los encargos extras que hago. ¡Imagínate con tu propia canoa a motor para poder viajar arriba y abajo por el río siempre que te dé la gana!

Júlio escuchaba las palabras de Cícero sin quitar la vista de la imagen de Nuestra Señora Aparecida que el tío tenía colgada de un clavo en la pared del salón. Pensaba que a la Virgen no le gustaría que empezase a trabajar con el tío como sicario. Por otro lado, si Dios perdonaba ese tipo de pecados, la cosa ya no era tan grave. Según decía Cícero, todo era muy fácil. Bastaba con aceptar el encargo, recibir el dinero, matar al tipo y rezar las diez avemarías y los veinte padrenuestros. Así que Júlio decidió aceptar la propuesta del tío. Si en un momento dado, por el motivo que fuese, se arrepentía, podría volver a casa de sus padres en Porto Franco y retomar la vida tranquila que había llevado hasta entonces a orillas de río Tocantins.

Esa noche Júlio pasó horas escuchando al tío relatarle todo lo que debía saber sobre el desempeño de un sicario. Conversaron sentados en el suelo de madera con la espalda apoyada en el sofá. La radio a pilas estaba encendida todo el rato, pero Júlio, de tan atento a las palabras del tío, ni oía la música que sonaba. Solo recuerda haber oído por primera vez una canción que marcaría su vida y cuyo estribillo decía: «Te voy a sacar de aquí. Te voy a llevar conmigo». Preguntó quién cantaba. Cícero le dijo que era el mejor cantante de Brasil: Odair José. Pero enseguida retomó el tema que realmente le interesaba. Antes de cualquier otra cosa, Júlio tenía que memorizar una lista que el tío llamaba el código de honor del sicario.

—Son cosas que no puedes hacer nunca, bajo ninguna circunstancia, aunque te ofrezcan mucho dinero —dijo Cícero.

La lista que Júlio consiguió memorizar en menos de una hora señalaba cinco prohibiciones:

- NO MATAR NUNCA A UNA MUJER EMBARAZADA. «A no ser que no sepas que está embarazada», resaltó Cícero.
- NO ROBAR LOS BIENES DE LA VÍCTIMA. «Somos sicarios, no ladrones.»
- NO MATAR A OTROS SICARIOS. «Tenemos que respetar a nuestros colegas de profesión.»
- NO ACEPTAR ENCARGOS A CRÉDITO. «La muerte no espera.»
- NO MATAR A UNA PERSONA MIENTRAS ESTÉ DURMIENDO. «Eso sería una cobardía.»

Cuando Júlio le dijo al tío que ya había memorizado el insólito código de honor, Cícero le dio los consejos que, según él, serían importantísimos para que el sobrino tuviese éxito en este tipo de trabajo. El primero era que intentase ahorrar lo máximo que pudiese para comprarse una moto lo más pronto posible. Decía que la moto era el vehículo perfecto para un pistolero. Era ágil, rápida y económica. Además, el casco lo ayudaría a camuflar la cara en caso de posibles testigos. Él mismo estaba a punto de comprarse la suya. Todavía no lo había hecho porque había invertido los ahorros en la compra de la canoa y el motor de popa. Otro consejo fue que trabajase siempre con la misma arma. Le daría más seguridad y precisión en el tiro. Cícero se levantó la camisa y se sacó de la cintura un revólver calibre 38.

—Es tuya. A partir de ahora trabajarás con esta pistola —le dijo mientras le entregaba el arma.

—Pero, tío, ¡nunca he disparado con una pistola! ¡Solo sé usar la escopeta! —exclamó el chico.

—Por eso te doy el arma ahora. Quiero que todos los días, temprano por la mañana, cojas la pistola y vayas a entrenarte a la selva. Solo te pasaré el primer encargo cuando sepas disparar bien.

—Vale.

—Pero recuerda una cosa.

—¿Qué?

—Tienes que aprender a tirar muy bien con la pistola, te dará seguridad. En este trabajo, pocas veces tendrás que disparar a alguien de lejos. Lo ideal es que mates a la víctima de cerca, como hice yo con Aníbal.

—¿Por qué?

—Porque es muy importante que el tiro sea certero, preferentemente en la cabeza. De lejos se corre el riesgo de no dar en el blanco, de matar a otra persona o de que algo entorpezca el campo de visión. Todo eso lo irás aprendiendo con el tiempo. Estoy seguro de que serás un pistolero excelente. Juntos vamos a ganar mucho dinero.

Cícero tenía, además, otros consejos para su sobrino:

- NO HABLAR MUCHO CON LA VÍCTIMA.
- NO HABLAR CON PERSONAS DEL ENTORNO DE LA VÍCTIMA.
- EVITAR METERSE EN CUALQUIER TIPO DE LÍO, TANTO EN EL TRABAJO COMO EN LA ZONA EN LA QUE SE VIVE. «Es muy importante que nuestro entorno nos reconozca como personas tranquilas. Eso aleja las sospechas», le enseñó el tío.
- NO UTILIZAR NUNCA EL NOMBRE VERDADERO EN LOS ENCARGOS. «Utiliza preferentemente el nombre de alguien conocido. Es más fácil de memorizar y de atender cuando alguien te llama por el nombre falso.»

Júlio se empeñó en memorizar todas las reglas y consejos que el tío le acababa de dar. También se esforzó enseguida por aprender a usar la pistola. En dos semanas se sintió preparado. A la tercera cumplió con su primer encargo como asesino profesional. Cícero metió al sobrino en un autobús y lo envió a Açailândia, una ciudad del estado de Maranhão, a setenta kilómetros de Imperatriz. Tenía que matar a un hombre llamado Caetano que debía dos mil cruzeiros a un comerciante local de quien Júlio nunca supo el nombre, ni quiso saberlo. Se pasó todo el viaje colocándose bien el revólver en la

cintura. Para esconder el bulto del arma, se había vestido con una camiseta holgada y una camisa por encima. También se caló un sombrero de paja para taparse la cara. En Açailândia, un chico delgado, que parecía un poco más joven que él, lo esperaba en la parada del autobús. El muchacho, casi sin mediar palabra, lo condujo a un mercado callejero en el que Caetano vendía frutas y verduras en un tenderete de madera.

—Es ese de allí —dijo el chico, señalando al vendedor, y se marchó.

Júlio estaba solo. Se agazapó detrás de un carro cargado de sandías para vigilar al hombre que tenía que matar. Caetano parecía un buen tipo. De ojos grandes y cara fina, tenía el pelo ralo, oscuro, y medía un metro setenta de altura. Atendía a todos los que se acercaban a su puesto con una amplia sonrisa. Júlio empezaba a sentir pena por su víctima antes incluso de haber apretado el gatillo. Recordó las palabras del tío: «En esta profesión no importa si la víctima ha dado un bofetón a otro o ha violado a la hija de alguien. Lo que importa es que me pagan y cumplo el encargo». Querría tener la misma frialdad. El mismo valor. Además, Cícero le había asegurado que ya le habían pagado el dinero por asesinar a Caetano. No había vuelta de hoja. Estaba tan ansioso que llegó a barruntar la posibilidad de matar al hombre allí mismo, en medio del mercado. Después de disparar al vendedor en la cabeza, echaría a correr y tomaría el primer autobús de vuelta a Imperatriz. Pero enseguida concluyó que actuar así sería demasiado arriesgado.

Así que decidió hacer lo mismo que su tío cuando asesinó a Aníbal. Esperó a que Caetano recogiese y cerrase el puesto de frutas y verduras. Siguió al hombre por las calles polvorientas de Açailândia guardando siempre una distancia de unos treinta metros. Caetano caminaba junto a un amigo. Júlio esperaba que la víctima estuviese sola. Casi se desesperó cuando lo vio despedirse del amigo y entrar en una casa de madera sin pintar y cubierta de lona de plástico negra. No sabía qué hacer. ¿Cómo iba a matar al hombre dentro de su propia casa? Lo mejor sería renunciar al encargo, volver a Imperatriz y acabar con la vida de aquel infeliz otro día. En ese caso tendría que pasar por la misma angustia de nuevo y, además, tragarse el fracaso de su primer servicio. Por tanto, decidió que solo partiría de Açailândia tras haber matado a Caetano.

Empezaba a oscurecer y su víctima seguía dentro de casa. Júlio esperaba al otro lado de la calle, sentado debajo de un guayabo. No había luz eléctrica. La calle estaba muy oscura. Los únicos focos de luz eran los que salían de los quinqués y se escapaban por las ventanas abiertas de algunas casas. El tiempo transcurría y no pasaba nada. Entonces tuvo una idea que creyó sensacional, aunque necesitaría mucho valor y sangre fría para ponerla en práctica. Iría a casa de Caetano y lo llamaría. Cuando el vendedor abriese la puerta, le pegaría el tiro fatal en la cabeza. Después echaría a correr por los matorrales de detrás de la vivienda. No había nadie. Caminó hasta la casa de Caetano. El corazón le latía acelerado. Le sudaban las manos.

—¡Señor Caetano! —gritó, engolando la voz para disimular.

—¿Quién es? —respondió el feriante.

—Tengo un recado para usted. Es muy rápido.

—¡Ya va!

De pie, en la puerta, Júlio se sacó la pistola de la cintura y, tal y como le había dicho el tío, abrió el tambor para comprobar que estaba cargada. Se llevó las manos atrás y esperó a que Caetano abriese la puerta. Solo dispararía una vez. En la cabeza. Júlio oyó que se abría una ventana a la izquierda de la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó Caetano.

Júlio quería acabar rápido y pensó en disparar sin decir nada, pero no pudo. Era como si el cuerpo no obedeciese al cerebro. Estaba paralizado por el nerviosismo. No podía articular bien; de su boca salían las palabras entrecortadas, lentas.

—Me gustaría poner un puesto en el mercado. ¿Sabe qué tengo que hacer? —preguntó Júlio.

—¿Cómo? ¡Antes me has dicho que tenías un recado para mí!

—Solo quiero saber si me puede ayudar —dijo, tartamudeando y acercándose a la ventana.

—No soy más que un vendedor. Si quieres montar un puesto, tendrás que hablarlo con el personal que organiza el mercado.

Júlio sacó la mano derecha de la espalda y apuntó a la cabeza de Caetano con la pistola. El hombre abrió los ojos de par en par y empalideció de golpe.

Tomó aire y movió los labios como si fuese a decir algo. No le dio tiempo. Júlio apretó el gatillo y vio que la bala entraba un poco por encima del ojo izquierdo de Caetano. No esperó siquiera a ver caer al suelo el cuerpo sin vida. Echó a correr matorrales adentro. Mientras corría, rezaba las diez avemarías y los veinte padrenuestros que debían aligerar su alma del peso de la muerte de ese infeliz. Sin embargo, cuanto más corría, más culpable se sentía. Y repetía las oraciones de nuevo. Corrió sin parar hasta que las piernas le empezaron a flaquear de cansancio. Estaba empapado en sudor. Tenía mucha hambre y mucha sed. No había comido nada desde el desayuno. Se tendió en el suelo cubierto de hojas y siguió rezando hasta quedarse dormido. Era el 27 de julio de 1972 y Júlio Santana acababa de cumplir su primer encargo como asesino profesional.

A la mañana siguiente tomó el autobús de vuelta a Imperatriz. Se sentía extrañamente orgulloso por haber cumplido bien el servicio. No todo el mundo tenía el valor de pegarle un tiro en la cabeza a un tipo a un metro de distancia. Una vez en casa, relató todo al tío con detalles que recordaba. Cícero elogió la idea de llamar a la puerta de la casa del feriante. También aprobó la paciencia que Júlio había demostrado al pasarse horas sentado debajo de un guayabo a la espera del momento adecuado para actuar. Y aseguró al sobrino que podía estar tranquilo, que seguro que Dios ya lo había perdonado. Cícero extrajo un paquete de dinero del bolsillo de la camisa y, con una sonrisa de orgullo, se lo entregó a Júlio. El joven contó trescientos cruceiros.

—¡Pensaba que sería más, tío! —exclamó.

—¿Crees que es poco, Julão? Si haces dos trabajos como este al mes, ganarás seiscientos. ¡Es más de la mitad de todo lo que ganaste en tres meses en el Araguaia!

—Lo sé, tío. Pero tú ganaste quinientos por matar a aquel tal Aníbal aquí cerca.

—¿Y qué?

—Pues que creía que, como el encargo que acabo de hacer era en otra ciudad, la cantidad sería mayor.

—Las cosas son así, Julão. Cada servicio tiene un precio diferente. Pero

me gusta saber que estás preocupado por el dinero. Eso es bueno —dijo Cícero, sonriendo.

Esa noche Júlio contó el dinero varias veces antes de acostarse. Ganar trescientos cruceiros por un día de trabajo era algo que jamás había imaginado que fuera posible. Además, la emoción que lo embargó cuando mató a Caetano le gustó. El miedo, la tensión, el nerviosismo, el corazón acelerado, todo junto lo hacía sentirse bien. Quería vivir otras aventuras como esa. Quería ganar más dinero.

6

487 MUERTES REGISTRADAS

No era la primera vez que ese pensamiento pasaba por la mente de Júlio Santana. ¿A cuántas personas había matado en su vida? Jamás se había parado a contarlas. Aquel domingo, el 16 de abril de 2006 se despertó decidido a hacerlo. No le resultaría difícil. Solo tenía que consultar el cuaderno en el que anotaba todos los servicios que cumplía, y que guardaba en una vieja mochila escondida detrás del armario. Como había empezado a registrar las muertes en 1974 —tres años después de cometer el primer homicidio—, Júlio no había incluido en la lista a tres de sus víctimas. El pescador Amarelo, la guerrillera Maria Lúcia Petit y el vendedor Caetano no constaban en el cuaderno. Como solía hacer todos los domingos, Júlio pasó el día en casa, en Porto Franco, Marañón, adonde había vuelto para establecerse en 1984, año en que se casó. Vivía con su mujer y sus dos hijos, un chico de dieciocho años y una niña de doce. El hijo mayor del matrimonio, que habría cumplido los veintiuno en marzo de 2006, murió en un accidente de moto en octubre de 2004 en Imperatriz. Hoy, Júlio sigue pensando que la muerte de su primogénito fue un castigo de Dios por todos los crímenes que él cometió en la vida.

No quería que su familia lo sorprendiera haciendo aquel inusitado recuento. Esperó a que el hijo fuese a jugar a fútbol y que la mujer y la hija salieran de casa para ir al culto matinal de la Iglesia Asamblea de Dios. Una

vez a solas, se dirigió a la habitación de matrimonio y arrastró el armario por el suelo de cemento. La mochila estaba llena de polvo. Volvió la cabeza, contuvo la respiración y sacudió la mochila con las manos. Antes de abrirla quiso asegurarse de que nadie entraría en casa por sorpresa. Fue a la puerta y se asomó. Solo había cuatro o cinco chiquillos jugando a pelota en la calle sin asfaltar. Cerró las dos ventanas y las dos puertas de la casa —una en el frente y la otra en la parte de atrás— y sacó el cuaderno de la mochila. En la cubierta había una ilustración del Pato Donald. En las páginas amarillentas constaban los nombres de todas las personas que había matado desde marzo de 1974, con la fecha y el lugar del crimen, cuánto dinero había cobrado por el servicio y los nombres de los clientes.

Se sentó en el sofá de tres plazas tapizado con tela marrón del salón y enrolló el cuaderno con las manos a modo de tubo. Antes de iniciar el recuento, escudriñó la sala. A la izquierda, otro sofá de dos plazas. Delante, una mesa de centro con superficie de cristal y, más adelante aún, una estantería de madera de cerezo con un televisor de veinte pulgadas, una cadena de música y un DVD cuya última letra acababa de pagar y que había sido el regalo de Navidad para sus hijos. En un rincón del salón había una mesa grande, también de cerezo, con cuatro sillas. Nunca había entendido por qué su esposa se empeñaba en tener, en medio de la mesa, un jarrón de cristal con dos rosas de plástico. En una de las paredes había un póster del dúo Zezé di Camargo y Luciano —del que el hijo era fan— y otro del equipo de fútbol del Flamengo, campeón del mundo en 1981. Sin soltar el cuaderno, se levantó y se dirigió a la cocina. Miró el mueble de cocina azul con cuatro fogones, la nevera blanca y el microondas clavado en la pared que había dejado de funcionar hacía un año. Un filtro de barro compartía el espacio con una pila de platos y cazuelas en la encimera de aluminio. Echó un vistazo rápido al dormitorio de los hijos —que vivían peleándose y querían tener cada uno una habitación propia— y al de matrimonio. Hacía unos dos años que la mujer se quejaba de que los muebles de la habitación de los chicos estaban ya muy viejos.

Volvió al salón y se sentó en el sofá de tres plazas. Seguía con el cuaderno enrollado en la mano derecha. Antes de empezar a leer la lista de personas que había matado, recordó que se había metido en el mundo de los sicarios seducido, sobre todo, por las promesas del tío Cícero: si aceptaba ese tipo de trabajo, se convertiría en un hombre rico. Por lo que acababa de comprobar en su casa, no había llegado a serlo, ni mucho menos. Era verdad que vivía mucho mejor que sus padres y que la mayoría de sus amigos, que nunca contaban con dinero para comprarse bienes como una tele, un DVD o una cadena de música. Además, tenía su propia canoa a motor y un coche, un Fiat azul modelo 147 de 1985 recibido como pago por un servicio. También había podido ahorrar alrededor de cien mil reales, que pensaba gastar en la compra de un trozo de tierra y la construcción de una nueva casa lejos de Marañón, donde podría vivir en paz con su mujer y sus hijos. Sin embargo, a los cincuenta y un años, de los cuales casi treinta y cinco los había pasado trabajando exclusivamente como asesino a sueldo —jamás desempeñó ninguna otra actividad profesional—, creía que todo aquello era escaso para tanto daño y miseria que había causado en la vida. Si hubiese sabido que acabaría así, jamás habría escuchado los consejos del tío.

Estiró las piernas hasta apoyar los tobillos en la mesa de centro y recostó la espalda en el respaldo del sofá. Empezó a hojear el cuaderno, página por página. Nunca se habría imaginado lo difícil que le resultaría comprobar cuántas personas había asesinado. A medida que leía los nombres de sus víctimas, su mente lo transportaba al día y al lugar del crimen. No sabía cómo, pero, en algunos casos, hasta podía recordar detalles mínimos, como por ejemplo la ropa que llevaba puesta la víctima al morir, si hacía frío o calor o lo que había comido antes de cumplir el encargo. A veces incluso las circunstancias del crimen y el escenario de los hechos habían hecho de la experiencia algo inolvidable. Y eso fue lo que Júlio sintió al leer el nombre de João Baiano en el cuaderno. Entre paréntesis, en letras mayúsculas, la descripción física del individuo: negro, fuerte, un metro setenta de estatura, un diente de oro en la parte superior izquierda de la boca. João Baiano fue el primero de los cuatro hombres que Júlio Santana mató en el famoso *garimpo* de Serra Pelada, al sur del estado de Pará.

Desde mediados de 1980, el tío Cícero Santana le hablaba de la enorme cantidad de gente que acudía a Serra Pelada desde varias partes del mundo con la esperanza de encontrar oro y enriquecerse. En aquella época, el reciente descubrimiento de ese yacimiento minero había convertido la región en una especie de Eldorado. Allí vivían unos veinte mil hombres, que excavaban la Serra dos Carajás en busca de pepitas de oro. En poco más de un año —en septiembre de 1981—, ya había casi ochenta mil garimpeiros viviendo y trabajando en Serra Pelada. En muy pocas ciudades de Pará residía tanta gente. Según Cícero, las ganancias y la ambición de todos aquellos hombres propiciaban intrigas que solo se resolvían a balazos.

—¡Es una excelente oportunidad para ganar dinero, Julão! —le dijo el tío mientras conversaban en su casa, en Imperatriz, en marzo de 1981.

—¿En serio? —preguntó Júlio, que ya tenía veintiséis años y aún vivía con el tío, que lo seguía tratando como si fuera un chaval.

—¡Claro, chico! ¡Hasta podríamos cobrar en oro! ¿Te imaginas llegar a casa con los bolsillos llenos de oro?

—¿Así de fácil?

—¿Te acuerdas de que la semana pasada me fui a hacer un servicio?

—Sí.

—Pues viajé a Serra Pelada a cargarme a un tipo que había robado el oro de otro. Allí eso pasa continuamente.

—¿Y cuánto ganaste?

Cícero se levantó del sofá, se dirigió a la habitación y volvió con la mano izquierda cerrada.

—El pago fue este —dijo mientras abría la mano para enseñarle un trocito de oro un poco más grande que un grano de maíz.

—¡Tío, no me creo que te hayas cargado a un pobre desgraciado por esa miseria! —exclamó Júlio sin poder contener la risa.

—¡Déjate de risas, Julão! ¡Aquí hay once gramos de oro! ¿Sabes cuánto vale esto?

—No. Sé que el oro vale mucho, pero esa piedrecita de nada... —

respondió sin dejar de sonreír.

—¡Claro que no lo sabes! ¡Esto vale 9.900 cruzeiros, Julão! ¡9.900! — repitió Cícero con voz firme, y casi rozó la cara del sobrino con el oro.

A Júlio le impresionó saber que aquel minúsculo trozo de oro tenía tanto valor. En la época, el salario mínimo era de 8.460 cruzeiros, y un gramo de oro se vendía en Serra Pelada por novecientos cruzeiros. Dos meses antes había cobrado seis mil cruzeiros por asesinar a un campesino en Esperantina, en Tocantins, por orden de un terrateniente descontento con la invasión de sus tierras por parte de un grupo de labradores. Matar a otro pobre desgraciado y que le pagaran en oro le pareció una idea excelente. Empezó a creer que tener una de aquellas pepitas de oro, por pequeña que fuese, sería un paso importante para cumplir el sueño de hacerse rico. Siguió los consejos de Cícero y aceptó acompañarlo a Serra Pelada. Sin embargo, el viaje al mayor yacimiento a cielo abierto del mundo solo se produjo alrededor de un año después, en febrero de 1982, cuando el tío le comunicó que le acababan de hacer tres encargos para cumplir por allí. Cícero asumiría dos y él, por tener menos experiencia, se ocuparía del tercero. Cobraría cinco mil cruzeiros por el servicio.

De Imperatriz viajaron a Marabá, al sureste del estado de Pará, 170 kilómetros por carreteras, la mayoría sin asfaltar, llenas de baches y hoyos. El tiempo seco hacía que el tráfico de camiones y autobuses atestados de hombres de camino a Eldorado paraense levantase una polvareda fina y rojiza. El polvo irritaba los ojos de Júlio y lo hacía toser sin parar. Durante las casi cuatro horas que duró el trayecto, se fumó medio paquete de cigarrillos Continental. Había adquirido el hábito de fumar con el tío. Recuerda haber odiado el sabor amargo del primer cigarrillo que se puso en la boca a los diecinueve años, pero Cícero le aseguraba que fumar proporcionaba más fuerza y valor a los hombres, así que se esforzó por sentir placer al aspirar humo. Solía decir que el tabaco seguía sin gustarle, pero que, por lo visto, al cigarrillo él le encantaba.

Al llegar a Marabá, Júlio se topó con una ciudad mucho más agitada que la que había visitado tres años antes, cuando fue por primera vez para matar a dos agricultores implicados en unas disputas de tierras con unos terratenientes. (Aún hoy, Pará sigue siendo el estado brasileño con los mayores índices de asesinatos por conflictos agrarios.) Marabá estaba infestada de coches, camiones y autobuses. Por las calles de arena, la gente se trasladaba de un lado a otro con bolsas, mochilas y sacos en los brazos y los hombros. Se oía un griterío enfurecido. Era difícil distinguir una mujer entre la muchedumbre. Casi todos eran hombres procedentes de diferentes partes del país, dispuestos a cualquier cosa para «*bamburrar*», término que emplean los garimpeiros para designar a quienes logran enriquecerse con el oro.

Toda esa multitud había arramblado con los estantes de los mercados y las panaderías. Cícero y Júlio querían comprar vituallas antes de viajar a Serra Pelada, pero no encontraron alubias, macarrones, azúcar, galletas ni aceite. Todo lo que pudieron adquirir fueron cinco kilos de arroz, dos de carne seca, sal, harina, dos latas de dulce de guayaba y un paquete de cigarrillos. Antes de embarcarse en el camión que los trasladaría a la región de las minas, entraron en un bar. Cícero tomó una cerveza y Júlio, una Coca-Cola. A pesar de las objeciones del tío, nada hacía que Júlio cambiase el refresco por un vaso de cerveza.

El recorrido de 170 kilómetros hasta Serra Pelada fue mucho más complicado que el viaje de Imperatriz a Marabá. En el remolque del camión, Cícero y él se comprimían entre unos cuarenta hombres. Todos sentados, viajaban con las piernas encogidas para dar cabida a las mochilas y las bolsas en el centro de la carrocería. Había jóvenes, viejos, rubios, negros. Los acentos se mezclaban. Por las conversaciones que pescaba al vuelo, Júlio se enteró de que algunos de esos aventureros en busca de oro venían de Maraón, Bahía, Mato Grosso o Paraná. Se alegró de que nadie le preguntara nada. No quería decir que iba camino de Serra Pelada con la misión de matar a una persona. Y tenía miedo de mentir haciéndose pasar por garimpeiro y dejar en evidencia que, en realidad, no sabía nada del tema. Para no correr riesgos, fingió quedarse dormido.

Solo abrió los ojos cuando el camión enfiló por un sendero en plena selva y los baches hicieron que el hombre que viajaba a su izquierda le cayese encima. Lo que vio le impresionó. El vehículo pasaba rozando los árboles con los laterales de tan estrecho que era el camino. Bastaba estirar el brazo para tocar los troncos. Cualquier derrape empotraría el camión selva adentro. El conductor, sin embargo, no parecía amedrentarse. Conducía a una velocidad que Júlio consideraba demasiado alta para esas circunstancias. Era la primera vez que sentía miedo a morir en un accidente de tráfico. La agonía duró unos veinte minutos, hasta que el sendero se ensanchó y el camión tomó otro carril de tierra. Aproximadamente una hora después divisó a lo lejos un gentío enloquecedor, un ajetreo inmenso de personas que iban y venían. Jamás había visto, ni en Imperatriz ni en Xambioá, tamaña algazara. Los ochenta mil hombres que vivían en Serra Pelada en esa época ocupaban cada palmo de esa tierra grisácea. El camión se detuvo y todo el mundo bajó apresuradamente dando un salto desde el remolque.

No había ni una sola casa de obra; todas eran de madera y todas estaban cubiertas con lonas de plástico negro o con tablas. Júlio contemplaba, abismado, aquel pandemonio cuando advirtió que la policía daba el alto a todos los hombres que habían viajado con él y que los registraba minuciosamente, llegando incluso a abrirles las mochilas y las bolsas. Nadie entraba en Serra Pelada sin antes pasar por la inspección de la policía. El objetivo del cacheo era impedir la entrada de armas y bebidas alcohólicas en el yacimiento. Júlio pensó en las dos pistolas que el tío y él llevaban, ambas ocultas en la mochila de Cícero dentro de unos calcetines. Un policía se acercó a Júlio y le cacheó las piernas, la barriga, la espalda y los brazos. A continuación, le ordenó que abriese la mochila. Mientras obedecía, miró atrás y vio que otro policía se dirigía al tío. Si descubría los revólveres, seguro que tendrían problemas. La idea de que los detuvieran en aquel fin del mundo lo aterrorizó. Cerró los ojos con fuerza y clamó al cielo, pidiéndole a Dios que

los librarse de aquel castigo. Al abrir los ojos, vio que un hombre muy flaco con la cara repleta de arrugas se acercaba a él y lo saludaba con una sonrisa y un apretón de manos. Era el policía que se había dirigido al tío. En ese mismo instante, el tío se libró del cacheo y no tuvo que abrir la mochila. Júlio creyó que Dios había atendido sus plegarias.

—¡Hola, Armando! ¿Qué tal el viaje? —preguntó el policía de la cara arrugada dirigiéndose a Cícero.

Júlio se percató de que «Armando» era el apodo que el tío usaba en esa zona. Era el nombre de su abuelo, el padre de Cícero.

—¡La misma angustia de siempre! ¡Pero lo importante es que hemos llegado sanos y salvos! —respondió Cícero.

—¿Este es el cabrón del que me hablaste? —preguntó el hombre mientras señalaba a Júlio con la nariz.

—El mismo. ¡El cabrito es bueno!

—¿Y cómo te llamas, chico? —preguntó el policía, que le tendió la mano derecha.

—Jorge. Me llamo Jorge —dijo Júlio a media voz, copiando la idea del tío y tomando prestado el nombre de su padre como seudónimo.

—Encantado. Puedes llamarme Paraíba. Me llamo Daniel, pero todo el mundo me conoce como Paraíba. ¡Vámonos ya, que el jefe os está esperando!

El jefe de Paraíba era un tipo conocido en Serra Pelada como Indio. Júlio se enteró más tarde de que el nombre verdadero de Indio era José Mariano y que el apodo no era casual. Había nacido en una tribu indígena de las selvas de Pará y había sido uno de los primeros en llegar a Serra Pelada en noviembre de 1979. Nadie lo sabía con exactitud, pero por las calles enlodadas del poblado corría el rumor de que, en poco más de dos años de trabajo en las minas, Indio había encontrado doscientos kilos de oro, equivalentes a unos tres millones y medio de dólares de aquella época. De piel cobriza, rostro de trazos firmes, ojos menudos y pelo negro muy liso, Indio lucía un bigote fino y una perilla rala que solo le cubría una pequeña parte de su puntiaguda barbilla. Tenía veintinueve años y vivía en una casucha de madera con el suelo de arena y el techo de plástico, como la de todos los demás garimpeiros del lugar. Júlio jamás habría pensado que un

individuo con ese aspecto y con un barracón de esos por casa tuviese tanto dinero.

Lo que sí sabía todo el mundo era que Indio había invertido parte de su fortuna dorada en vehículos e inmuebles. En un concesionario de Volkswagen en Marabá había comprado cinco coches, que pagó en efectivo. El vendedor que lo atendió propagó por la ciudad que el garimpeiro había sacado todo ese dineral de una bolsa de papel de esas que se usan para guardar el pan. Indio también había adquirido seis casas en Belém y se vanagloriaba de mantener a una mujer en cada una, como él mismo le contó a Júlio durante la comida. Su adquisición más reciente era una furgoneta F1000 plateada, motor diésel, que había comprado dos semanas antes de que Júlio y Cícero aparecieran por Serra Pelada.

Indio tenía tanto dinero que solía viajar a Marabá en avión bimotor al menos tres veces por semana para divertirse con las chicas de la ciudad —en Serra Pelada estaba prohibida la entrada de mujeres—. El vuelo duraba veinte minutos y no salía por menos de cuatro mil cruzeiros. Júlio hizo las cuentas y constató que ese hombre de apariencia humilde se gastaba, como mínimo, doce mil cruzeiros a la semana solo para ir a Marabá. Con tanto dinero, estaba claro que podía pagar más de cinco mil por deshacerse de un adversario. Júlio llegó a comentar con Cícero la idea de hablar con el garimpeiro e intentar convencerlo de aumentar el precio del servicio, pero el tío lo reprendió diciéndole que, una vez que se había cerrado el trato con un cliente, no se podía renegociar la tarifa.

Después de comer en casa de Indio, Paraíba salió con Júlio para enseñarle quién era el hombre al que debía matar. Llegaron a un inmenso cráter de una anchura mucho mayor que dos campos de fútbol y unos cien metros de profundidad. Por ese agujero que parecía no tener fin subían miles de hombres cubiertos por un lodo ceniciento y pegajoso, cargados con sacos de estopa a la espalda. El sube y baja era interminable. Mientras unos subían, otros bajaban. Los garimpeiros parecían hormigas. Era así todo el día. Unos mineros regresaban a la cima del cráter haciendo equilibrios por grandes

rampas de tierra que serpenteaban por la ladera de la montaña. Otros usaban unas escaleras de madera, algunas de un metro y medio de ancho y noventa metros de largo, que llegaban hasta el fondo del pozo. Paraíba le explicó que una de esas escaleras había sido bautizada por los garimpeiros como «Adiós, mamá».

—¡Qué nombre más gracioso! —exclamó Júlio, sonriendo.

—Puede que el nombre te parezca gracioso, pero el motivo de que se llame así es una desgracia —explicó Paraíba.

—¿Por qué?

—La llaman así porque de vez en cuando alguien se cae y entonces, hijo mío, es muerte segura.

—¿En serio?

—Pues claro, chico. Imagínate que uno de esos desgraciados se despeña noventa metros por una mísera escalera de esas. Todos los meses mueren dos o tres.

¡Listo! Júlio ya sabía qué hacer para acabar con el tal João Baiano sin llamar la atención de nadie. Aprovecharía un momento en que el garimpeiro estuviese en la escalera «Adiós, mamá» y le dispararía en la cabeza. En medio del estrépito del *garimpo*, el tiro pasaría desapercibido y todo el mundo pensaría que el motivo de la muerte de João Baiano había sido la caída. No parecía difícil. Cuando descubrieran que el garimpeiro había sido asesinado de un tiro en la cabeza, Júlio ya estaría lejos. El problema que se presentaba era localizar a ese individuo. Paraíba y él estaban delante del cráter desde hacía casi media hora y ni sombra de João Baiano. A Júlio le parecía imposible distinguir a alguien en medio de ese hormiguero humano. Todos parecían iguales, con sacos de estopa sobre los hombros y el cuerpo cubierto de lodo. Alguno que otro llevaba sombrero. Paraíba aseguraba que podía identificar a João Baiano perfectamente.

Dejaron la orilla del barranco y fueron a caminar por el poblado en busca de la víctima. Durante el recorrido, Júlio quiso saber por qué Indio quería matar a João Baiano. Paraíba le explicó que el garimpeiro era uno de los nueve hombres que trabajaba para Indio. A cambio de un sueldo mensual de diez mil cruzeiros —un poco más del salario mínimo de la época—, esos

empleados tenían que entregar al jefe todo el oro que hallasen. João Baiano encontró una piedra de treinta gramos —que podría vender por veintisiete mil cruzeiros—, e intentó engañarlo. No se lo dijo a nadie y se quedó con la piedra. Sin embargo, uno de los trabajadores de Indio se enteró de lo ocurrido y se chivó.

—Pero ¡si eso es muy poco comparado con todo lo que tiene Indio! —exclamó Júlio a Paraíba.

—El problema no es el dinero.

—¿Cuál es?

—El problema es que esas cosas acaban en boca de todos. Nadie dice nada, pero todo el mundo sabe lo que hizo João Baiano. Si Indio no hiciera nada, acabaría siendo burlado y todos los que trabajan para él creerían que pueden robarle el oro sin que les pase nada. Por eso tienes que matar a ese tío. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Ya empezaba a oscurecer y los hombres salían del cráter para darse un baño. En las casas no había agua corriente y todos se lavaban juntos, en grupos de veinte y hasta de treinta hombres, con el agua de un pozo artesiano que salía por unas tuberías. A medida que se lavaban, un lodo espeso se esparcía por el suelo, y la cara y los cuerpos de los garimpeiros iban emergiendo, libres de la capa de inmundicia. Júlio no podía entender cómo esos hombres se veían tan felices. Mientras se aseaban, silbaban, sonreían. Quizá fuera por la esperanza de un día hacer fortuna, como le había sucedido a Indio. Paraíba le preguntó a un tipo que se secaba con su propia camiseta si sabía dónde encontrar a João Baiano.

—Ha salido del barranco más pronto, justo después de comer. Dijo que le dolía la barriga y ya no ha vuelto —respondió el hombre sin dejar de secarse la cabeza.

Júlio y Paraíba regresaron a la barraca de Indio nada más oscurecer sin haber localizado al tal João Baiano. Dadas las circunstancias, se decidió que esa misma noche Júlio tenía que cumplir el encargo. No sabía cómo era el hombre al que debía matar, pero el tío y Paraíba lo convencieron de que no tendría dificultades para identificarlo.

—João Baiano es un negro fuerte, de más o menos un metro setenta de estatura, casi calvo, con un diente de oro en la dentadura superior, en el lado izquierdo —describió Paraíba.

Júlio anotó todos los detalles en su cuaderno y los leyó varias veces para memorizarlos hasta tener delante al cabrón de João Baiano. Paraíba le dijo que podría localizarlo en el bar que había cerca de la Caixa Econômica Federal, donde los garimpeiros vendían el oro.

—Todas las noches Baiano aparece por allí para picar algo y jugar al dominó —le dijo Paraíba.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó Júlio.

—¡Cumple con tu trabajo, chaval! —le interrumpió Cícero con voz grave—. ¿Desde cuándo necesitas que te digan lo que tienes que hacer? ¡Ve allí, averigua quién es ese tío y acaba con ese miserable!

—Está bien —respondió Júlio mirando al tío y extrañado por el hecho de que Indio no hubiese pronunciado ni una sola palabra. Era como si el hombre que lo había contratado no estuviese presente.

En la casucha de Indio cenaron arroz con alubias y carne seca. De un cubo de plástico, el garimpeiro sacó dos botellas de Coca-Cola para los visitantes y confesó que prefería beber cerveza, pero que el mayor Curió —Sebastião Curió de Moura, una especie de alcalde de Serra Pelada, nombrado por el entonces presidente de la República, João Baptista Figueiredo— había prohibido el consumo de bebidas alcohólicas en el poblado. A Júlio le gustó beber su refresco favorito bajo aquel calor infernal. Después de cenar, Paraíba lo llevó hasta el puesto de la Caixa Econômica Federal, situado en una barraca de madera, y le mostró el bar que João Baiano solía visitar. Júlio se sentó en el suelo mientras Paraíba se acercaba a la cantina para ver si Baiano estaba por allí. Todavía no había aparecido, lo que era una buena señal.

—¡Seguro que llega dentro de poco! —dijo Paraíba, y se fue.

Júlio no apartaba la vista del local. En una mesa de madera, cuatro hombres jugaban al dominó sentados en taburetes también de madera, mientras otros acompañaban el juego de pie. El ajetreo del bar era intenso. Júlio temía que João Baiano entrase sin que él lo advirtiera. Llevaba un

sombrero de paja ancho para taparse la cara y dos camisetas, una encima de otra. Cuando lo hubiera matado, se quitaría la de arriba, que era negra, y se quedaría solo con la de abajo, una blanca de rayas azules. Mientras esperaba la llegada de la víctima, pensaba en cómo haría el servicio. Disparar a un hombre en medio de tanta gente sería una estupidez. Tendría que convencer a João Baiano de que lo acompañara a un lugar solitario. Por lo que había visto en Serra Pelada, un sitio adecuado era el cráter del que los garimpeiros extraían el oro, a unos doscientos metros de las casas más próximas. Por la noche, el barranco del cráter permanecía completamente desierto. Allí podría pegarle un tiro, arrojar el cuerpo por el agujero y desaparecer en la oscuridad.

Estaba harto de esperar, así que decidió entrar en el bar. Se aseguró de llevar la pistola bien sujeta a la cintura y caminó hasta el establecimiento. Entró y pidió una Coca-Cola. Dio un trago largo directamente de la botella y dijo que estaba buscando a João Baiano.

—¡Tío, aquí debe haber unos diez João Baiano! ¡Conozco al menos a tres! —dijo el hombre que le vendió el refresco.

—El hombre que busco es un negro fuerte, un poco más bajo que yo, con la cabeza rapada y un diente de oro —dijo Júlio, calándose bien el sombrero para taparse la cara.

—Sé quién es ese, pero todavía no ha aparecido. ¿Alguien ha visto hoy al negro Baiano por ahí? —preguntó el vendedor a gritos, sin que nadie respondiese afirmativamente.

Decidido a encontrar al garimpeiro, Júlio salió del bar y empezó a preguntar por João Baiano a todos los que pasaban por la calle, hasta que dio con un hombre de pelo blanco que no solo le dijo que lo conocía, sino que también le mostró dónde estaba.

—Es ese de ahí, ¿lo ves? —dijo el anciano mientras señalaba a un negro fuerte y casi calvo que caminaba de espaldas a ellos.

—¿Dónde? —preguntó Júlio.

—Allí. Es ese que lleva la gorra roja y la camisa verde. ¿Lo ves?

—Sí, señor. Muchas gracias —respondió Júlio, y echó a correr detrás de la víctima.

Corría sujetándose el sombrero con la mano izquierda y la culata de la

pistola, sujeta al pantalón, con la derecha. A unos diez metros de João Baiano paró de correr y empezó a caminar tranquilamente. Se acercó al hombre controlando la respiración.

—¡Hola, compañero! ¿Eres João Baiano? —le preguntó con una sonrisa en la cara.

—Sí, ¿por qué?

—Me quiero poner un diente de oro y me han dicho que tú sabes quién me lo puede hacer.

—¡Eso está chupado, tío! ¡En Marabá hay un montón de dentistas que te lo ponen en un santiamén!

—Tú llevas uno, ¿no?

—¡Uno no, llevo tres! —dijo Baiano abriendo la boca para enseñarle los dientes dorados. Dos estaban en la arcada inferior, uno a cada lado. El tercero era el colmillo derecho de la dentadura superior.

El diente de oro era la prueba de que Júlio había encontrado al hombre adecuado. Recordaba perfectamente que Paraíba le había dicho que el diente de oro de João estaba en la dentadura superior, a la derecha. Ahora se trataba solo de matar al garimpeiro. Para eso, y antes de nada, tenía que apartar a Baiano de todo aquel tumulto de personas que circulaban de un lado a otro. Le dijo que acababa de llegar a Serra Pelada y le pidió que lo acompañase a conocer el poblado. Baiano le dijo que se había pasado el día de viaje y que se iba a casa a descansar. Júlio insistió y le pidió que, al menos, lo llevase a ver el agujero del que se extraía el oro.

—¡Con lo cansado que estoy, me caeré de sueño antes de llegar al sitio! —exclamó João Baiano a carcajadas.

—¡Vamos, por favor, solo quiero ver el cráter! Después volvemos rápido —insistió Júlio.

—Lo siento, chico. Si quieres, te llevo allí mañana, de día, ahora me voy directamente a mi casa.

—Entonces indícame al menos cómo se llega al barranco y ya voy yo solo.

—Bueno, te acompaño un poco y te dejo cerca.

Mientras caminaban, Júlio y Baiano hablaban de la rutina de Serra

Pelada. Lo mejor, dijo el garimpeiro, era el cine. Todas las noches, alrededor de las ocho, se pasaban películas porno en una pantalla instalada en plena calle. Con la prohibición de la entrada a mujeres en el *garimpo*, a las sesiones de cine asistían unos tres mil hombres aproximadamente. Júlio sintió curiosidad por una de esas películas. Hacía ya dos meses que no se acostaba con una mujer. El cine le vendría bien. En la esquina de una calle poco concurrida y sin iluminación, Baiano agarró a Júlio del brazo izquierdo y le dijo:

—Solo tienes que seguir un poco más hacia delante y girar en la segunda calle a la derecha. Sigue hasta el final y allí verás el agujero del *garimpo*.

Júlio se sacó el arma de la cintura y, por debajo de la camiseta, colocó el cañón de la pistola en la barriga de Baiano.

—¡Si abres la boca te mato aquí mismo!

—¿Qué haces, chico?

—¡Calla la boca y llévame al barranco!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Baiano con voz temblorosa.

—Si me llevas allí, prometo que no te pasará nada. Pero no abras el pico. ¡Si vuelvo a oír tu voz, te lleno la barriga de balas!

Caminaron unos quinientos o seiscientos metros lado a lado hasta el borde del cráter. Júlio oía lloriquear a Baiano con un llanto sofocado. Por primera vez, observó con atención la cara del hombre que estaba a punto de asesinar. Era mucho más joven de lo que había imaginado. Tenía la cara aún imberbe, sin marcas, la nariz ancha y los ojos grandes. Le preguntó la edad. João Baiano dijo que acababa de cumplir diecinueve años. Era jovencísimo, pero Júlio estaba determinado a no sentir pena. Había matado a personas más jóvenes aún. En 1978 disparó a un chiquillo de trece años —su víctima más joven— por orden de un terrateniente de Paragominas, en Pará, que quería obligar a un matrimonio de trabajadores esclavos a volver a la hacienda de la que había huido. El muchacho era hijo de esa pareja. En caso de que el matrimonio no regresase al régimen de esclavitud, el terrateniente los había amenazado con matar a sus tres hijos. La misma frialdad con la que actuó en el momento de disparar a la cabeza de aquel chiquillo de trece años mientras jugaba al fútbol en la calle, tuvo Júlio para acabar con la vida de Baiano.

Pidió al garimpeiro que diera dos pasos al frente en dirección al barranco.

—¡Por favor, no me mates! ¡No he hecho nada! —repitió Baiano dos, tres veces, con la voz embargada por el llanto.

—¡Estate quieto, cabrón! ¡No voy a matarte! —le dijo, mientras se quitaba la camiseta negra y se quedaba con la que llevaba debajo, blanca de rayas azules.

Ordenó a Baiano que caminase hasta el borde del cráter mientras le apuntaba con la pistola en la cabeza, a una distancia de más o menos un palmo. Apretó el gatillo. El tiro resonó en el agujero como si fuese una bomba. Júlio vio el cuerpo del garimpeiro despeñarse barranco abajo y echó a correr en la oscuridad. Se metió la camiseta por dentro de los pantalones y lanzó lejos el sombrero. Solo se detuvo cuando sintió que los músculos de las piernas empezaban a flaquear de cansancio. Creía haber recorrido unos dos kilómetros. Estaba empapado en sudor en medio de la nada. A un lado, la selva cerrada. Al otro, las pocas luces que iluminaban la noche calurosa de Serra Pelada —el poblado disponía de electricidad alimentada por motores diésel—. Se sentó en el suelo lleno de barro y esperó a sentirse más descansado.

Regresó al poblado caminando, como si no hubiese ocurrido nada, aunque estaba nervioso y el corazón le latía acelerado. Temía que alguien lo hubiese visto echar a correr en el momento en que disparó a João Baiano. Por culpa de las peleas por el oro, en Serra Pelada había más policía que en muchas ciudades de la región. Júlio tenía mucho miedo de que lo encarcelaran. Todavía se puso más nervioso cuando, al llegar al poblado, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba la casa de Indio, donde tenía que acudir tras concluir el servicio. No quería preguntar a nadie dónde vivía el hombre que lo había contratado para no levantar sospechas. Pasó quince o veinte minutos deambulando, perdido, por las calles sin pavimentar del poblado. Caminaba cabizbajo por miedo a que alguien lo reconociese. No advirtió ningún movimiento fuera de lo habitual. Aparentemente, el crimen aún no se había descubierto. Pasó por delante de la Caixa Econômica Federal. Ya sabía dónde estaba. Encontrar el camino de vuelta a casa de Indio desde ahí sería fácil.

Cuando llegó, encontró al tío Cícero, Paraíba e Indio charlando animadamente fuera de la barraca, cada uno sentado en un taburete con un cigarrillo en la boca.

—¡Eh! ¡Nuestro hombre ya ha aparecido! —exclamó Cícero sonriendo.

—Así que, chico, ¿ya has hecho el servicio? —preguntó Paraíba.

—Sí. Ya he mandado a ese cabrón al infierno —dijo Júlio, esforzándose por demostrar alegría.

—Así se hace —afirmó Cícero y se levantó para estrechar al sobrino en un abrazo.

Indio, que permanecía callado, cogió el taburete que había cerca de la puerta y lo lanzó a los pies de Júlio, que tuvo que dar un salto hacia atrás para que no le alcanzara. Le ordenó que se sentase y que contase cómo había matado a João Baiano. Mientras satisfacía la sed con una Coca-Cola, Júlio relató el episodio con todo lujo de detalles, jactándose de su destreza al llevar a la víctima hasta la orilla del cráter del *garimpo*.

—¿Y el cuerpo de Baiano está en el agujero? —preguntó Indio.

—Sí. Después de disparar, vi cómo el cuerpo de ese infeliz se despeñaba barranco abajo y eché a correr como un loco —respondió Júlio.

Indio se levantó y empezó a andar de un lado a otro en línea recta, pasándose las manos nerviosamente por el pelo liso y negro. Nadie se atrevía a decirle nada. Júlio quería preguntarle cuál era el problema, pero prefirió callarse. El garimpeiro se alejó unos tres metros de espaldas a Cícero, Júlio y Paraíba. Se cruzó de brazos y, mirando la vegetación que tenía enfrente, ordenó con voz serena:

—Tenéis que ir al barranco a sacar de allí el cuerpo de ese hombre.

—¿Ahora mismo? —preguntó Paraíba.

—No, dentro de un mes. ¡Pues claro que ahora, idiota! —exclamó Indio a gritos sin volver la vista atrás.

—¿Por qué? —preguntó Júlio.

Indio se volvió y, con una mirada que asustó a Júlio, aseguró que si el cadáver de Baiano se quedaba allí, en el fondo del cráter, tendría problemas.

Al día siguiente encontrarían el cuerpo con el balazo en la cabeza y seguro que el mayor Curió encargaría a la policía la investigación del asesinato. No creía que una posible investigación llegara a ninguna conclusión, pero aun así Indio no quería correr el riesgo de que su nombre se vinculase con el asesinato.

—Por eso tenéis que ir ahora mismo a sacar el cuerpo de ese hombre del barranco y abandonarlo en un lugar lejano y aislado —ordenó.

—¿Y cómo lo vamos a hacer, jefe? —preguntó Paraíba.

—Coged la furgoneta y meted al muerto dentro. Después vais al río y tiráis allí a ese miserable —dijo Indio a la vez que se sacaba del bolsillo de las bermudas la llave de su furgoneta F1000 y se las entregaba a Paraíba.

Cícero seguía sentado, sin pronunciar palabra. A Júlio no le gustó comprobar la actitud del tío, que ni siquiera se había ofrecido a ayudarlo en el rescate del cadáver. Cinco minutos después, él y Paraíba aparcaban la furgoneta al borde del cráter. Bajaron por el barranco con cuidado, iluminados solo por la luz de una linterna que llevaba Paraíba. Era la primera vez que Júlio ponía los pies allí, en el corazón del mayor yacimiento a cielo abierto del mundo. Caminaban en zigzag. El agujero parecía no tener fin. A unos diez metros del fondo, Paraíba identificó un bulto en el suelo cenagoso. Era el cuerpo de João Baiano. El cadáver estaba boca abajo. Tenía la cara desfigurada y una fractura expuesta en el antebrazo derecho como consecuencia de la caída. La cabeza estaba empapada de un rojo oscuro que se derramaba por el lodo.

Paraíba agarró el cuerpo de las manos y Júlio, de los pies. No habían subido ni veinte metros y el hueso del brazo de Baiano se volvió a partir. El ruido hizo que Júlio soltase el cuerpo con angustia. Sentía un asco atroz. Entrecerró los ojos, apretó la boca y cerró las manos con fuerza. Siguieron subiendo; esta vez Paraíba asía al difunto de las axilas y sostenía la linterna con los dientes. El calor era intenso. El cansancio también. Júlio notaba que el sudor se le escurría por la frente, pero no quería pasarse la mano sucia de lodo y del cuerpo frío de Baiano por la cara. A cinco metros de la cima del cráter, Paraíba se detuvo para ver si había alguien en las cercanías. Todo estaba tranquilo. Apresuraron el paso y echaron el cuerpo en la furgoneta.

Tomaron un camino en medio de la selva hasta llegar a orillas del río Parauapebas, en un recorrido que duró unos treinta o cuarenta minutos. Se quitaron la ropa y se metieron al río con el cuerpo de Baiano. Cuando el agua tibia les llegaba a la cintura, lanzaron el cadáver y lo arrastró la corriente. Ya que estaban allí, aprovecharon para darse un baño y descansar un poco. De vuelta en casa de Indio, lo encontraron tumbado en una hamaca. Cícero había salido a matar a una de sus víctimas.

—Tu tío volverá mañana. Tú puedes dormir aquí o en casa de Paraíba —dijo Indio.

—Creo que me voy con Paraíba —afirmó Júlio.

A la mañana siguiente se despertó con el ruido de las patadas que Indio propinaba en la puerta de madera de la cabaña de Paraíba. El hombre parecía trastornado, estaba como poseído, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Cuando Júlio se incorporó de la hamaca de un salto, Paraíba ya estaba en la puerta ante el jefe, con las manos cruzadas a la espalda y mirando al suelo. Júlio se acercó a ellos.

—¿Qué mierda habéis hecho? —preguntó Indio apretando los dientes.

—¡No lo sé! ¡Eso es imposible! —respondió Paraíba sin levantar la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —interrumpió Júlio.

—¡Que has matado al hombre equivocado, idiota! ¡Eso es lo que ha pasado! ¡Solo eso! —dijo Indio, negando con la cabeza a modo de reprobación.

—¡No puede ser!

—¡Ya lo creo que sí! ¡João Baiano está en el barranco trabajando, vivito y coleando!

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Júlio.

—¡No me lo ha dicho nadie, lo he visto yo con mis propios ojos! —exclamó Indio a voz en grito, con los puños cerrados y clavando la mirada en los ojos de Júlio. Y prosiguió gritando—: ¡Eres un sicario de mierda! ¡Eso es lo que eres!

Júlio nunca se había sentido tan humillado. Hacía ocho años que trabajaba como asesino profesional y jamás había tenido problemas. Que lo

tildaran de «sicario de mierda» era la peor ofensa que le habían proferido en la vida. Tenía que digerir esas palabras. Indio nunca diría que João Baiano estaba vivo si no estuviera convencido. Se llevó la mano derecha a la boca sin saber qué decir. Por primera vez, hizo un movimiento que lo acompañaría el resto de su vida como un tic nervioso. Unió los dedos pulgar e índice de la mano derecha en la parte de arriba de la nariz, entre los ojos, como si se peinase las cejas, y se apartó lentamente. Repitió el movimiento incontables veces mientras pensaba en cómo resolver la situación. Una cosa era cierta: tenía que matar a João Baiano, al verdadero. Le prometió a Indio que no pasaría de ese día y le dijo que cumpliría con el encargo sin cobrar nada.

—Me has pagado para matar a João Baiano y eso es lo que voy a hacer — dijo Júlio.

—Es lo mínimo que puedes hacer, pero intenta no matar a otro desgraciado por descuido —respondió Indio.

Júlio pidió a Paraíba que lo acompañase al barranco para enseñarle quién era el hombre al que debía matar. De camino al cráter, pensó en lo ocurrido la noche anterior. Había matado a un pobre infeliz que no tenía nada que ver con el oro robado a Indio. ¿Quién sería entonces aquel chico? ¿Tendría mujer e hijos? Probablemente no. Era muy joven para eso; acababa de cumplir diecinueve años. Júlio nunca había pasado por una situación semejante. Matar a alguien por equivocación era algo terrible. La gente que lo contrataba siempre tenía un motivo para desear la muerte de sus víctimas, pero el chico que él había matado no había hecho mal a nadie. Al menos, que él supiese. No podía conformarse. Todavía no entendía cómo había podido meter la pata. Descubrió el error mientras conversaba con Paraíba. El João Baiano a quien debía matar tenía un diente de oro en el lado izquierdo de la dentadura superior. El diente de oro del João Baiano que él había asesinado estaba a la derecha. Por lo demás, la descripción física de ambos era exactamente la misma: negro, fuerte, casi calvo y de aproximadamente un metro setenta de estatura. En ese mismo instante, reconoció su error. Había matado a una persona por equivocación, por una simple falta de atención. Una enorme tristeza le embargaba el corazón. Estaba rabioso consigo mismo. ¿Cómo había podido cometer un error tan absurdo? Indio estaba cargado de razón al

llamarlo «sicario de mierda». Estaba decidido a emplear toda su ira para acabar enseguida con la vida de João Baiano.

Paraíba señaló a un hombre en medio del cráter que subía por una escalera de madera con un saco a la espalda y dijo: «Es aquel». El cuerpo de Baiano estaba cubierto de un lodo grisáceo. Hasta la cara estaba manchada. Júlio no quería repetir el error. Esperó a que Baiano llegara a la punta de arriba del agujero y se acercó. Con la excusa de que estaba buscando trabajo, entabló una conversación con el garimpeiro. La charla fue corta. Baiano solo le respondió que no sabía quién podía darle trabajo y siguió caminando. Fue suficiente para que Júlio memorizase la fisonomía de la víctima. Reconocería esa cara en cualquier sitio. Compró cuatro bocadillos de queso y dos botellas de Coca-Cola y se pasó el resto del día en el borde del cráter. No perdía de vista a João Baiano, que trabajaba a destajo, sin apercibirse de que lo observaban. Cuando acabó, se aseó en una de las tuberías instaladas en mitad de la calle y se marchó a casa. Júlio lo seguía a unos cuarenta metros de distancia. Comprobó dónde vivía y regresó a casa de Paraíba. La noche empezaba a caer. La puerta estaba abierta, pero no había nadie. Se tendió en la hamaca e intentó descansar. Solo entonces se dio cuenta de que no había pedido perdón a Dios por haber matado al João Baiano equivocado. En la misma hamaca rezó las diez avemarías y los veinte padrenuestros, convencido de que así podría dormirse. Se despertó dos horas después, cuando Paraíba sacudió la red.

—¡El jefe quiere saber si ya te has cargado a ese cabrón!

—Todavía no —respondió Júlio sin levantarse de la hamaca, y volvió a cerrar los ojos.

—¿Y qué tranquilidad es esa, chaval? ¿Cómo es que te quedas durmiendo sin haber hecho el trabajo?

—Paraíba, ya está todo controlado. Dile a tu jefe que voy a cumplir con lo que le he prometido. De hoy, ese João no pasa. Solo necesito que me consigas un machete bien afilado.

—La verdad es que sí; es mejor que mates a ese desgraciado a cuchillo —

dijo Paraíba al adivinar las intenciones de Júlio.

—¿Por qué?

—Porque en Serra Pelada está prohibido entrar con armas. Si João Baiano aparece muerto de un disparo, la policía montará un escándalo para descubrir cómo ha pasado. La muerte por arma blanca es más común.

—¿Y cómo es que mi tío ha podido entrar con dos revólveres, si está prohibido?

—Yo lo planeé todo con el jefe de los guardias que cachean en la entrada. Cuando llegasteis, le di un dinerillo y tu tío entró sin que lo registraran.

—Ahora lo entiendo —dijo Júlio, y volvió a dormirse tras decir que le dolía la cabeza. Antes, sin embargo, le pidió a Paraíba que lo despertase a la una de la madrugada.

Se levantó bien dispuesto. Se mojó la cabeza en un cubo de agua que había en la parte trasera de la casa, se puso dos camisetas —una negra encima de otra blanca— y tomó prestada la gorra de Paraíba. Se llenó la mano de un puñado de harina de maíz con huevo que vio en una cazuela y echó a andar hacia una noche más de trabajo. Estaba tan seguro de lo que iba a hacer que ni se llevó la pistola. Solo cogió el enorme machete, del tamaño de su antebrazo, que sujetó en una tira de la cinturilla de sus pantalones vaqueros de la marca US Top. El cuchillo era tan grande que le dificultaba el paso. Caminaba como si cojeara de la pierna derecha. Las calles del poblado estaban desiertas. Mejor así. No tendría que preocuparse de que nadie lo viera. Lo que más le molestaba en ese momento era tener que llevar puestas dos camisetas con el calor insoportable que hacía.

Al llegar a la casa de João Baiano, Júlio no pudo creer lo que vio. ¡No podía ser tan fácil! El garimpeiro dormía afuera en una hamaca. Júlio simuló estar paseando y pasó de largo. Anduvo unos cincuenta metros más y luego volvió, mapeando la calle con la mirada. No había un alma por allí cerca. Se detuvo a medio metro de Baiano. El hombre roncaba como un cerdo. Dormía con la boca abierta, boca arriba y con los brazos cruzados en el pecho. Júlio se fijó bien en la cara; no quería correr el riesgo de matar a otro infeliz por error. No había duda. Ese tipo era el mismo que Paraíba le había señalado en la mina. Solo para asegurarse, quería ver el diente de oro en el lado izquierdo

de la dentadura superior del garimpeiro. Se agachó, apoyando las manos en las rodillas, e inclinó el cuerpo sobre la hamaca. Solo le faltó meter la cara en la boca de Baiano. Allí estaba el diente dorado. A la izquierda. Sacó el machete de la cintura. Estaba listo para rajarse el cuello de la víctima cuando se acordó de una de las reglas que había aprendido con el tío: no matar jamás a una persona que estuviera durmiendo.

No sabía qué hacer. ¿Tenía que despertar al hombre solo para matarlo? Le parecía ridículo. Ciertamente, Baiano intentaría reaccionar. Quizás hasta gritase y llamase la atención de los habitantes de las barracas de alrededor. Se quitó la camiseta negra y la cogió con la mano izquierda. Pasó una de las piernas por encima de la hamaca, de manera que el cuerpo del garimpeiro quedó entre sus piernas. Con un solo movimiento, se sentó en el pecho de Baiano y le introdujo la camisa en la boca para que no pudiese gritar. El hombre se despertó aterrorizado y abrió los ojos de par en par. Forcejeaba en un intento por levantarse, pero no podía. Solo se quedó quieto cuando Júlio le clavó el machete en el cuello y le ordenó que no se moviera.

—¡Por tu culpa he matado a un pobre desgraciado! —le dijo.

João Baiano solo acertaba a mascullar y negar con la cabeza, como implorando que no lo matara.

—¡Por tu culpa me han llamado sicario de mierda! —exclamó Júlio, y sesgó el cuello del garimpeiro con el machete.

La sangre que brotaba le salpicó el pecho y empapó sus manos. La hemorragia no paraba. Si hubiese sabido que sería así, le habría clavado el machete en la barriga, como hizo con Amarelo, el primer hombre al que mató en su vida. Júlio descolgó la hamaca de los ganchos en los que estaba sujeta y enrolló el cadáver en ella. Intentando no hacer ruido, entró el cuerpo en la casa. Dejó al difunto apoyado contra la pared, a la izquierda según se entraba por la puerta. Echó el pestillo y saltó por la ventana, asegurándose de cerrarla antes de largarse. Se sentía extrañamente feliz. Orgulloso. Nadie volvería a llamarlo sicario de mierda nunca más. Estaba tan satisfecho con lo que acababa de hacer que ni se acordó de rezar para pedir perdón. Al día siguiente, el tío y él regresaron a Imperatriz. El cuerpo de João Baiano fue encontrado tres días después del asesinato —como Cícero le contó a Júlio—

por el mal olor que salía de su barraca. Como no había evidencias de la autoría del crimen, el garimpeiro fue enterrado como si se hubiera suicidado.

Al recordar aquel episodio, sentado en el sofá de su casa, Júlio Santana se dio cuenta de que el nombre de João Baiano representaba no una, sino dos muertes en su cuaderno de notas profesionales. Una información importante para el recuento que estaba haciendo. Cada página que pasaba le traía a la memoria otros crímenes que había cometido. Entre las víctimas había hombres, mujeres y niños, a quienes había quitado la vida por dinero. Los menores eran minoría. Solo había matado a cuatro muchachos de menos de dieciséis años. Las víctimas mujeres sumaban 59. La mayoría de ellas asesinadas por encargo de sus maridos, por creer que los habían engañado con otros. Cuando terminó el recuento de los homicidios que había perpetrado, se percató de que había asesinado a 424 hombres. Cargaba un lastre de 487 muertes a sus espaldas. Y eso sin incluir a las tres personas que había matado antes de 1974, cuando empezó a anotar sus trabajos en el cuaderno.

Volvió a echar un vistazo a toda la casa y se preguntó si había valido la pena matar a tanta gente. Ya no vivía en una comunidad a la orilla del río, como en la infancia. Ahora su casa estaba en el centro urbano de Porto Franco. La ciudad se parecía muy poco a aquella en la que había crecido y vivido hasta los dieciocho años. A principios de 1970, Porto Franco tenía aproximadamente mil quinientos habitantes. En abril de 2006 ya eran dieciocho mil. La mayor parte de las calles seguían sin pavimentar, pero las principales ya estaban asfaltadas. Era verdad que vivía en condiciones mucho mejores que cuando era pequeño, pero no se había enriquecido, como pensaba que le sucedería cuando decidió hacerse asesino profesional. Mientras pensaba, hojeaba el cuaderno. En una de las páginas vio una gran «X» en la esquina superior derecha. Sabía exactamente lo que representaba esa marca. Era la señal de la ruptura entre él y el tío Cícero. Aquella «X»

simbolizaba el final de una amistad que siempre había pensado que sería eterna. Y todo por culpa del maldito dinero.

A la izquierda de la «X» podía leerse:

- MATAR A NATIVO DA NATIVIDADE (PRESIDENTE DEL SINDICATO DE LOS TRABAJADORES RURALES).
- EN CARMO DO RIO VERDE, GOIÁS.
- CONTRATANTE: ALCALDE ROBERTO PASCOAL.
- VIAJAR EL DÍA 22 DE OCTUBRE.
- CONTACTO EN LA CIUDAD, GENÉSIO.
- PAGO: DOS MILLONES DE CRUCEIROS.

Era el año 1985. Júlio se había casado un año antes y había dejado de vivir en casa de Cícero, en Imperatriz, para instalarse en Porto Franco con su mujer. No obstante, la amistad entre tío y sobrino era sólida. Además de su relación familiar, seguían trabajando juntos. Júlio recibía los encargos a través de Cícero. El tío era una especie de intermediario entre los contratantes de los crímenes y él. Raramente pasaba un mes sin que tuviera que asesinar a nadie. En algunas ocasiones participaba en el asesinato de varias personas a la vez, como cuando tuvo que matar a seis campesinos en la ciudad de Pimenta Bueno, en el estado de Rondonia, en junio de 1987.

La mujer de Júlio odiaba a Cícero. Acusaba al tío de ser el culpable de que el sobrino se ganara la vida como sicario. Júlio siempre la rebatía y le decía que se dedicaba a esa profesión por voluntad propia. Que quería ganar dinero y vivir grandes aventuras. El tío solo lo había ayudado a cumplir sus deseos. Siempre se enzarzaban en la misma discusión cuando aparecía Cícero para encargarle algún servicio. Y eso fue lo que ocurrió aquel miércoles 16 de octubre de 1985. Como siempre que iban a hablar de trabajo, Júlio y el tío caminaron unos dos kilómetros hasta orillas del río Tocantins. En una conversación que no duró más de diez minutos, Cícero le pasó el encargo al sobrino. Tenía que matar a Nativo da Natividade, presidente del Sindicato de los Trabajadores Rurales de Carmo do Rio Verde, en el interior del estado de

Goiás. El contratante del crimen era el alcalde de la ciudad, Roberto Pascoal, molesto por la notoriedad política que Nativo había adquirido en la región y, sobre todo, por los rumores de que el sindicalista sería candidato a la alcaldía en las elecciones municipales de 1988. Cuando contactó con Cícero, Roberto Pascoal le dijo que quería eliminar a Nativo antes de que ganase aún más fuerza y proyección.

Ya estaba todo organizado. Júlio viajaría en avión de Imperatriz a Brasilia en la mañana del 22 de octubre, un martes. En el aeropuerto de la capital federal, un hombre llamado Genésio lo estaría esperando y lo llevaría en coche hasta Carmo do Rio Verde, a unos doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Una vez allí, dispondría de todo el tiempo que creyese necesario para acabar con la vida de Nativo da Natividade. Por el trabajo recibiría dos millones de cruzeiros —un poco más de tres salarios mínimos de la época, que era de seiscientos mil cruzeiros—. A Júlio le pareció poco. Quería más dinero, pero el tío le dijo que había intentado negociar con el alcalde y que aquello era lo máximo que había conseguido.

—Además, ganar dos millones por uno o dos días de trabajo no está nada mal. Hay mucha gente que trabaja el mes entero y ni siquiera gana eso —le dijo Cícero, repitiendo la frase que siempre utilizaba cuando el sobrino se quejaba de la cantidad que cobraba por algún servicio.

El viaje de Imperatriz a Brasilia fue mucho más tranquilo de lo que Júlio esperaba. Era la primera vez que viajaba en avión. Al ver la selva amazónica desde arriba, el miedo y el nerviosismo que había sentido durante el despegue quedaron sustituidos por una enorme fascinación. El río Tocantins que serpenteaba por la selva y aquella cantidad de vegetación eran lo más bonito que había visto en la vida. Desde lo alto, las casas de Imperatriz parecían de juguete. Pegó la cara a la ventanilla del avión y recordó su infancia feliz y tranquila. Un tiempo en el que no tenía más ocupaciones que nadar en las aguas lodosas del Tocantins, pasear por la selva y cazar para alimentar a la familia. ¡Aquello sí que era vida y no la suya de sicario! Pero ya había cumplido treinta y un años y no sabía hacer otra cosa.

Al desembarcar en Brasilia vio a un hombre, de aproximadamente un metro setenta de altura y pelo canoso con una hoja de papel y el nombre

«Jorge» escrito en bolígrafo. Ese era el nombre que había adoptado en Serra Pelada, el nombre de su padre como seudónimo. Se presentó a ese hombre, quien le confirmó ser el tal Genésio del que Cícero le había hablado. Entraron en el coche de Genésio, un Belina rojo, y se dirigieron a Carmo do Rio Verde. El trayecto duró seis horas, incluyendo una parada para comer en un restaurante al borde de la carretera. Genésio era un hombre de pocas palabras. Las escasas veces que habló fue para decir que le parecía una exageración que el alcalde pagara a un sicario de Marañón para matar a Nativo.

—¡Yo mismo podría hacer ese servicio! —afirmó Genésio durante la comida.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Júlio.

—El alcalde dice que es más seguro que venga alguien de fuera para no levantar sospechas.

—Creo que tiene razón.

—Es posible, aunque a mí me habría gustado quedarme con el dinero que tú vas a ganar por cargarte a Nativo.

—Pero ¡si yo todavía no he cobrado!

—¿Cómo que no? ¡El alcalde me ha dicho que te pagó por adelantado!

—Sí, sí que ha pagado, pero a la persona que trabaja conmigo. Yo recibiré el dinero cuando regrese a Imperatriz.

Llegaron a Carmo do Rio Verde alrededor de las cinco de la tarde y fueron directamente a casa de Genésio, pues quería descansar del viaje. Júlio comentó que no tenía tiempo que perder y que le gustaría saber dónde vivía Nativo y dónde estaba el Sindicato de los Trabajadores Rurales. Genésio le dijo que no tenía que preocuparse, que ya estaba todo previsto. Media hora después, un Volkswagen Fusca azul estacionó delante de la casa. Al volante iba un chico negro y delgado que se presentó a Júlio como Pelé. Se dirigieron al sindicato y vieron el Fusca beige de Nativo aparcado en la calle de arena. La casa del sindicalista estaba a unos dos kilómetros de allí. Hablando con Pelé, Júlio se enteró de que Nativo tenía treinta y tres años, estaba casado y era padre de dos hijos pequeños. Era un tipo tranquilo que solo salía de casa para ir al sindicato o a alguna reunión de agricultores. Con esa información, Júlio concluyó que la mejor ocasión para matar al sindicalista sería durante su

retorno del trabajo a casa. Asesinaría a Nativo justo en el momento en que parase el coche enfrente de su domicilio. Y quería hacerlo esa misma noche.

Pelé y él regresaron a casa de Genésio, que le contó que el viaje de vuelta ya estaba preparado. Después de matar a Nativo, Júlio volvería a Brasilia en una ambulancia del Ayuntamiento y embarcaría en el primer autobús que saliera hacia Imperatriz. Antes de que preguntase, Genésio añadió que su vuelta estaba prevista en autobús por decisión del propio alcalde, que quería ahorrar. Cuando Genésio lo invitó a cenar, Júlio rechazó la invitación con el argumento de que quería estar frente a la casa de Nativo antes de que este volviera del trabajo. Pelé lo dejó allí y se marchó. Júlio esperaba sentado en el suelo, a unos cincuenta metros de la casa de la víctima. Eran casi las siete de la tarde cuando el coche del sindicalista asomó por la esquina. Júlio se caló bien el sombrero de paja para taparse la cara y se puso de pie. Caminaba lentamente por el lado opuesto de la calle en dirección a casa de Nativo. Se sacó el revólver de la cintura en el mismo instante en que el coche se detuvo. Estaba a unos veinte metros del hombre, pero quería acercarse más para acertar con un tiro en la cabeza. El sindicalista parecía tranquilo. No sospechaba que estaba a punto de morir.

Nativo caminaba despacio hacia la puerta de su casa. Desde el otro lado de la calle, a unos diez metros de distancia, Júlio lo tenía en el punto de mira de su pistola. Estaba listo para apretar el gatillo cuando vio a una niña de unos cinco o seis años abrir la puerta de la casa y echar a correr, sonriendo, hacia el padre. No tendría valor para matar a un hombre ante los ojos de su hija. Inmediatamente, apuntó con el arma al suelo. El sindicalista se agachó y tomó a la chiquilla en brazos. Júlio los vio darse un beso poco antes de entrar en casa. Decidido como estaba a matar a Nativo esa misma noche, pasó más de una hora enfrente de la casa del sindicalista con la esperanza de que volviera a salir, pero nada. Júlio volvió caminando a casa de Genésio y le contó lo sucedido.

—De mañana no pasa que me cargue a ese cabrón como sea. ¿Qué te apuestas? —le aseguró.

Júlio pasó aquel miércoles, día 23 de octubre de 1985, sentado en el Fusca azul al lado de Pelé, detrás de Nativo da Natividade. A las ocho y

media de la mañana, el hombre salió de casa y fue directo a la sede del Sindicato de los Trabajadores Rurales de Carmo do Rio Verde, de donde no salió ni siquiera para comer. Nativo volvió a casa hacia las seis y veinte de la tarde. Júlio no lo mató en ese momento porque había un grupo de niños jugando al fútbol en la calle. No quería testigos del crimen. Pelé paró el coche en la esquina. La idea de Júlio era esperar a que los niños acabasen de jugar y llamar a la puerta de Nativo. En cuanto apareciese, se llevaría un tiro en la cabeza. El juego terminó enseguida, pero los niños seguían en la calle, sentados justo delante de la casa del sindicalista. Cumplir ese encargo estaba resultando más complicado de lo que Júlio esperaba. Con los dedos pulgar e índice de la mano derecha, empezó a peinarse las cejas y a pensar hasta cuándo tendría que esperar para que aquel chiquillerío se fuera.

Pelé abrió un paquete de galletas que habían comprado para engañar el hambre. Antes de que Júlio se llevase la primera galleta a la boca, Nativo salió de casa con una bolsa y entró en el coche. Persiguieron el Fusca del sindicalista a unos cien metros de distancia y sin encender las luces. Cinco minutos después, el coche paró enfrente del sindicato. La calle estaba desierta. Ese era el momento. Júlio se caló el sombrero de paja, sacó la pistola de la cintura, salió del coche de Pelé y echó a correr. En la carrera, se le cayó el sombrero.

«¡Da igual! ¡Será sin sombrero!», pensó.

Llegó a la puerta del coche de Nativo antes de que este saliese. Apuntó con el arma en la cabeza del sindicalista. El hombre reaccionó y agarró el brazo derecho de Júlio con las dos manos. En el forcejeo, este apretó el gatillo cuatro veces —en la inspección del cadáver encontraron tres perforaciones en el tórax y una en el cuello—. Solo dejó de disparar cuando se aseguró de que Nativo estaba realmente muerto. (En 1996, once años después del episodio, el alcalde Roberto Pascoal fue juzgado como instigador del crimen, pero fue absuelto.) Júlio miró a los lados y no vio a nadie en la calle. Pelé ya estaba con el Fusca parado a su lado. Antes de entrar al coche, todavía le dio tiempo a recoger el sombrero del suelo. Pelé estaba aterrorizado.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

—¿Qué dices, tío? ¿Es que no sabías que iba a matar a ese cabrón? —respondió Júlio.

—¡Sí que lo sabía, pero nunca había visto algo así delante de mis narices!

—Pues todo tiene una primera vez en la vida... —dijo Júlio, y ordenó a Pelé que volviera a casa de Genésio.

Quince minutos después, la ambulancia del Ayuntamiento llegó para llevar a Júlio a Brasilia. En la despedida, Genésio le dijo algo que lo apartaría para siempre del tío Cícero.

—¡Ve con Dios, tío! Has hecho un trabajo excelente.

—Gracias, Genésio.

—Creo que ahora sí que estoy de acuerdo con el alcalde. Te mereces los seis millones de cruzeiros que has ganado por el servicio.

—¿Cómo que seis millones? —preguntó Júlio, sonriendo y seguro de que Genésio bromeaba.

—¿Acaso no es eso lo que vas a cobrar?

—¡Ya me gustaría a mí! ¡Solo voy a ganar dos millones!

—¿Qué dices, tío? ¿Pretendes engañarme? Yo mismo lo he organizado todo para el alcalde y te aseguro que ha pagado seis millones por la muerte de Nativo.

—¿Estás seguro, Genésio?

—¡Pues claro, hombre! ¡A lo mejor hay alguien que está ganando dinero fácil a tu costa!

—Puede que sí.

—¡Entra rápido en la ambulancia, antes de que encuentren el cuerpo de ese miserable y empiece a haber movimiento por aquí!

La idea de que su tío lo estuviera engañando trastornó tanto a Júlio que durante todo el trayecto de Carmo do Rio Verde a Brasilia se sintió mareado. No quería creerlo. Si Cícero había actuado así en el caso de Nativo, seguro que habría hecho lo mismo con todos los encargos que le pasaba. Llegaba a entender que el tío se mereciera ganar un dinero extra con los asesinatos que le pasaba, puesto que trataba directamente con los contratantes. Pero debería hacerlo de forma abierta, en confianza, sin mentiras. Además, no tenía ningún sentido que él corriera el riesgo, cargara con el peso de tantas muertes a su

espalda y Cícero se quedara con la mayor parte del dinero. Y si fuese mitad y mitad, también le parecería injusto. Lo peor de todo era que lo que Genésio le acababa de confirmar era verdad. ¡Él iba a cobrar dos millones de cruzeiros mientras que el tío se quedaría con cuatro! Aún se sintió más agraviado al recordar que le había comentado al tío que cobrar esa cantidad por matar al presidente de un sindicato de agricultores le parecía poco —en la lista de precios de los sicarios, asesinar a un sindicalista influyente es uno de los servicios más caros—. Sin embargo, Cícero le había dicho que ese era el trato y que no había más que hablar. Tenía que aclarar esa situación con el tío lo antes posible.

Llegó a Imperatriz veinticuatro horas después de haber salido de Brasilia. Ese viernes por la mañana fue directo de la estación de autobuses a casa del tío. Lo encontró tumbado en el sofá viendo la tele.

—¿Hoy no has ido al cuartel, tío? —preguntó.

—No, estoy de vacaciones.

—¡Siempre estás de vacaciones!

—Pero ¿qué dices? ¡Cómo te atreves! —dijo Cícero sin levantarse del sofá.

—¡Siempre pensé que eras mi amigo!

—¿Qué dices, Julão?

—Que creía que eras mi amigo, que podía confiar en ti.

Cícero se sentó y le preguntó qué le había pasado. Júlio le dijo que ya sabía que le mentía para quedarse con la mayor parte del dinero de los servicios que él hacía. Cícero lo negó todo. Le dijo que lo quería como a un hijo y no como a un sobrino y que jamás le engañaría, y mucho menos por dinero. Aun así, Júlio estaba convencido de que todo era mentira.

—Sería mejor para ti que al menos me contases la verdad y me pidieses disculpas.

—¡No me hables así! —exclamó Cícero, como si lo reprendiera.

—¡Una mierda! ¡No vales nada, tío! ¡No vales nada!

—Julão...

—¡Así que es verdad! ¡Tú me metiste en esta desgraciada vida de sicario y encima me estás engañando y te quedas con el dinero de mi trabajo!

—¡Lo mejor es que te largues de aquí antes de que haga una tontería! —exclamó Cícero, ya de pie, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a matarme? ¡Quiero ver si tienes valor! —dijo Júlio con el pecho pegado al de su tío, que era diez centímetros más bajo.

—¡Tienes suerte de que no lleve la pistola encima!

—¡Pues yo sí! —respondió Júlio mientras se sacaba el arma de la cintura y pegaba el cañón de la pistola en la cara de Cícero.

Nunca había visto esa expresión de pavor en la cara del tío. Cícero estaba pálido y temblaba como un flan. Por primera vez en la vida, le entraron ganas de matar a alguien sin cobrar dinero alguno. Sentía un odio amargo en el corazón. Apretaba los dientes y respiraba aceleradamente. Se dio cuenta de que estaba llorando cuando notó que las lágrimas se le escurrían por la boca. No quería admitirlo, pero estaba muy triste. Deseaba que nada de eso le hubiese pasado. Si el tío no le hubiese mentado tan descaradamente, todo habría sido diferente.

—¡Baja el arma, Julão! —exclamó Cícero, con tono tranquilo, casi cariñoso.

—Puedes estar tranquilo, tío. No voy a matarte, pero te mereces un balazo en esa cara de sinvergüenza.

—¡Baja el arma, hijo mío!

—No soy tu hijo. ¡Dios me libre de ser tan miserable! Y no te mato aquí mismo porque eres el hermano de mi padre, que en paz descansa —el señor Jorge había muerto en 1983, a los cincuenta y cinco años.

Júlio bajó la pistola, dio media vuelta y salió por la puerta. Mantenía los dientes apretados y solo respiraba por la nariz.

—¿Te has parado a pensar que todo lo que tienes me lo debes a mí? ¡Si no fuera por mí, no tendrías nada, Julão! ¡No serías nadie! —le gritó Cícero desde dentro de casa.

Júlio detestó tener que oír esas palabras. Sin dejar de llorar, regresó con pasos apresurados a casa del tío. Guardó el arma en la cintura y le dio un empujón con ambas manos en el pecho para sentarlo en el sofá.

—¡Una gran vida de mierda es la que me has proporcionado! Soy un asesino, tío. Me gano la vida matando gente. ¿Y tienes el valor de decirme que eso es bueno? —le gritó.

Cícero seguía callado, con la misma expresión de pavor que Júlio había leído en su rostro un poco antes.

—Ahora ya entiendo por qué hay gente que mata a otros por odio. Lo que ahora mismo me apetece a mí es acabar con tu vida. Y no lo voy a hacer por mi padre, pero métete una cosa en la cabeza —le dijo Júlio pasando el dedo por la cara del tío—: si vuelves a personarte ante mí alguna vez, te mato. ¿Me has entendido? Sea el día que sea, la hora que sea o el lugar que sea. ¡Ese día acabaré contigo!

Desorientado, echó a correr por las calles de arena de Imperatriz. Lloraba de odio y tristeza. También sentía un cierto arrepentimiento por no haber matado a Cícero. Había asesinado a mucha gente que ni siquiera conocía y que probablemente no mereciese morir. Pero, por primera vez en la vida, quiso matar a alguien por voluntad propia. Debería haberlo hecho. Pero no quiso ensombrecer el alma de su padre. Solo volvió a ver al tío ocho años después, en 1993, en su entierro. Júlio acudió al cementerio en consideración a la amistad que habían mantenido mientras él era un niño. Cícero murió a los cincuenta y tres años de cáncer de pulmón por culpa del tabaco. Al funeral solo asistieron las dos mujeres del difunto, sus cinco hijos y media docena de amigos. Júlio solo conocía a uno. Era el cabo Santos, de la Policía Militar, que vivía y trabajaba en Imperatriz.

A Júlio le extrañó que ningún compañero más de la policía fuera al entierro del tío. Hablando con el cabo Santos, se enteró de que Cícero nunca había formado parte del cuerpo de policía. El cuento de que era policía militar había sido una mentira más que el tío utilizaba para camuflar su profesión como sicario. El cabo Santos le había vendido el uniforme con el que aparecía vestido cuando quería guardar las apariencias. En ese momento, Júlio comprendió por qué nunca había visto trabajar a Cícero. Al ver al tío en el ataúd, mucho más delgado que la última vez que había estado con él, sintió compasión. Así y todo, jamás podría perdonarlo. Se marchó antes de que el ataúd se cubriera de tierra. Todavía arranca a llorar cuando recuerda la

discusión con Cícero que le hizo romper definitivamente los lazos con él. Le habría gustado que nada de eso hubiese sucedido. Lo daría todo por poder descansar en su casa sin que lo asaltaran los recuerdos.

Interrumpió sus pensamientos la llegada de su mujer y su hija, que volvían de la iglesia. Estaba tumbado en el sofá con las manos cruzadas sobre el cuaderno abierto en el pecho, en la página marcada con la «X». Fingió dormir. La hija se acercó, le dio un beso en la cara e intentó quitarle el cuaderno. Él agarró las manos de la niña y abrió los ojos. Los dos se sonrieron. Sin embargo, la mujer notó algo raro en él. Le dijo que tenía los ojos rojos y le preguntó si había llorado. Como no podía mentir a su esposa, le sonrió con timidez, se levantó y se encerró en la habitación. Guardó el cuaderno en la vieja mochila y la escondió detrás del armario. Decidió que jamás volvería a poner las manos en ese trasto. A partir de ese domingo, 16 de abril de 2006, anotaría sus encargos en un trozo de papel, pero el cuaderno no lo tocaría más. Las 487 muertes allí anotadas eran suficientes.

EL DESCANSO DEL PISTOLERO

La alarma del teléfono móvil de Júlio Santana sonó a las dos de la madrugada en punto. La esposa se despertó asustada. ¿Qué demonios pretendía hacer a esas horas? Se había acostumbrado a levantarse en plena noche cuando el marido salía de casa para matar a alguien. Ahora, sin embargo, sabía que eso ya no era viable. Era agosto de 2006 y hacía dos meses que Júlio le había prometido que no cometería ningún homicidio más en la vida. Estaba segura de que su marido no mentía. A ella no. La esposa era la única persona que sabía cómo Júlio se ganaba la vida. A los hijos y a los pocos vecinos con los que mantenía algún contacto les había dicho que era policía militar. Con Cícero había aprendido a servirse del uniforme que él mismo le había regalado para disfrazar su verdadera actividad profesional. Esa madrugada no saldría a matar a nadie. La alarma del móvil a las dos de la mañana tenía otro objetivo.

A los cincuenta y dos años, Júlio se sentía exhausto y harto de esa vida, de matar a una persona aquí y a otra allí. Además, ya no tenía agilidad, y su fuerza y su vista ya no eran las mismas. Con la edad, trabajar como sicario le resultaba cada vez más difícil. Había decidido jubilarse y cambiar de ciudad y de estado. Para no llamar la atención de la vecindad, se mudaría de Porto Franco, su ciudad natal en Marañón, en plena madrugada. La mujer y los

hijos sabían que la mudanza sería ese sábado. Lo que no se imaginaban era que tendrían de despertarse a las dos de la mañana para subir al camión de un amigo de Júlio. En contra de la voluntad de la esposa, que se resistía a dejar nada en la casa, la familia solo se llevaría unas bolsas con ropa, la tele de veinte pulgadas, el aparato de música y el DVD. Todos los muebles se quedarían en la vivienda, que Júlio había vendido al amigo camionero por quince mil reales a abonar en diez pagos de mil quinientos. A otro conocido le vendió el coche —un Fiat 147— y la canoa a motor por ocho mil reales pagados al contado.

Antes de entregar la canoa al nuevo dueño, hizo algo que alivió ligeramente el peso de su corazón. La mañana anterior al día de la mudanza, cogió la mochila en la que guardaba el cuaderno con el registro de sus encargos, subió a la canoa y navegó durante una media hora hasta llegar a una zona totalmente aislada del río Tocantins. Llevaba consigo el revólver 38 con el que había asesinado a casi quinientas personas. Se sacó el arma de la cintura y la guardó en la mochila, donde, aparte del revólver y del cuaderno con las muertes, no había más que dos piedras del tamaño de un coco que había metido también un poco antes de subir a la embarcación. En mitad del río cerró los ojos y dio las gracias a Dios por apartarlo de esa vida. Arrojó la mochila al Tocantins y esperó hasta verla desaparecer en las aguas lodosas. Sabía que en ese punto del río la profundidad no era inferior a diez metros. La pistola y el cuaderno jamás volverían a atormentarlo. Se sentía más ligero. Puede que incluso un poco feliz. No veía la hora de volver a casa y explicar a su esposa lo que acababa de hacer. Seguro que se sentiría orgullosa de su gesto.

La influencia de la esposa fue fundamental para que Júlio tomara la decisión de mudarse de Porto Franco e instalarse en otro estado. Desde el día en que el marido le confesó que era un asesino a sueldo, en febrero de 1985 —once meses después de casarse—, no paró de pedirle que pusiera fin a aquella vida de perro. Sin embargo, Júlio siempre argumentaba que no sabía hacer nada más y que con ese maldito trabajo mantenía la casa y a los niños. Todo lo que

tenía en la vida lo había conseguido matando a gente allá donde lo mandasen.

El viaje más largo que hizo por trabajo tuvo lugar en 1989, cuando se trasladó a Paraná para matar al hermano de un empresario. El crimen lo había encargado el mismo empresario, pues quería quedarse con la herencia que le correspondía al hermano pequeño. A partir de ahora, ese tipo de historias quedarían para siempre arrinconadas en el pasado. Por fin podría vivir en paz con su esposa y sus hijos, a quienes comunicó que se había jubilado como policía y que iba a llevar a la familia a un lugar mucho mejor que Porto Franco.

—¿Allí hay cines, papá? —preguntó el hijo, de dieciocho años.

—En la ciudad en la que vamos a vivir no, pero muy cerca hay una ciudad más grande con cines, centros comerciales y todas esas cosas que os gustan —respondió Júlio mientras colocaba la tele de veinte pulgadas en el camión.

Durante el viaje de Porto Franco a Palmas, capital de Tocantins, Júlio se sentó junto a la ventanilla, con su esposa a la izquierda. Los hijos iban detrás y sin parar de hablar, tan grande era su excitación por salir por primera vez en la vida de la ciudad en la que habían nacido. A esas horas de la madrugada, las calles de Porto Franco estaban completamente desiertas. Al salir de casa, Júlio le pidió al conductor que se acercase al paseo que bordeaba el río Tocantins. Quería ver por última vez el paisaje que siempre había formado parte de su vida, tanto en los momentos malos como en las horas buenas. En esas aguas lodosas había matado hacía exactamente treinta y cinco años a su primera víctima, el pescador Amarelo, en agosto de 1971. También fue junto al río Tocantins donde a los dieciocho años tuvo su primera experiencia sexual con Ritinha, en marzo de 1972. En aquel río había jugado con sus hermanos Pedro y Paulo, que ahora vivían en São Luís, la capital de Maranhão, y con quienes hablaba de vez en cuando por teléfono. A orillas del río Tocantins había crecido viendo a su madre, doña Marina —que con setenta y tres años vivía con Paulo en São Luís—, lavar la ropa y desollar y trocear los animales que servirían de alimento a la familia.

Esa madrugada, la luna llena iluminaba la selva y cubría el río de un tono azulado. Su voluntad habría sido vivir para siempre en Porto Franco, pero sabía que, si no se marchaba de la ciudad, no podría dejar de trabajar como sicario. En la Nochevieja de 2004 prometió a su esposa que daría fin a su vida como asesino, pero las incesantes propuestas de trabajo se lo impedían. En marzo de 2005 llegó a rechazar dos encargos, pero no pudo resistirse al ofrecimiento de los tres mil reales que le propuso un terrateniente de la ciudad de Dom Eliseu, en Pará, que quería librarse del yerno porque maltrataba a su hija. Conocido por su discreción y eficiencia, Júlio no pasaba un mes sin recibir al menos una llamada de alguien interesado en sus servicios. No podría jubilarse si seguía en Porto Franco. Y tampoco habría podido seguir como sicario y salvar su matrimonio.

El día en que cumplió cincuenta y un años —el 23 de junio de 2005—, su esposa le dijo, sollozando, que no iba a seguir un año más casada con un asesino. O dejaba esa vida o ya podía olvidarse de ella y de los hijos. Por más que la presión que ejercía su esposa lo incomodase, sabía que tenía razón. Lo que no admitía era que le dijese que, si no paraba de matar gente, iría al infierno. Desde que empezó a frecuentar la Iglesia de la Asamblea de Dios, la mujer le decía que la costumbre de rezar diez avemarías y veinte padrenuestros que aún practicaba tras cometer cada homicidio no le serviría de nada, pues Dios solo lo perdonaría si se arrepentía de verdad. Una de esas conversaciones se produjo una madrugada calurosa de julio de 2005 cuando el matrimonio estaba en la cama.

—Pero ¡si yo me arrepiento! —le confesó Júlio.

—¡Si te arrepintieses de verdad, no lo volverías a hacer! Además, uno de los diez mandamientos de la Biblia dice: «No matarás» —le respondió ella.

—Lo sé perfectamente.

—Lo sabes, pero no lo respetas.

—Es mi trabajo, mujer. ¿Qué quieres que haga?

—¡Que pongas fin a ese trabajo miserable y empieces una vida nueva! Te estoy avisando. Si sigues con esa vida, me largo y me llevo a los chicos —le prometió la mujer con la voz embargada por el llanto, pero con una firmeza que aumentaba la admiración que Júlio sentía por ella.

La única persona a la que respetaba más que a su esposa era su madre. Pensaba que su mujer siempre tenía razón, aunque lo contrariara, o sobre todo en esos casos. En veintidós años de matrimonio, nunca le había levantado la voz y, cuando ella le echaba alguna bronca, él se callaba, cabizbajo, y se limitaba a escuchar. Solía decir que ella era su puerto seguro. Podía provocar cualquier desgracia en la calle, pero sabía que, al llegar a casa, la encontraría esperándolo, siempre dispuesta a tranquilizarlo por más incómoda que se sintiese con el trabajo del marido. No sabría vivir sin ella; era la madre de sus hijos y su fiel compañera. Se merecía que la llevase a otra ciudad donde pudiesen vivir en paz con su prole. En el camión, Júlio miró a la esposa, que parecía aliviada, tranquila. Recordó todos los momentos de angustia que ella había pasado por culpa de su trabajo. Tantas noches en vela, preocupada por si no regresaba vivo a casa. Ese primer trayecto del viaje, de Porto Franco a Palmas, no era más que el inicio de un recorrido que cambiaría para siempre la vida de la familia. Júlio acomodó el brazo izquierdo sobre los hombros de la esposa y recordó la primera vez que la había visto.

Era noviembre de 1983 y Júlio había sido contratado por un prestamista de Teresina, en el estado de Piauí, para matar a un empleado de banca que le debía dinero. Por el crimen recibiría 550.000 cruzeiros, poco menos de diez salarios mínimos de la época, que era de unos 57.000. Al llegar a la capital de Piauí, un empleado del prestamista lo esperaba en la estación de autobuses. En un Chevrolet Caravan marrón, el hombre, que se presentó como Sérgio, lo llevó hasta el banco en el que trabajaba la víctima. El nombre del tipo al que debía matar era Adilson.

—¡El jefe le prestó un millón y medio a ese hijo de puta y aún no se los ha devuelto! Los intereses de la deuda van creciendo, y el desgraciado va y le dice que, si es así, no podrá pagarle nunca —le contó Sérgio mientras esperaban que Adilson saliera del banco.

—¡Lo tiene difícil! —dijo Júlio, sin prestarle mucha atención.

—Difícil es poco. Yo mismo he ido a cobrar la pasta unas tres o cuatro veces, pero Adilson siempre se las apaña para poner una excusa y no pagar.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que no tiene dinero, que tiene que pagar el alquiler de la casa, las facturas, la escuela de los hijos... Y con esa letanía lleva ya cinco meses.

—¿Y no es mejor que tu jefe le obligue a pagar la deuda que mandar matarlo? Si muere, tu jefe nunca recibirá el dinero de vuelta.

—No lo entiendes. El jefe sabe perfectamente que Adilson no va a poder pagarle la deuda jamás. Como vive de prestar dinero a la gente, tiene de demostrar lo que le puede pasar a quien le pida dinero y no le pague. Si deja que Adilson siga por ahí sin más, todo el mundo que le ha pedido dinero prestado pensará que puede no devolverlo sin sufrir consecuencias.

—Ya lo entiendo. Solo tienes que decirme quién es y hoy mismo me lo cargo —le garantizó Júlio.

A las dos y diez de la tarde de aquel viernes caluroso, Adilson salió del banco. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul de manga larga metida por dentro de los pantalones. Era delgado, debía de medir más o menos un metro sesenta y cinco de altura y aparentaba entre treinta y cinco y cuarenta años. Era de piel morena y pelo negro y crespo. No tenía barba ni bigote. Adilson caminó desde la puerta del banco unos cien metros y se detuvo en una parada de autobús. Se apeó cinco paradas después, delante de un supermercado. Júlio salió del coche de Sérgio y lo siguió hasta su casa a una distancia de treinta metros. Sérgio le había dicho que no hacía falta que siguiera al hombre.

—¡Yo ya sé dónde vive Adilson, Jorge! —le dijo, llamándolo por el seudónimo que Júlio utilizaba cuando trabajaba.

—Ya sé que lo sabes, pero yo quiero ver dónde es.

—¿Para qué, hombre de Dios?

—Pues para saber cómo es su casa, si es una calle concurrida... Todas esas cosas.

—¡Ah, vale!

—Espérame aquí.

Quince minutos después, Júlio estaba de vuelta. La calle de Adilson era tranquila, sin asfaltar y escasamente iluminada. Solo había dos farolas, una en cada extremo de la vía. La idea de Júlio era matar a la víctima igual que había hecho tantas veces. Llamaría a la puerta de la casa y, cuando el banquero

apareciese, le dispararía en la cabeza. Para poder huir del lugar del crimen con premura, le dijo a Sérgio que necesitaría una moto.

—Yo tengo una, pero no te la puedo prestar —dijo Sérgio.

—¿Por qué? ¿No funciona?

—Sí, pero es que siempre voy con ella por la ciudad. Si cuando vayas a matar a Adilson alguien toma nota de la matrícula, quien se las cargará seré yo.

—¡No pasa nada, Sérgio! ¡Le quitaré la matrícula! ¡No te imaginas la de veces que lo he hecho!

—¿En serio?

—Pues claro. Confía en mí. Todo va a salir bien.

Después de cenar ñame con pollo en casa de Sérgio, Júlio cogió la moto y salió a trabajar un sábado por la noche más. Llegó a casa de Adilson poco después de las ocho. En la calle no había un alma. Dejó la moto encendida y, sin quitarse el casco, propinó tres patadas a la puerta. Sujetaba el revólver con la mano derecha, a la espalda. Al oír que se abría la puerta, se preparó para matar a otro infeliz. Dispararía solo una vez. En la cabeza. Le atendió un niño de unos diez años de pelo crespo y grandes ojos muy negros. El chiquillo le dijo que el padre acababa de irse.

—Si se da un poco de prisa, a lo mejor todavía lo alcanza —le dijo el niño.

Júlio le acarició la cabeza y volvió a la moto. Tener que privar a esa criatura de crecer al lado de su padre lo hizo sentirse fatal. Entonces empezó a pensar en si Adilson tendría más hijos, si querría a su mujer, si tendría hermanos. Por esas y otras razones siempre evitaba conocer a los parientes y los amigos de sus víctimas. Todo le resultaba mucho más fácil cuando la persona a la que debía matar no pasaba de un nombre y una cara. Y así se enfrentaría a Adilson: un nombre más que tacharía en su lista. No le interesaba saber si el banquero era un buen padre o un buen marido. Estaba allí para matarlo. Eso era lo que iba a hacer. Fue en busca del hombre y lo encontró sentado en el bordillo de la acera, en la parada del autobús. No lo mató allí mismo porque, antes de acercarse a él, Adilson entró en el autobús que acababa de parar.

Júlio persiguió el autobús en la moto hasta que el banquero bajó. Ejecutarlo allí mismo era inviable; la calle estaba concurrida y la víctima caminaba por la acera entre otras personas. No le quitó la vista de encima hasta que lo vio entrar en un bar. Esperó exactamente diez minutos y él también entró en el establecimiento con el casco bajo el brazo. Sentía la culata de la pistola rozándole el ombligo. Antes de sentarse, escudriñó el local con la misma mirada atenta que ponía en sus cacerías por la selva amazónica. El bar no tenía más de diez mesas, todas de madera con sillas también de madera, dispuestas en un salón de suelo de cemento liso. Entrando a la derecha estaba la barra, de unos cuatro metros de largo, donde había una caja registradora, una vitrina con buñuelos y empanadillas y varios vasos con culos de cerveza. Enfrente de la caja había una gramola donde los clientes, después de comprar una ficha, podían elegir la canción que querían escuchar. Detrás de la barra había dos personas. Un anciano gordo y canoso, sin afeitarse y con unos ojos que parecían exprimidos por unas enormes ojeras, y una chica de apariencia triste pero muy guapa. Júlio jamás habría podido imaginar que esa joven de cabello liso y negro se convertiría en su esposa y la madre de sus hijos.

Se acercó a ella abriéndose paso entre dos hombres sentados en unos taburetes cerca de la barra y le pidió una Coca-Cola y un vaso con hielo. De cerca la joven era todavía más guapa. Llevaba un vestido estampado, el pelo suelto y nada de maquillaje. Tenía un rostro bien definido, cuadrado, y una boca grande de labios finos. Sus ojos claros sobresalían en su piel lisa y morena. La nariz, de tan delicada, parecía dibujada a mano. Quiso preguntarle el nombre, pero no se atrevió. Además, no estaba allí para conocer a una mujer; tenía un encargo que cumplir. Volvió a escudriñar el ambiente y comprobó que Adilson seguía sentado, solo, ante una mesa en una esquina del bar. Tomaba un vaso de cerveza tras otro. En veinte minutos el banquero ya se había bebido dos botellas. Pidió una más.

Júlio repartía su atención entre el hombre al que tenía que matar y la chica a la que deseaba conocer. Las maneras abusivas con las que el resto de los clientes se dirigían a la joven de la barra no le gustaban. Unos la llamaban

«morena mía»; otros, «hermosura»; incluso alguno más atrevido le decía «tía buena». Le entraron unas ganas enormes de reprender a esos hombres, pero sabía que una reacción así podría comprometer su cometido. Júlio nunca había participado en una pelea de bar y esa no iba a ser la primera vez. Se esforzó por mantener la calma y pidió una empanadilla de pollo. Cuando la chica le sirvió la empanada en un plato de plástico, la miró a los ojos y ella respondió esbozando una sonrisa. En ese momento decidió que no se marcharía de Teresina sin saber el nombre de la joven.

Antes, sin embargo, tendría que acabar con la vida de Adilson, que seguía sentado a la mesa, solo. Ya iba por la quinta cerveza. Parecía que el hombre lloraba. Daba un trago y escondía la cara entre los brazos apoyados en la mesa. Hablaba solo. Dos o tres borrachos intentaron entablar conversación con Júlio, pero él no les hizo caso. Pidió otra Coca-Cola y un poco más de hielo.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —le preguntó la chica al servirle el refresco en la barra.

—No —respondió Júlio, sin saber qué más decirle y sorprendido de que la muchacha le hablara.

—Lo sabía, nunca te había visto por aquí. ¿De dónde eres?

—De Marabá —mintió Júlio.

—¡Ah! ¡Ya sé! Está en Pará, ¿no? —prosiguió la joven mientras limpiaba la barra con un trapo roñoso y sin mirar a Júlio.

—Sí.

—Dicen que allí muere mucha gente por disputas de tierras.

—Sí.

—Por lo visto no te gusta mucho hablar.

—Es que estoy un poco preocupado.

—¿Por qué?

—Por mi trabajo.

—¿En qué trabajas?

—Soy policía militar —respondió tras unos segundos de silencio.

—¿Y qué ha pasado en tu trabajo que te hace estar preocupado?

—Creo que es mejor que ahora no te cuente nada.

—Vale, perdona la intromisión —dijo la chica, y retomó su tarea.

El tiempo pasaba y Adilson no salía del bar. En la mesa ya tenía seis botellines de cerveza y un vaso vacío. El establecimiento empezaba a vaciarse cuando el banquero se levantó y fue al cuarto de baño, que estaba a unos cinco o seis metros a la izquierda de la barra en la que Júlio estaba sentado. Adilson llegó a tocarlo en el hombro para pedirle permiso para pasar. Ya pasaba de la una de la mañana y Júlio estaba ansioso por rematar cuanto antes el encargo. Solo después de hacerlo podría intentar acercarse a la chica del bar. La estaba mirando mientras lavaba una docena de vasos en una pila por detrás de la barra cuando vio que Adilson salía del lavabo. El banquero lo miró y Júlio volvió la cabeza, pero advirtió que el hombre caminaba en su dirección. Volvió a mirar a Adilson y supo que este lo abordaría. Pensó que, quizás, la víctima habría adivinado quién era él y que lo iba a matar antes de que lo hiciera él. El banquero podría haber ido al lavabo para comprobar su propia arma.

Mientras le pasaban esos pensamientos por la mente, Adilson se acercaba. No había duda de que el hombre se dirigía a él, de que lo quería encarar. Sin levantarse del taburete, Júlio introdujo la mano derecha por debajo de la camiseta y agarró la culata de la pistola. Estaba decidido, al precio que fuese, a cargarse al banquero allí mismo. En medio del bar. Ante todo el mundo. Incluso ante la guapa morena. Dos pasos más y Adilson se habría colocado justo delante de él. Júlio sacó el revólver, pero lo mantuvo debajo de la camiseta. Adilson paró a un metro de distancia y abrió los brazos como si esperase un tiro en el pecho. Júlio no entendía nada. De repente, el hombre gritó.

—¡Flamengo, campeón del mundo! ¡Campeón del mundo! —exclamó a gritos, y abrazó a Júlio con entusiasmo.

Justo entonces, Júlio se percató de lo que pasaba. Llevaba puesta una camiseta del Flamengo, el equipo de su corazón, con el número 10 y el nombre de Zico a la espalda. El equipo carioca había conquistado el título que Adilson gritaba a los cuatro vientos —el de campeón mundial— dos años

antes, en 1981, pero él lo conmemoraba en ese momento como si fuese reciente. Júlio pensó que sería el efecto de la cerveza. El banquero lo abrazaba con fuerza e insistía en que lo acompañase a su mesa. Júlio lo evitó tanto como pudo; no quería que lo vieran hablar con el hombre al que tenía que asesinar. Con todo, Adilson, completamente embriagado, no paraba de insistir, y Júlio decidió ir a la mesa. Charlaron un poco más de media hora, los primeros diez minutos dedicados exclusivamente al fútbol. Adilson decía que no había un equipo como el Flamengo con Zico, Júnior y Nunes como sus mayores estrellas. Además del mundial de clubes de 1981, el Flamengo había ganado la liga brasileña en 1980, 1982 y ese mismo año, 1983. Era un equipo de cracs.

—¡Pero como Zico no hay nadie! —exclamó.

—¡Es verdad! —dijo Júlio con sinceridad.

De repente, Adilson cambió de tema. Del Flamengo pasó a hablar de los problemas que lo habían llevado allí. Su mujer detestaba que llegara a casa con aliento a cerveza. Además, le decía que no tenía perdón de Dios ni del mundo que un hombre malgastara el dinero en aguardiente. Esa noche estaba en el bar porque había discutido con su esposa. El motivo de la discusión era el rumor que corría por la ciudad de que un prestamista a quien Adilson debía dinero había encargado su muerte.

—Yo le digo que no se preocupe, que eso es una tontería. Pero no me escucha y se desespera —dijo.

—Ya —dijo Júlio mirando el vaso vacío en la mesa.

—Entonces nos peleamos y yo me voy de casa para beber. Cuando vuelvo, discutimos otra vez. Me dice que tendría que ahorrar el dinero que me gasto en bebida para pagar al hijo de puta del prestamista.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Acaso te crees que la miseria que me gasto en el bar es suficiente para pagar mi deuda? ¡No, tío! ¡Es mucha pasta! —dijo Adilson esbozando una extraña sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer para pagarle?

—Muy sencillo, no voy a pagarle nada. ¡No podría pagarle ni aunque cagase dinero! —exclamó sin dejar de sonreír nerviosamente.

—Pero le debes dinero, ¿no?

—Lo sé, amigo —dijo, y lo agarró del antebrazo con la mano derecha—, pero no puedo hacer nada. La deuda ha crecido tanto que no tengo cómo pagar. ¡Por supuesto que me gustaría saldar la deuda con ese desgraciado y librarme de este infierno! Pero sé perfectamente que es imposible.

Júlio se había hartado de la conversación. Detestaba haber escuchado todo aquello; no quería saber de los problemas de Adilson. Estaba allí para matarlo y eso era lo que haría. Poco antes de las dos de la madrugada dijo que se tenía que ir y convenció al banquero de que lo acompañara. Le dijo que iba en moto y que lo podía llevar a su casa. Salió del bar con Adilson prácticamente colgado de su hombro izquierdo. Desde la puerta del bar miró hacia la barra para hacerle una señal con la cabeza a la chica. A unos cinco o seis metros de distancia, la muchacha no le quitaba los ojos de encima. «Volveré», dijo, dos veces, en voz baja y esforzándose para que la joven entendiese lo que sus labios decían. Se convenció de que había entendido el recado por la sonrisa que recibió como respuesta.

Nada más empezar a caminar por la calle, Adilson le preguntó a Júlio dónde tenía la moto. Hizo la misma pregunta tres veces y siempre obtenía la misma respuesta: «Allí mismo». Júlio había dejado la moto aparcada en la calle de detrás del bar. Estaba tan ansioso por acabar ese trabajo y volver al bar para hablar con la chica que se olvidó el casco en la barra. Completamente borracho, Adilson no paraba de cantar el himno del Flamengo.

«Una vez Flamengo. Siempre Flamengo. Del Flamengo siempre seré...», cantaba el hombre en voz alta.

Júlio temía que ese canturreo despertase a la gente y entorpeciese su trabajo. A esas horas de la madrugada, las calles estaban completamente desiertas. El silencio era absoluto, a no ser por la voz vacilante del banquero. Tres calles más allá, Júlio creyó que ya se habían alejado lo suficiente del bar como para matar al hombre sin que la chica a la que quería conocer oyese el disparo. Llegó a palpar con la mano derecha la pistola, pero decidió caminar un poco más. Si todo el barrio dormía, la detonación podría llegar hasta el

bar. Y Júlio no quería. Caminaron tres calles más. El calor y el peso de Adilson, que seguía apoyado en su hombro, empapaban a Júlio de sudor. De tan borracho, el banquero no se daba cuenta de que no iba a ningún sitio. Y seguía cantando.

«Ganar, ganar, ganar. Una vez Flamengo. Flamengo hasta morir...»

Júlio miró a ambos lados, delante y detrás. No había nadie. Sacó la pistola de la cintura y, sin dejar de caminar, pegó el cañón del arma a la cabeza de Adilson, tres dedos por encima de la oreja derecha. A la vez que apretó el gatillo, volvió la cara al lado opuesto. Se oyó un ruido extraño, como el de una piedra que golpea con fuerza en un trozo de lata clavado en la pared. Era la bala al agujerear la cabeza de la víctima. Vio al hombre desmoronarse en el suelo como un saco de harina. Un chorro de sangre le brotaba de la cabeza. Júlio examinó su ropa y comprobó que tenía una mancha de sangre en el hombro y el brazo izquierdo. Se quitó la camiseta rojo oscuro que llevaba puesta y le dio la vuelta para limpiarse. La calle seguía desierta. Aparentemente, el disparo no había despertado a nadie. Arrastró el cadáver hasta apoyarlo en la pared de una casa y volvió al bar por otro camino. Por más que lo intentase, no podía silbar el himno del Flamengo.

Jamás se olvidaría de la sonrisa que esbozó la joven al verlo entrar en el bar. En aquel gesto percibió una alegría sincera y un cariño inesperado. Ya eran casi las dos y media de la madrugada y el local estaba vacío, excepto un hombre que dormía con la cabeza y los brazos apoyados en una mesa. El viejo que parecía ser el dueño ya no estaba allí. Júlio preguntó si todavía podía tomar algo y, al recibir una respuesta positiva, pidió otra Coca-Cola y otro vaso con hielo.

—¿No bebes? —le preguntó ella.

—Solo de vez en cuando. Desde pequeño, la Coca-Cola me vuelve loco.

Por fin se presentaron y empezaron a hablar mientras la joven fregaba con un trapo mojado el suelo de cemento del bar. Se quejaba de que todos los días eran iguales. Se pasaba las noches atendiendo a hombres maleducados y encima tenía que limpiarlo todo antes de irse a dormir. Dijo que el viejo por el que Júlio acababa de preguntarle era su abuelo, el padre de su madre, y que era un buen hombre. Fue el único que se ofreció a ayudarla cinco años antes,

cuando su madre murió de tuberculosis en Belém de Pará. El padre había desaparecido antes de que ella aprendiese a hablar. La madre la mantenía trabajando como empleada doméstica en algunas casas de la capital de Pará. Tenía diecisiete años cuando se quedó huérfana.

—¿Y qué edad tienes ahora? —le preguntó Júlio.

—Veintitrés. ¿Y tú?

—Veintinueve.

Júlio no se explicaba cómo podía sentirse tan atraído por una chica que acababa de conocer, pero estaba seguro de que sería capaz de hacer cualquier cosa para hacerla feliz. Quería tomarle la mano y abrazarla, besarla. No se atrevía. Pensó que a lo mejor escuchar un poco de música lo ayudaría a decidirse. Le preguntó si podía comprar una ficha para la gramola. La chica le dijo que sí y que no tenía que pagar. Se quedó parado ante la gramola llena de luces y colores buscando la canción ideal. No lo dudó al leer *Voy a sacarte de aquí*, de Odair José. No había una canción mejor para esa situación. «Te la dedico», le dijo. La joven se lo agradeció sonriendo, pero no dejó de fregar el suelo. Cuando empezó el estribillo, Júlio se acercó a ella y le cantó, bajito:

—Voy a sacarte de aquí. Te voy a llevar conmigo. Y no me importa lo que piensen los demás...

—¡Estás loco! —le dijo ella conteniendo la sonrisa.

—No, no estoy loco. Hablo en serio. Mañana me voy, vente conmigo.

—¡Estás verdaderamente loco! ¡Acabamos de conocernos!

—Lo sé, pero quiero que te vengas conmigo. Quiero hacerte feliz.

—¡Olvídate! ¡Vaya conversación más loca!

Júlio sintió una tristeza profunda. Reconocía que la chica tenía razón. De hecho, no tenía el menor sentido querer que se escapara con él sin ni siquiera conocerse bien. Con todo, eso era lo que le apetecía. A pesar del desánimo, siguió charlando con ella. La forma en que hablaba de su abuelo, de su madre, de las ganas de tener su propia casa, de formar una familia hacía que Júlio se sintiera cada vez más seguro de que la quería como esposa. No solo para tener sexo o pasar el rato, sino para que fuera la madre de sus hijos. El día empezaba a rayar y ellos seguían charlando, sentados en una de las mesas. Júlio le dijo que tenía que irse a la estación, pues su autobús salía a las seis y

media. Rodeó las manos de la joven con sus propias manos y le preguntó si podía darle un beso. Ella respondió sin decir nada, solo cerrando los ojos. Fue un beso furtivo, nervioso, pero que jamás olvidaría. Se besaron tres o cuatro veces más. Con cada beso crecía la convicción de Júlio de que quería a esa chica como esposa. Ya estaba a punto de salir del bar cuando ella lo llamó.

—Si quieres que me vaya contigo, vuelve por aquí alguna vez más para que hablemos y para que conozcas a mi abuelo —le dijo ella mirándolo a los ojos.

—Lo haré, puedes estar segura —le respondió, y se besaron una vez más.

Júlio hizo cinco viajes más a Teresina para pasar más tiempo con ella y ganarse la confianza del abuelo. Las dos últimas veces apareció vestido con el uniforme de policía militar que el tío Cícero le había comprado. Hoy está seguro de que la ropa le ayudó mucho. Con el consentimiento del abuelo de la chica, se casaron —por exigencia del anciano— en marzo de 1984. No hubo celebración. El día de la boda, Júlio tenía veintinueve años y ella, veinticuatro.

Ahora, veintidós años después, él, su esposa y sus dos hijos dejaban Porto Franco, donde habían vivido desde que se casaron, para empezar una vida nueva en otro estado. Creía que, por fin, proporcionaría a su mujer la felicidad que le había prometido el día en que la conoció. Ya bastaba de tristezas. Como la que le causó el día en que, presionado por las sospechas de ella sobre su trabajo, decidió contarle que era un asesino profesional, once meses después de la boda. La pobre mujer se pasó días llorando, adelgazó, enfermó, no comía nada. Y no dejaba que el marido la tocara. Decía que no podía dormir con un asesino y que no se iba de la casa solo porque estaba embarazada del primer hijo —que murió a los diecinueve años, en 2004— y no quería que la criatura pasara por la misma angustia que ella, que había crecido sin padre. De tan flaca y triste, la mujer no podía mantenerse a sí misma ni al feto. Solo volvió a alimentarse correctamente después de que el médico le dijera que corría el riesgo de perder al bebé.

La relación con el marido tardó años en mejorar. Y nunca volvió a ser

como al principio, cuando ella siempre se mostraba feliz y cariñosa. Le encantaba verlo llegar del trabajo vestido con el uniforme de la PM y acostarse a su lado. Saber que aquello era una mentira y que el hombre con el que se había casado era un sicario fue un golpe demasiado duro. Había perdido la cuenta de cuántas noches fingía estar durmiendo al oír al marido abrir la puerta de casa. Se acurrucaba en la cama siempre que Júlio intentaba tocarla. Algunas veces Júlio salía de la habitación y se iba a dormir al sofá. Nunca la forzó a hacer nada que no quisiese. Y ella nunca dejó de decirle que lo amaba. Solía manifestarle que no entendía cómo un hombre tan cariñoso con su esposa y sus hijos podía quitarle la vida a nadie. Y, lo peor, por dinero. «Es mi trabajo, mujer. Es mi trabajo», respondía siempre Júlio con una tranquilidad que aún la atormentaba más.

A pesar de todo el sufrimiento, la mujer jamás lo abandonó. Siempre que Júlio llegaba a casa con el semblante apesadumbrado, ella, aun contrariada, hacía de todo por agradarle. Sabía que se sentía mal por culpa de algún encargo maldito y odiaba la situación, pero también sentía que tenía que dar fuerzas al marido. Por más absurda y desgraciada que fuese su profesión, Júlio era el padre de sus hijos. Generalmente él no decía nada. Se sentaba en una silla de la cocina mientras su mujer, de pie, le acariciaba la cabeza y lo estrechaba contra su pecho. En una de las raras ocasiones en que habló, dijo con la voz entrecortada: «Hoy he matado a un chiquillo de catorce años». Fue la única vez, en veintidós años de matrimonio, que Júlio le contó a su esposa uno de sus servicios. Ni siquiera ante los contratantes ni ante los intermediarios de los crímenes, Júlio se enorgullecía de ser un asesino, por más que elogiasen su experiencia, discreción y eficacia. Tampoco preguntaba jamás por qué razón la gente que lo contrataba deseaba la muerte de una persona. Curiosamente, sin embargo, todos los que le pagaban por sus servicios, sin excepción, insistían en exponerle sus motivos. Para él era como si quisiesen justificar aquel maldito deseo.

Una de las preguntas más frecuentes que oía de quien lo contrataba era si alguna vez lo habían detenido. Nunca. De eso sí que se enorgullecía. Y por

más que su esposa lo alertase del riesgo de que algún día lo pillaran, Júlio repetía lo que tantas veces había oído decir al tío Cícero: «Por estos lares, la policía no se mete con los sicarios». Hasta que en mayo de 1987 se vio esposado a las rejas del calabozo de la comisaría de Tocantinópolis, en Tocantins. Lo capturaron mientras huía después de asesinar a una mujer que había matado a su propio hijo de ocho meses para vengarse del marido que la engañaba. El ordenante del crimen había sido el propio marido, indignado por la muerte del bebé.

Aquel día Júlio había salido de su casa en Porto Franco al final de la tarde en la moto que se había comprado cuatro meses antes, una Honda roja de 125 cilindradas. Llegar a Tocantinópolis era fácil. La ciudad está enfrente de Porto Franco, en la otra orilla del río Tocantins. Júlio fue hasta el borde del río —a unos dos kilómetros de su casa—, aparcó la moto debajo de un árbol y tomó una de las canoas que hacían la travesía. Lo tenía todo planeado con el comerciante Luciano, de treinta y cuatro años, el hombre que lo había contratado. Luciano le dijo a su mujer que llevaría a un amigo a cenar a casa. Durante la cena, él saldría a comprar cerveza en un bar y dejaría a la esposa sola con el amigo: Júlio Santana. Quince minutos después, Luciano regresaría y encontraría a su mujer muerta. Nadie podría culparlo jamás. En el bar habría testigos de que a la hora del crimen él no estaba en casa. Para que el plan saliera bien, Júlio tendría que regresar a Porto Franco sin que nadie lo viera.

«Puedes estar tranquilo, soy responsable de mi trabajo», le dijo a Luciano.

Las pocas personas que conocían a Júlio en Tocantinópolis pensaban que era policía militar. Usaría esa farsa en su favor. Llegó a la ciudad vestido con el uniforme de la policía. Debajo del uniforme llevaba unas bermudas vaqueras y una camiseta negra. Debajo de la camiseta, un sombrero de paja ancho que se pondría en el momento de la fuga para taparse la cara. Después del crimen, se quitaría el uniforme y lo guardaría en una bolsa de plástico. Saldría de casa de Luciano por la puerta principal como si no hubiese pasado nada y se marcharía en la bicicleta que tendría esperándolo apoyada en la pared. En dos o tres minutos llegaría a orillas del río, donde tomaría otra

canoa de vuelta. Después de la travesía, se montaría en la moto y enseguida llegaría a casa, donde estaría totalmente a salvo. Por el servicio ya había cobrado cinco mil cruzeiros, el equivalente a poco más de tres salarios mínimos de la época, que era de 1.641.

Todo transcurrió como habían planeado hasta el momento en que el comerciante dijo que iba a comprar cerveza. En el instante exacto en que el marido salió de casa, la mujer —Alzimara, de veintinueve años— entró en el cuarto de baño. El tiempo pasaba y ella no salía de allí. No se oía nada. Ni el más mínimo ruido. Era como si hubiese adivinado lo que le esperaba. Júlio le preguntó si podía coger agua de la nevera. Alzimara respondió gritando que sí. Él empezó a ponerse nervioso. Lo que a primera vista iba a ser un trabajo sencillo, se estaba revelando mucho más complicado de lo que había imaginado. Fue hasta la parte trasera de la casa y vio el tonel de plástico en el que debía ahogar a la mujer. Era una exigencia de Luciano. El comerciante quería que Alzimara muriese ahogada. «Así fue como mató el bebé», le dijo a Júlio cuando lo contrató. El barril estaba lleno a rebosar, pero la mujer seguía encerrada en el cuarto de baño. Ya habían pasado siete minutos; no podía esperar más. Júlio empujó con el hombro derecho la puerta de madera del cuarto de baño y la derribó. Alzimara estaba encogida entre la taza del váter y la pared de ladrillos.

—¡Por favor, no me mates! —susurró.

—¿Por qué crees que te voy a matar?

—Porque desde que cometí aquella desgracia con mi hijo, mi marido vive diciéndome que va a ordenar que me maten.

—¿Y por qué crees que yo voy a hacer eso?

—Porque eres policía y estás armado. ¡Por favor, no lo hagas! ¡Ten piedad de mí!

Sin decir nada más, Júlio asió a la mujer por el antebrazo izquierdo y la arrastró fuera del cuarto de baño. Alzimara se agarraba a todo lo que encontraba a su paso: a la taza del váter, al grifo, al cubo de ropa sucia que había en el suelo. Y gritaba.

—¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, que alguien me ayude!

—¡Si no cierras el pico, será peor!

—¡Socorro! ¡Socorro! —seguía gritando.

Para que se callara, Júlio le dio un puñetazo en la cara. Alzimara se desmayó. Fue la primera y única vez en la vida que le pegó a una mujer. Había asesinado a varias, pero pegar a una mujer era demostrar demasiada cobardía. En esas circunstancias, sin embargo, no tenía otra alternativa. Con esfuerzo, pudo cargar a Alzimara en brazos y llevarla a la parte de atrás de la casa. Le metió la cabeza en el tonel hasta que el agua le cubrió el pecho. Veinte o treinta segundos después, Alzimara volvió en sí. No paraba de forcejear, sacudiendo las piernas en todas direcciones y agarrando los brazos de Júlio con una fuerza desesperada. Él mantenía las manos en el cuello de la mujer, que le clavaba las uñas en los brazos. Solo la soltaría cuando dejase de moverse. Cambió de idea al acordarse de una escena presenciada hacía quince años. Se vio en la misma posición que los hombres que torturaron a José Genoio —que él pensaba que se llamaba Geraldo— en 1972 en la selva del Araguaia. De todas las torturas aplicadas al entonces guerrillero, el ahogamiento le pareció la peor. Él no lo haría. Nunca creyó correcto torturar a nadie. Además, ese no era su trabajo. Su profesión era la de sicario, no la de torturador.

Con la mano derecha tiró de una toalla que había colgada en el tendedero, a medio metro de su hombro. Sacó la cabeza de Alzimara del tonel, sacó el revólver y enrolló el arma con la toalla para sofocar el disparo. Mientras la mujer intentaba recuperar el aliento, Júlio le disparó en la cabeza. Sumergió su cuerpo hasta la cintura en el barril y entró en la casa. Luciano aún no había llegado. Se quitó el uniforme, lo metió en una bolsa de plástico y se fue con la ropa que llevaba debajo y el sombrero de paja puesto. Al abrir la puerta, vio a dos hombres y a una mujer cerca de la cancela.

—¿Qué griterío es ese? —preguntó la mujer, una señora gorda que aparentaba tener unos sesenta años.

—¿Aquí? Nada —respondió.

—¿Cómo que nada? Hemos oído a Alzimara gritar pidiendo socorro —dijo uno de los hombres.

—¿Aquí? No. Aquí no ha gritado nadie. Soy amigo de Luciano.

—¿Y dónde está él? —preguntó el mismo hombre, un negro bajo de un

metro sesenta de estatura y muy fuerte.

—Está dentro. Si queréis, podéis entrar —dijo Júlio, y echó a andar hasta la bicicleta, con tranquilidad.

—¡Mentira! ¡Hemos visto a Luciano salir y aún no ha vuelto! —exclamó la mujer.

—¡Debéis de haber tenido visiones! Ahora, si me lo permitís, tengo que irme —dijo subiéndose a la bicicleta.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo! ¡Yo voy a ver si Alzimara está bien! —pidió la mujer a los dos hombres, que enseguida agarraron a Júlio de los brazos.

Dos o tres minutos después, se oyó un grito de pavor. «¡Dios mío! ¡Ese condenado la ha matado!», chilló la mujer. Júlio intentó, en vano, desprenderse de los hombres que lo sujetaban. Antes de que lo llevaran a la comisaría, pudo ver a Luciano escondido en la esquina detrás de una farola. No podía creer que, después de haber actuado en varias ciudades de Brasil, iba a ser detenido allí, en Tocantinópolis, a cinco kilómetros de su casa. En la comisaría lo esposaron con las manos atrás y lo sentaron en una silla de madera. Enfrente, al otro lado de la mesa, estaba sentado el comisario Estevão Gomes, un hombre flaco de pelo corto, ojos oscuros y nariz ancha. El comisario ordenó que un policía acompañase a casa de la víctima a los dos hombres que habían traído a Júlio a la comisaría y empezó a interrogar al prisionero, que no respondía a nada. Solo decía que era inocente y que no había hecho nada. En la mesa del comisario estaba la bolsa de plástico que Júlio llevaba cuando lo detuvieron.

—¿Qué es eso? —le preguntó el comisario con tono seco y agresivo.

—Mis cosas.

—¿Eres de la Policía Militar?

—Sí, señor.

—¿Y por qué demonios has matado a esa mujer?

—No he matado a nadie, señor. Ya se lo he dicho.

—Y, entonces, ¿quién ha matado a esa infeliz?

—No lo sé.

—Escucha una cosa, mientras estabas dentro de la casa, los vecinos oyeron gritar a la mujer pidiendo socorro. Después saliste tú, todo sudado, y

encontraron a la mujer muerta. No había nadie más dentro de la casa. ¿Qué quieres que piense?

—Puede pensar lo que quiera, pero yo no he matado a nadie.

—¡Te crees muy gracioso! ¡Vamos a ver si sigues bromeando después de pasar unos días en chirona! —le dijo el comisario y, con la ayuda de otro policía, esposó a Júlio, de pie y con las manos por delante, a las rejas de la celda.

Desde allí, Júlio podía oír el tecleo de la máquina de escribir donde se registraba la declaración de la mujer que lo había denunciado. El comisario repetía en voz alta todo lo que ella decía para que el secretario lo escribiese en el informe policial. Poco menos de una hora después, el policía que había ido a casa de Luciano y Alzimara regresó a la comisaría diciendo que, ciertamente, la esposa del comerciante había sido asesinada de un tiro en la cabeza.

—¿Y el marido? —preguntó el comisario.

—Algunos vecinos lo vieron cuando salió de casa, pero todavía no ha vuelto —respondió el policía.

Esa madrugada Júlio fue torturado por primera y única vez en la vida. Todavía esposado a las rejas, recibió patadas, puñetazos y garrotazos por parte del comisario y de los otros policías. Uno de los puñetazos, propinado por no sabe quién, le partió el labio superior y le dejó un sabor amargo de sangre en la boca. El comisario Estevão Gomes decía que, si confesaba el crimen, dejarían de apalearlo. Pero Júlio seguía afirmando que era inocente. Estaba dispuesto a morir negando que había matado a esa mujer. La paliza acabó al rayar el día.

—Más tarde volveremos para seguir con nuestra conversación —le dijo el comisario con una sonrisa sarcástica.

Júlio pensó en responderle y decirle que no tenía nada que conversar con él, pero no tenía fuerzas. La espalda y la barriga le ardían de dolor. El corte en la boca no dejaba de sangrarle. Con las piernas adormecidas por el cansancio —estaba de pie hacía casi doce horas— y el cuerpo dolorido por la paliza recibida en la madrugada, creyó que soñaba cuando oyó la voz de su mujer. Estaba en un duermevela, con los ojos cerrados, los codos apoyados

en las rejas y la cabeza en las palmas de las manos, pero habría reconocido su voz en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Oía a su esposa hablar con el comisario, pero no podía descifrar la conversación. A Júlio le extrañaba que su mujer tuviera tanto de que hablar con ese tipo. Se esforzó en llamarla por su nombre, en voz alta. No obtuvo respuesta. Gritó dos o tres veces hasta que un policía se acercó a la celda y le dijo que se callara.

—Cuando acabe de hablar con el comisario, su esposa vendrá a verlo —le dijo el policía.

—¡Quiero ver a mi mujer ahora! —exclamó, con firmeza.

—¿Y desde cuándo te crees que mandas aquí? ¡Si nos tocas más los cojones, el comisario mandará a tu mujer que se largue de aquí sin que puedas hablar con ella! Así que mejor quédate calladito.

Se sintió el más infame de los hombres al ver a la esposa aproximarse a la celda. Para él no había humillación peor que el hecho de que ella lo viera en esa situación. Preso, torturado y con la ropa hecha jirones. En una conversación que no duró más de diez minutos, la esposa le dijo que se había enterado de que estaba en la cárcel por el mismo hombre que lo había contratado. Después de que lo detuvieran, Luciano acudió a casa del pistolero a contarle todo a su mujer. Entre otras cosas le explicó que el comisario era conocido por aceptar sobornos para librar a los criminales de la cárcel. Como el caso que implicaba a Júlio era muy serio —un asesinato—, sería necesaria una cantidad de dinero elevada para convencer al comisario de que soltara al sospechoso. Fue idea del propio Luciano ofrecerle la moto de Júlio como pago por su libertad. En la conversación que acababa de mantener con Estevão Gomes, le había entregado las llaves en mano y la documentación de la moto a cambio de la promesa de que esa misma tarde su marido estaría en casa.

—¿Es que te has vuelto loca? —dijo Júlio, enfurecido.

—¿Vives de matar gente y la que está loca soy yo? —respondió ella.

—¡Ese cabrón se quedará con la moto y no me soltará nunca! ¡Esos policías me matarán aquí dentro!

—¡Eso no va a pasar!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Acaso te crees que soy burra o qué? ¡El burro eres tú, Júlio, que te metes en estos berenjenales! ¡Mira en qué situación nos vemos ahora!

—Quiero saber cómo sabes que el comisario me va a soltar de verdad.

—Antes de darle las llaves de la moto, le pedí una garantía y me entregó el informe policial —le dijo, a la vez que se sacaba el documento del bolsillo de las bermudas que llevaba puestas.

—¿Y entonces?

—El comisario me ha asegurado que este informe es el único documento que existe contra ti. Sin el informe, no hay ninguna prueba que te implique. Y como tú te vas a ir de aquí, nadie podrá relacionarte con la muerte de esa pobre mujer. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero no sé si saldrá bien.

La mujer le explicó que también contaba a su favor con la declaración que Luciano haría en la comisaría, quien afirmaría que Júlio era su amigo y que jamás mataría a Alzimara. Era la mejor manera que había encontrado el comerciante de eximirlo de cualquier participación en la muerte de su esposa. Si Júlio permanecía encarcelado, las probabilidades de que Luciano también fuese detenido por la policía eran muy grandes.

—Vale. ¿Y cuándo me sueltan? —preguntó Júlio a su mujer.

—El comisario ha dicho que a mediodía él y los dos policías saldrán puntualmente a comer. Que dejará la puerta de la celda y de la comisaría abiertas. La bolsa con tu uniforme de la Policía Militar está debajo de su mesa. Lo único que tienes que hacer es ponértelo y escapar de este infierno.

—Parece fácil. ¿Y mi moto?

—¡Olvídate de la moto, Júlio! ¡Ya no tienes ninguna moto! Yo me voy a casa. Cuando llegues, hablaremos seriamente de todo esto.

—Perdona que te haga pasar por toda esta vergüenza —le dijo Júlio, sin valor para mirarla a la cara.

—Esto, para mí, no es nada. La mayor vergüenza de mi vida es estar casada con un asesino.

Júlio solo se atrevió a levantar la cabeza cuando el arrastrar de las chanclas de su mujer en el suelo de cemento de la comisaría resonaba lejos. Todavía pudo ver su sombra deslizarse por la pared. No sabía qué era peor: si

estar allí, prisionero y dolorido, o volver a casa, donde seguramente se sentiría más humillado todavía. Aun así, sabía que su mujer tenía razón. Y todo sucedió como ella le había dicho. A mediodía el comisario en persona abrió la celda, le soltó las esposas y salió de la comisaría con los dos policías. Vestido con el uniforme de la Policía Militar, Júlio caminó tranquilamente por las calles polvorientas de Tocantinópolis. Llegó a la orilla del río y subió en una canoa que lo dejó al otro lado, en Porto Franco. La moto seguía donde la había aparcado, debajo de un mango. Aquella Honda 125 roja que se había comprado cuatro meses antes ya no era suya. De todas formas, era mejor perder la moto que la libertad.

Jamás olvidaría aquel martes, el 12 de mayo de 1987. Al llegar a casa, veinte minutos después de salir de la comisaría, lo recibió su mujer, que no le dijo una sola palabra. Júlio fue a darse un baño; sintió que la espalda le ardía en contacto con el agua. La boca seguía sangrándole. Se puso unos pantalones cortos y, sentado en la taza del váter, empezó a pasarse los dedos pulgar e índice de la mano derecha por las cejas mientras intentaba reunir valor para enfrentarse a la esposa. Salió del lavabo y se tumbó en la cama. La mujer llegó un poco después con un trapo y una palangana de aluminio con agua caliente. Limpió las heridas del marido —que gemía de dolor— y le curó el labio. Seguía sin hablar. Solo abrió la boca para decirle que lo quería mucho, pero que no sabía cuánto tiempo más soportaría vivir esa vida desgraciada de esposa de un sicario. Júlio le respondió que también la quería y que no dejaría que el trabajo volviese a interferir en su matrimonio, del que hacía ya tres años y dos meses.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¿Es que no te das cuenta de que es imposible que un trabajo infernal como el tuyo no acabe afectando a nuestro matrimonio? —dijo ella, llorando y con las manos temblorosas.

—Pero es que es mi trabajo...

—Júlio, presta atención a lo que te voy a decir. O te buscas otro trabajo o un día de estos te dejo.

—Tienes razón. Prometo que lo intentaré todo para parar los encargos y

buscar otro trabajo. Solo necesito que me des un poco de tiempo.

Esa noche durmieron abrazados. Júlio se sentía protegido en los brazos de su mujer. Era como si nada malo pudiera sucederle. Todo el peso y la culpa por las muertes que había causado desaparecían cuando ella lo abrazaba así. No quería perderla por nada del mundo. Con todo, la promesa de dejar la profesión de asesino para vivir en paz con la familia todavía tardaría diecinueve años en cumplirse y solo se hizo realidad esa madrugada de agosto de 2006, cuando Júlio y su familia dejaron Porto Franco montados en un camión. Dos meses antes, en la ciudad de Carolina, en Marañón, Júlio había matado a su última víctima, un funcionario público cuya muerte encargó su propio hijo. El joven, de veinticuatro años, pagó novecientos reales a Júlio para que asesinase a su padre con el argumento de que el progenitor llegaba a casa borracho todos los días y maltrataba a la madre. Aquella madrugada, después del crimen, volvió a casa decidido a no matar a nadie más el resto de su vida. Después de darse un baño, se tendió al lado de su mujer, le pasó el brazo derecho por la espalda y le dijo, susurrando: «Se ha acabado». No obtuvo respuesta.

Solo se convenció de que la esposa lo había oído durante el desayuno, cuando le preguntó si creía en lo que le había dicho en la cama. Después de que Júlio le asegurara que no iba a matar a nadie más en la vida, el matrimonio mantuvo una conversación relajada, incluso animada, como no se producía desde hacía varios años. Empezaron a trazar planes de futuro. Comprarían un trozo de tierra en una ciudad del interior de Brasil, en otro estado, y vivirían del campo y de la ropa que ella cosería para fuera. El sitio tenía que estar cerca de alguna ciudad más grande, con al menos doscientos mil habitantes, para que los hijos tuvieran acceso a buenos colegios y a las cosas que les gustaban, como ver tiendas, asistir a fiestas e ir al cine. A la mujer de Júlio todo le pareció demasiado bonito para ser verdad y no creyó definitivamente en él hasta que este llegó a casa un día, a mediados de agosto, y le dijo que ya había comprado la tierra.

En la propiedad había una casa grande de 120 metros cuadrados con tres

habitaciones, una cocina espaciosa, dos cuartos de baño —uno solo para ellos— y una terraza donde se podían colgar hasta cuatro hamacas. La casa tenía, además, agua corriente y luz eléctrica. A unos cuatrocientos metros discurría un riachuelo de aguas límpidas, perfecto para que los hijos se divirtieran. El antiguo propietario había plantado mandioca, arroz, maíz, tomates y lechugas. Júlio mantendría los cultivos. La propiedad también tenía algunos árboles frutales como mangos, guayabos, guanábanos y carambolos, además de unas cuantas gallinas y unos pocos cerdos. Después de haberse pasado treinta y cinco años matando gente por todo Brasil, Júlio creía que ese sería el refugio perfecto para vivir sus últimos días con la familia, en paz. Se sentía tan tranquilo que esa madrugada de agosto de 2006, en el trayecto en el camión del amigo de Porto Franco a Palmas, se quedó dormido.

Júlio, su mujer y sus hijos pasaron el día siguiente, un domingo caluroso y sofocante, en la capital de Tocantins, y embarcaron en un autobús que salió de la estación de la ciudad a las siete y media de la tarde en dirección a Brasilia. Durante el viaje, que duró doce horas, la esposa y los hijos demostraron una felicidad que le dio la seguridad de estar haciendo lo correcto. De la capital federal se dirigieron a la región en la que iban a vivir. Llegaron al sitio al final de la tarde de un martes caluroso. Todos se sintieron muy satisfechos con lo que vieron —Júlio ya había estado cuando compró la propiedad—. Esa noche él y la mujer hicieron el amor como llevaban mucho tiempo sin hacerlo. Sin la barrera que su oficio de asesino profesional levantaba entre la pareja, todo iba a ser diferente. Todo iba a ser mejor. A la mañana siguiente, derregado en una hamaca armada en la terraza, observó a la esposa barrer el suelo de baldosas y a los hijos entretenerse bajo la sombra de los árboles. Con los brazos cruzados en el pecho, se dio un fuerte impulso en la pared con el pie izquierdo para balancearse.

Era la primera vez en la vida que, desde aquella lejana tarde del 7 de agosto de 1971, cuando a los diecisiete años mató al pescador Amarelo, se sentía realmente feliz. Ahora, a los cincuenta y dos, por fin podría vivir de verdad y sin el castigo de tener que asesinar a un pobre desgraciado aquí y a

otro allá para pagar las facturas y poner la comida en la mesa. Sus hijos jamás conocerían el pasado horripilante del padre. Creía que, con el tiempo, su esposa también conseguiría olvidar los asesinatos que había cometido. Y Dios, seguramente, no le negaría el perdón. Había decidido que nada lo haría matar de nuevo. En ese sitio nadie conocía su historia. Por tanto, no le ofrecerían ese tipo de trabajo. Y aunque se lo ofreciesen, la respuesta sería que no. Ni por todo el dinero del mundo volvería a arrebatarse la vida de nadie. Ya no necesitaba más dinero. Tenía todo lo necesario para ser feliz: una buena casa, tierra y una familia. Además, también tenía algo de dinero ahorrado en el banco.

Júlio Santana suele decir que aún no vive totalmente en paz porque, de vez en cuando, alguna de sus víctimas se le aparece en sueños. La última vez que tuvo una pesadilla así —el 6 de septiembre de 2006—, se despertó empapado en sudor en plena madrugada. Se pasó la palma de la mano por la frente sudada y fue a tenderse a una de las hamacas de la terraza. En el ensueño angustioso reconoció la cara ensangrentada del garimpeiro João Baiano, el chico de diecinueve años al que asesinó por equivocación en Serra Pelada en 1982. Júlio cree que todavía lo asaltan esos delirios porque no ha obtenido el perdón absoluto por todos los crímenes que cometió. Cuando tiene una nueva pesadilla, reza las diez avemarías y los veinte padrenuestros que, según le aseguraba el tío Cícero, le traerían el perdón. Y se vuelve a dormir.

AGRADECIMIENTOS

A mi hermano, Kaíke Nanne, por el amor y el apoyo siempre presentes. A mis amigos Alexandre Mansur, Janduari Simões, Roberto Sadovski y Valdemir Cunha, por su ánimo constante.

NOTA

[1]. Geneton Moraes Neto es periodista y reportero desde 1972. Es autor de reportajes como *Dossiê Brasília: os segredos dos presidentes* y *Dossiê Moscou*, sobre las primeras elecciones presidenciales en Rusia después de la caída de la Unión Soviética.

492 muertos
Klester Cavalcanti

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *O nome da morte*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Vincent Catala / Millennium Images UK

© Klester Cavalcanti, 2006

Esta edición se publica de acuerdo con The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com, y Villas-Boas & Moss Literary Agency & Consultancy

© de la traducción del portugués: Rosa Martínez-Alfaro, 2018

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-9942-739-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com